



Colección Poesía del Mundo  
Serie Antologías

# Trece poetas del mundo azteca



Caracas - Venezuela  
2006

# Trece poetas del mundo azteca



Selección, prólogo y notas de  
Miguel León-Portilla

Ministerio de la Cultura  
Fundación Editorial el **perro** y la **rana**

© Fundación Editorial el **perro** y la **rana**, 2006

Av. Panteón, Foro Libertador,  
Edf. Archivo General de la Nación, planta baja, Caracas  
1010.

Tlfs.: (58-212) 564 24 69 / 808 44 92 / 808 49 86 / 808 41 65

Fax: (58-212) 564 14 11

Correo electrónico: [elperroylarana@gmail.com](mailto:elperroylarana@gmail.com)  
[mcu@ministeriodelacultura.gov.ve](mailto:mcu@ministeriodelacultura.gov.ve)

Hecho el depósito de Ley

**Depósito legal:** N° If40220068001848

**ISBN:** 980-376-319-9 (Colección)

**ISBN:** 980-396-188-8 (Título)

**Diseño y diagramación de colección:**

Fundación Editorial el **perro** y la **rana**, 2006

**Portada:**

Clementina Cortés

**Edición al cuidado de:**

Paola Yáñez

**Diagramación:**

Raylú Rangel

**Corrección:**

Majori Lacenere

Gema Medina

Impreso en Venezuela

Fundación Editorial  
  
el **perro** y la **rana**

## Presentación

**Poesía del Mundo**, de todas las naciones, de todas las lenguas, de todas las épocas: he aquí un proyecto editorial sin precedentes cuya finalidad es dar a nuestro pueblo las muestras más preciadas de la poesía universal en ediciones populares a un precio accesible. Es aspiración del Ministerio de la Cultura crear una colección capaz de ofrecer una visión global del proceso poético de la humanidad a lo largo de su historia, de modo que nuestros lectores, poetas, escritores, estudiosos, etc., puedan acceder a un material de primera mano de lo que ha sido su desarrollo, sus hallazgos, descubrimientos y revelaciones y del aporte invaluable que ha significado para la cultura humana.

Palabra destilada, la poesía nos mejora, nos humaniza y, por eso mismo, nos hermana, haciéndonos reconocer los unos a los otros en el milagro que es toda la vida. Por la solidaridad entre los hombres y mujeres de nuestro planeta, vaya esta contribución de toda la **Poesía del Mundo**.

## Sobre la presente edición

Mundo mágico y hechizado; mundo natural y unitario éste que nos revelan los poetas aztecas. Leyéndolos, empezamos a sentir el escalofrío de la inmensidad, pero sus voces unitarias (sin dobleces), nos apaciguan, sin dejarnos sospechar la maldad y nos donan así el silencio de vastas noches estrelladas, la enormidad del cosmos. Extraño contraste con el mundo trágico griego, por ejemplo. No conocieron estos hermanos nuestros la tragedia, tampoco la comedia. Sí las calamidades naturales y humanas, las tempestades, sequías o terremotos; las guerras, la traición, las debilidades. Pero su visión era única. No conocieron los dobleces, la perfidia, el sarcasmo, la ironía. Eran de una sola pieza. Por eso, tal vez, en una mirada apresurada, pueden parecer planos, sin matices, cuando en realidad eran sin ambigüedades. Su existencia pareció ser su visión y ésta aquélla. Eran éstos poetas de sabiduría. Para ellos, arte, ciencia y religión fueron uno. No exhibieron una gama temática sobrepoblada. Apenas tres o cuatro temas centrales les bastaron para cifrar el misterio del universo y de sus vidas, incluida la muerte. Curioso: fueron guerreros audaces o aun sanguinarios. La sangre no los asustaba; corría hasta en sus ritos y ceremonias. Pero al otro lado fueron, al parecer, de una inconcebible ingenuidad o pureza, de una mirada fija y extática que no suponía la dualidad, el doble sentido, la hipocresía. Ellos que sabían tanto de los astros, de los grandes y pequeños ciclos de la naturaleza, de las matemáticas y de arte no supieron de la maldad adrede, de la codicia banal, de la perfidia premeditada. No supieron, así, lo que les venía encima. No pudieron ni siquiera adivinarlo. Por eso

un puñado de andrajosos sin escrúpulos conquistó un continente. Cuando un poeta, un hombre, afirma su conocimiento y al mismo tiempo se interroga ante el misterio:

Aquí en la tierra es la región del momento fugaz.  
¿También es así en el lugar  
donde de algún modo se vive?  
¿Allá se alegra uno?  
¿Hay allá amistad?  
¿O sólo aquí en la tierra  
hemos venido a conocer nuestros rostros?

No sólo con palabras como éstas, sino, principalmente, con una actitud como la que las palabras denotan, es fácil ver que ese hombre está desarmado ante la catástrofe de la falsedad humana, no porque no pudiera sospecharla sino por estar más allá de ella, porque por real experiencia de vida, su filosofía le ha instruido sabiamente sobre la inutilidad de la misma y, lo que es vital, él la ha creído y hecho práctica. Y si otra voz, columbrando la montaña, responde:

Y ahora, oh amigos,  
oíd el sueño de una palabra:  
Cada primavera nos hace vivir,  
la dorada mazorca nos refrigera,  
la mazorca rojiza se nos torna un collar.  
¡Sabemos que son verdaderos  
los corazones de nuestros amigos!

No podemos dudar de lo que se ha perdido; tampoco de lo que, a través del canto, podemos recuperar. Esas almas abismadas y anhelantes, asomadas al borde de lo inconmensurable:

De pronto salimos del sueño,  
sólo vinimos a soñar,  
no es cierto, no es cierto,  
que vinimos a vivir sobre la tierra.

Son hermanas de nuestro propio desconcierto. Desde un tiempo tan remoto como el instante mismo, nos invitan a entrar en un mundo encantado, tan encantado que, de verdad, no lo comprendemos. Y sólo por el otro hechizo de la poesía nos será ofrecida la perdurable ceremonia de lo real, anidada para siempre en el agua y la memoria de un sueño que es uno de los sueños más hermosos que los hombres podemos soñar.

Sea para celebrar la edición de esta obra fundamental para la poesía del mundo, que hoy incluimos en nuestra colección, preparada en oportunidad de su primera edición por don Miguel León-Portilla para la Universidad Autónoma de México.

Los editores





*ascensión, mi esposa*



## Prefacio

Privilegio infrecuente es sacar del olvido la figura y la obra de un poeta verdadero. Por eso hablar del rescate de trece rostros prehispánicos con las volutas floridas que fueron sus cantos, a algunos parecerá fantasía. Y sin embargo, la investigación en los textos y códices ha hecho posible el acercamiento.

Por encima de obvias deficiencias, es ésta la recordación de trece maestros de la palabra en el México antiguo, que nada tienen de anónimo. Para nosotros cuentan entre los más antiguos poetas que hasta hoy se conocen, de los muchos que ha habido y habrá en estas tierras. Para el estudio con mirada abierta a los distintos rumbos de la cultura, serán muestra de lo que fue, en un mundo que estuvo aislado, la flor y el canto de rostros y corazones diferentes pero, por humanos, también afines.

Mi búsqueda y encuentro de estos trece —y desde luego afirmo que hay más— no podría haber ocurrido sino como consecuencia de una ya larga serie de investigaciones en este campo. Al iniciador de ellas, mi maestro, el doctor Ángel María Garibay, expreso aquí de nuevo testimonio de gratitud. Y quiero mencionar también a Rubén Bonifaz Nuño, al que, como forjador de cantos, pedí consejo para hacer menos indigna esta presentación de nuestros antiguos poetas y sabios. Finalmente quede constancia del acucioso trabajo de Víctor Manuel Castillo Farreras a quien se deben las ilustraciones de este libro, tomadas casi todas de códices indígenas.

Miguel León-Portilla  
*Septiembre de 1996,*  
*Instituto de Investigaciones Históricas,*  
*Ciudad Universitaria.*



## Introducción

¿Quiénes fueron, cómo se llamaron, en qué forma vivieron los principales poetas, sabios y artistas del México antiguo? ¿Hay alguna manera de relacionar las obras que conocemos, sobre todo las literarias, con “los rostros y corazones” de quienes en el mundo prehispánico supieron forjarlas? ¿O habrá que limitarse a decir que, a excepción del celeberrimo Nezahualcóyotl y de otros pocos poetas, la mayor parte de los textos deben atribuirse a antiguas escuelas de sacerdotes y sabios, responsables anónimos de esas creaciones?

Nuestro propósito en este trabajo es responder al menos parcialmente a las preguntas anteriores. Ya el título de este libro, *Trece poetas del mundo azteca*, pretende señalar que, a pesar de oscuridades y limitaciones en la investigación, es posible atribuir por lo menos algunos cantares y poemas a autores determinados “que tuvieron carne y color”, cuyas biografías conocemos. Si como en otras culturas de la antigüedad, hubo también en nuestro caso muchas producciones artísticas en cuya elaboración participaron grupos de personas de nombre desconocido, sería falso concluir por ello que todo cuanto se hizo y pensó deba ser tenido por anónimo.

Numerosos son los personajes, principalmente gobernantes, sacerdotes y guerreros del mundo indígena, cuyos nombres y biografías han llegado hasta nosotros. Buena prueba de esto nos la da el *Diccionario biográfico de historia antigua de México*, preparado bajo la dirección de don Rafael García Granados, en el que, con base principalmente en el testimonio de cronistas e historiadores del siglo XVI, se reúne información copiosa acerca de casi cuatro mil figura

prominentes del México prehispánico.<sup>1</sup> Por otra parte, en los mismos manuscritos en los que se conservan las antiguas composiciones en lengua náhuatl se indica también algunas veces de manera formal y expresa a quién han de atribuirse determinados textos. Obviamente era necesario esclarecer en las fuentes si eran válidas o no esas atribuciones, y en caso de serlo, investigar luego cuál fue la vida y actuación de los autores mencionados. Ésta ha sido la labor que hemos llevado a cabo respecto de trece de los más famosos poetas que vivieron entre los siglos XIV y XVI en el ámbito del mundo azteca.

Podría alguien preguntarse por qué, habiendo testimonios e información, hasta ahora no se había acometido esta empresa o sólo se había ensayado en forma limitada.<sup>2</sup> Para dar una respuesta es necesario recordar al menos brevemente la trayectoria y las vicisitudes por las que han tenido que pasar los estudios e investigaciones acerca de la literatura náhuatl prehispánica.

## **El redescubrimiento de la literatura náhuatl**

Aunque casi parezca increíble, el empeño de dar a conocer las creaciones literarias de los antiguos mexicanos data sólo de aproximadamente un siglo. Mucho antes, durante las primeras décadas de la Nueva España, frailes humanistas y sabios indígenas sobrevivientes habían salvado de la destrucción y el olvido cuanto les fue posible de lo que llamamos “el antiguo legado”. En las centurias siguientes hombres como Sigüenza y Góngora, Boturini y Clavijero redescubrieron y al menos en parte estudiaron algunos de los viejos textos, pero por circunstancias adversas no lograron darlos a conocer en su forma original ni menos aún publicar

traducción alguna de ellos. Sólo bien entrado el siglo XIX, y en un ambiente más propicio, comenzó a ser realidad lo que antes había sido proyecto o deseo. Así puede explicarse por qué el estudio y la nueva presentación de la literatura náhuatl se inició hace relativamente tan poco tiempo.

Punto de partida del moderno interés parece haber sido un hallazgo de don José María Vigil, al hacerse cargo de la dirección de la Biblioteca Nacional de México en 1880. Fortuna suya fue encontrar “entre muchos libros viejos amontonados”, como él mismo lo escribe, el códice o manuscrito que se conoce como *Colección de cantares mexicanos*.<sup>3</sup>

Es cierto que ya había algunos pocos estudios acerca de otros códices indígenas de tema histórico y mitológico, redactados con glifos principalmente pictográficos e ideográficos, pero hasta entonces habían quedado olvidadas las recopilaciones de textos con poemas prehispánicos como los que se contenían en el recién descubierto manuscrito. Otros documentos con transcripciones de poemas, discursos, narraciones e historias en lengua náhuatl, conversados en bibliotecas y archivos principalmente de Europa, iban a atraer bien pronto la atención de los estudiosos. Tomaron éstos nueva conciencia del valor de esos textos gracias sobre todo al redescubrimiento del manuscrito de la Biblioteca Nacional.

Mérito fue del americanista Daniel G. Brinton publicar por vez primera una obra en inglés en la que incluyó una selección de la *Colección de cantares mexicanos*, a la que dio el título de *Ancient Nahuatl Poetry*.<sup>4</sup> Contó en la preparación de este trabajo con el auxilio de don Faustino Galicia Chimalpopoca quien preparó para él una versión parcial al castellano de los poemas. Y si es verdad que son deficientes,



tanto la traducción de Chimalpopoca, como la que con base en ella publicó Brinton, reconozcamos que fue éste el primer ensayo de dar a luz una muestra de la literatura del México prehispánico.

Como no pretendemos hacer aquí la historia de los estudios y trabajos que continuaron apareciendo sobre la poesía indígena, recordaremos sólo los nombres de los principales investigadores que con diversos criterios se han ocupado de las fuentes documentales en las que ésta se conserva. Incansable descubridor y compilador de textos fue don Francisco del Paso y Troncoso. De él puede decirse que, gracias a sus hallazgos y a las reproducciones de códices y documentos que alcanzó a publicar, abrió mejor que nadie este campo casi virgen para provecho de los futuros estudiosos. Entre los extranjeros hay que mencionar al menos al francés Remi Simeon, autor del magno diccionario náhuatl-francés y asimismo traductor de algunos textos; al iniciador de este tipo de investigaciones en el ámbito alemán, doctor Eduard Seler, estudioso de buena parte de los Códices matritenses y comentador del *Códice Borgia*, así como a sus seguidores Walter, Lehmann, Leonhard Schultze Jena, y a los investigadores contemporáneos Gerdt Kutscher y Günter Zimmermann.

En nuestro medio, y esforzándose por superar ignaras formas de resistencia que pretendían desconocer la autenticidad de los textos prehispánicos, no pueden dejar de citarse los nombres de Cecilio Robelo, Luis Castillo Ledón, Mariano Rojas, Rubén M. Campos y el del distinguido lingüista y filólogo Pablo González Casanova.

En fecha más cercana y destacando entre otros varios que podrían citarse, ha sido precisamente el doctor Ángel María Garibay K., quien con un criterio hondamente humanista

y a la vez científico ha dado a conocer no poco de lo que fue la riqueza literaria del mundo náhuatl. Gracias a sus numerosas publicaciones, entre las que sobresale su *Historia de la literatura náhuatl*, es posible afirmar ahora que las creaciones de los poetas y sabios del México antiguo han despertado ya enorme interés en propios y extraños. Antes las pocas ediciones que había de textos prehispánicos sólo atraían la atención de especialistas-arqueólogos, etnólogos e historiadores. Hoy en día la literatura náhuatl ha transpuesto ya los límites de un interés meramente científico y comienza a ser valorada, al lado de otras creaciones indígenas en el campo del arte, desde un punto de vista estético que busca la comprensión de las vivencias e ideas de hombres que, básicamente aislados de contacto con el Viejo Mundo, fueron también a su modo creadores extraordinarios de cultura.

En las obras de Garibay y de otros investigadores, son ya asequibles numerosas muestras de lo que fue la literatura y particularmente la poesía náhuatl. Conocemos también a través de los textos, algo de lo que fue la visión prehispánica del mundo y aun de lo que hemos llamado su pensamiento filosófico.

### **Los poetas y sabios del mundo náhuatl**

El siguiente paso, ya urgente, dentro de esta línea de estudios era inquirir hasta donde fuera posible acerca de “los forjadores de cantos”, los autores de esta literatura. Ciertamente buena parte de ella se ha tenido y ha de tenerse por anónima, obra de las antiguas escuelas de sacerdotes y sabios. Indudablemente hay también otros textos de los que incluso

sabemos el nombre de su autor, sin tener por desgracia mayor información sobre el mismo. Pero se conserva al menos un cierto caudal de composiciones respecto de las cuales es posible no sólo señalar sus autores, sino también tratar con algún detenimiento las vidas de ellos, hasta esbozar su propio perfil espiritual dentro del momento histórico en que les tocó desenvolverse.

Rebuscando en códices y textos indígenas hemos reunido cuantos datos ayudan a pergeñar las biografías de trece principales poetas del mundo náhuatl. Sus obras, así como otras repetidas alusiones a ellos, las encontramos en las dos principales colecciones de cantares y poemas, las que se conservan en la Biblioteca Nacional de México y en la de la Universidad de Texas.<sup>5</sup>

Con esta base presentamos aquí lo que hemos podido allegar sobre la vida y la obra poética de este primer grupo selecto de forjadores de cuentos, cinco de ellos de la región tezcocana, cuatro de México-Tenochtitlán, tres de la zona de Puebla-Tlaxcala y uno más del antiguo señorío de Chalco. Hombres todos, a excepción de Macuilxochitzin, la poetisa hija de Tlacaélel, el gran consejero mexica del siglo XV, vivieron en su mayoría dentro del periodo final del esplendor azteca. A pesar de diferencias locales, fueron herederos y partícipes de igual cultura. Los mitos cosmogónicos, las mismas creencias y prácticas religiosas, una casi idéntica organización política, social y económica dieron marco a su pensamiento e hicieron posibles sus creaciones.

Nada tiene de extraño, por consiguiente, encontrar en su poesía temas muchas veces semejantes: “la guerra florida”, la insistencia en la idea de la muerte, el valor supremo

del arte que es “flor y canto”, la amistad en la tierra, el misterio que circunda al Dador de la vida...

Mas a pesar de los temas afines, también hay diferencias. Mucho más personal es la poesía de quien, como Tlaltecatzin, dialoga con una “alegradora”, ahuiani, mujer de placer de los tiempos prehispánicos. Distinta por su hondura de pensamiento es la obra de Nezahualcóyotl y de otros poetas, verdaderos tlamatinime, sabios, como Tecayehuatzin, Nezahualpilli, Ayocuan y Tochihuitzin. Más sencillas y directas son las palabras de la poetisa Macuilxochitzin que se empeña por destacar en su canto la feliz intervención que puede tener una mujer aun en las más graves circunstancias. Asuntos principalmente relacionados con la guerra encontramos en los poemas del señor Axayácatl, de Xi cohténcatl de Tlaxcala y de Chichicuepon de Chalco. Cantos tristes, más que ningunos, son los de Cuacuauhtzin y los del también desafortunado Cacamatzin. Paradójicamente el guerrero Temilotzin nos ofrece una breve y hermosa laudanza de la amistad.

Difícil sería, cuando de algunos poetas sólo se conocen una o dos composiciones, aplicar calificativos a su obra o pretender caracterizar sus tendencias e inclinaciones. Nuestro acercamiento a “los forjadores de cantos” tiene por necesidad barreras no superables, determinadas por las mismas fuentes de información, menos abundantes y explícitas de lo que sería apetecible. Así y todo, como nos esforzaremos en mostrarlo, algo es lo que con fundamento puede decirse de estos trece poetas, no ciertamente los únicos de quienes se hace memoria en los textos. Trece hemos escogido, número particularmente significativo en el pensamiento

calendárico y religioso del mundo prehispánico y también evocador de superstición en el nuestro. Sea en este caso la bien desvanecible superstición acerca de una supuesta carencia de datos sobre la vida y la obra de los poetas del México antiguo.

Aunque en cada caso habremos de situar a “los trece” en su propio momento histórico, señalaremos al menos algo de lo que fue la herencia en la que todos participaron. Podrá comprenderse así cómo fueron postrer floración de una larga secuencia en la que había habido ya otros muchos poetas y sabios para nosotros menos conocidos, pero que también fueron dueños de “un rostro y un corazón”. El acercamiento a la antigua secuencia cultural ayudará en cierto modo a esclarecer los alcances de las lucubraciones de los sabios y poetas y dejará ver cómo pudo llegar hasta nosotros el testimonio de su pensamiento y de sus creaciones artísticas. Recordando los remotos orígenes, podrá vislumbrarse el valor y posible significación universal de su legado.

### **Remotos antecedentes de los sabios y poetas del mundo azteca**

Absurdo parecía hasta hace poco parangonar con las altas culturas del Viejo Mundo a las que florecieron en el ámbito del México prehispánico. Desde el punto de vista de la historia universal se consideraba más que suficiente tratar de ellas al hablar “de los descubrimientos y conquistas” de fines del siglo XV y principios del XVI. Al menos implícitamente se ligaba así la significación del ser histórico de estas culturas con el hecho del descubrimiento. Por eso, consignada

la gesta de los conquistadores con la consiguiente destrucción de las culturas, se daba por agotado el tema. En el mejor de los casos se hacía breve alusión a los ritos sangrientos y a las extrañas formas de vida de quienes parecían hacerse acreedores al epíteto de gentes primitivas o al menos semi-bárbaras.

Tan sólo varias décadas de investigación arqueológica y un siglo escaso de moderno acercamiento a los códices y textos han abierto el campo a una comprensión histórica más amplia y profunda. En particular el estudio del arte y la literatura prehispánica llevaron a pensar que quizás no era ya absurdo intentar alguna forma de comparación entre estas culturas y las más antiguas del Viejo Mundo. La razón por la cual los brotes o núcleos del Cercano Oriente, del Valle del Indus y de China ocupan lugar propio en la historia y reciben el calificativo de culturas superiores, se encuentra en las instituciones que allí por vez primera florecieron: extraordinaria organización social, política y religiosa, comienzos del urbanismo, invención de escritura y calendario, creaciones artísticas de grandes proporciones y nacimiento de un comercio organizado. Lo que hoy conocemos por la arqueología y los textos prehispánicos, permite afirmar que, fuera de los núcleos del Viejo Mundo, es único el caso del México antiguo, porque en él hubo asimismo, en tiempos distintos y en forma independiente, creaciones básicamente paralelas.

El calendario y la escritura, al menos la ideográfica, fueron inventados en esta porción de la América Media durante el último milenio antes de Cristo. Las inscripciones procedentes de los primeros estratos de Monte Albán en Oaxaca, así como las de varios lugares cercanos a las costas

del Golfo, en el “país de los Olmecas”, son prueba de esto. Los más antiguos centros ceremoniales, como el de “La Venta” en la misma región olmeca, con anterioridad a la era cristiana, preanuncian la nueva forma de urbanismo de las grandes ciudades-santuarios, Teotihuacán, Monte Albán y las muchas que pudieran recordarse del área maya, durante los tiempos del esplendor clásico, entre los siglos I y IX d. C. El florecimiento del arte olmeca con grandes esculturas en basalto, estelas, bajo relieves y extraordinarios trabajos en jade, es asimismo anticipo de lo que llegaría a ser el mundo de la creación estética en el ámbito del México antiguo. Finalmente la difusión de técnicas y estilos en apartadas regiones apunta ya a la existencia de diversas maneras de contacto, intercambio y comercio desde varios siglos antes de los comienzos de nuestra era.

Con mayor razón puede afirmarse, tratando ya de la etapa teotihuacana (siglos I al IX d. C.), que en ella se desarrollan de manera definida muchas de las instituciones que llegarían a perpetuarse hasta los tiempos aztecas. Los principios urbanistas y la arquitectura de las grandes pirámides, los recintos abiertos, los palacios, el arte de la escultura y de la pintura mural, todo ello es modelo de ulteriores manifestaciones, tanto en el periodo de los toltecas, como entre los más tardíos estados de la región de los lagos, donde llegarían a ser señores los antes desconocidos aztecas.

Los mismos sistemas calendáricos, el xiuhpohualli o cuenta solar de 365 días y el tonalpohualli, medida ritual y astrológica de 260 días, fueron conocidos por los teotihuacanos, los zapotecas, las naciones del mundo maya y posteriormente por los mixtecas y toltecas de quienes habrían de

heredarlos los otros pueblos de idioma náhuatl. Igualmente tuvieron amplia difusión los mitos cosmogónicos y al menos el núcleo de las creencias religiosas que habían de dar marco a la visión del mundo y al pensamiento de los sabios y poetas de los siglos XIV al XVI.<sup>6</sup>

## **La antigua visión del mundo**

Raíz de la visión del mundo de las naciones mesoamericanas fue el mito de las edades o soles cosmogónicos que han existido y concluido de manera violenta. A través de años sin número, los dioses creadores habían sostenido entre sí las grandes luchas cósmicas que marcaron la existencia de las edades y los soles. Cuatro eran los soles que habían surgido y acabado por obra de los dioses: las edades de tierra, aire, agua y fuego. La época actual es la del sol de movimiento, el quinto de la serie, que tuvo principio gracias a un misterioso sacrificio de los dioses, que con su sangre lo crearon y dieron vida en la tierra a los nuevos seres humanos. Pero esta edad no sólo puede también perecer, sino que lleva en sí misma el principio de la destrucción y la muerte.

El universo, simbolizado ya en la planta y distribución de las ciudades-santuarios, es como una isla inmensa dividida horizontalmente en cuatro grandes cuadrantes o rumbos. Cada cuadrante implica un enjambre de símbolos. Lo que llamamos oriente es la región de la luz, de la fertilidad y la vida, simbolizados por el color blanco. El norte es el cuadrante negro donde quedaron sepultados los muertos. En el poniente está la casa del sol, el país del color rojo. Finalmente, el sur, es la región de las sementeras, el rumbo del color azul.



Los grandes cuerpos de pirámides truncadas y superpuestas parecen ser asimismo reflejo de la imagen vertical del universo. Sobre la tierra existen en orden ascendente trece planos distintos. Primero están los cielos que, juntándose con las aguas que rodean por todas partes al mundo, forman una especie de bóveda azul surcada de caminos por donde se mueven la luna, los astros, el sol, la estrella de la mañana y los cometas. Más arriba están los cielos de los varios colores y por fin la región de los dioses, el lugar de la dualidad donde mora el supremo dios, el dueño de la cercanía y la proximidad, nuestra señora y nuestro señor de la dualidad. Debajo de la tierra se encuentran los pisos inferiores, los caminos que deben cruzar los que mueren hasta llegar a lo más profundo, donde está el *Mictlan*, la región de los muertos, el sitio tenebroso acerca del cual tantas preguntas llegarán a plantearse los poetas y sabios de los tiempos aztecas.

La visión del mundo, las doctrinas religiosas, la ciencia del calendario podían preservarse y transmitirse por los dos medios clásicos inventados en las viejas culturas: la tradición oral sistemática y la representación a base de glifos. Ya en Teotihuacán encontramos muchas de las formas de inscripción que después serán patrimonio de otras naciones del altiplano. Entre otros se hallan los glifos calendáricos, los que representan el movimiento, el *ollin*, símbolo de la edad presente; el agua y el fuego, *atl tlachinolli*, evocación de la guerra; flor y canto, apuntamiento de la creación artística; los emblemas de Tláloc, el dios de la lluvia, cuyo paraíso, el *Tlalocan*, quedó en forma plástica en uno de los palacios de la ciudad de los dioses, y finalmente los símbolos de Quetzalcóatl, sabiduría de la divinidad que, sobre todo a par-

tir de los tiempos toltecas, habría de alcanzar extraordinaria difusión en la América Media. Los antiguos textos hablan ya de la presencia de sabios y sacerdotes, custodios de la tradición y poseedores de las tintas negra y roja con las que escribían en sus libros de pinturas. En las escuelas, al lado de los templos, quizás también en los palacios, los mitos y las doctrinas, el saber acerca de los astros y el arte de medir el tiempo, podían comunicarse a las nuevas generaciones. Combinando la tradición oral con la técnica de las inscripciones se tuvo desde entonces el medio para salvaguardar no sólo el recuerdo, sino la continuidad de una cultura.

### **La postrer manifestación del pensamiento náhuatl a través de la poesía**

Tardíos participantes en el proceso de creación cultural del México antiguo, fueron los aztecas y otras naciones de igual lengua, entre ellas los texcocanos y tlaxcaltecas. Su primera presencia en la región de los lagos data probablemente de los años que siguieron al ocaso de Tula. Pero los recién llegados al escenario de las altas culturas, con sorprendente capacidad de adaptación y voluntad de predominio, manifiesta sobre todo en los aztecas, bien pronto habrían de desempeñar importante papel en el antiguo proceso creador. Tras asimilar los sistemas de organización, patrimonio de los toltecas, hicieron posibles nuevas formas de florecimiento, integrando sus propios mitos y tradiciones con las ideas y doctrinas de las naciones que habían creado las ciudades santuarios y habían sido dueñas de la escritura y el calendario desde tiempos remotos.

En realidad no todos los recién venidos tuvieron igual trayectoria. Los texcocanos, descendientes de los grupos que capitaneaba el célebre chichimeca Xólotl, lograron asentarse en la que llegaría a ser su metrópoli, desde los comienzos del siglo XIII. Muy pronto sus gobernantes iniciaron los que hoy llamaríamos “procesos de aculturación dirigida”, haciendo venir sabios y maestros de diversas regiones para aprender de ellos la forma de establecer las ciudades y ser instruidos en las antiguas doctrinas, las artes y la escritura. Gracias a esto Texcoco llegaría a ser nuevo y extraordinario foco de cultura. Algunos de sus hijos más ilustres, ahondando en los conocimientos recibidos, llegarían a destacar como sabios, arquitectos y poetas famosos. Las figuras de Nezahualcóyotl, de Cuacuauhtzin, de Nezahualpilli y de otros como el famoso edificador de palacios, Xilomantzin, de quien habla el historiador Ixtlixóchitl, habrían de imprimir un carácter definido a su pueblo.<sup>7</sup> A pesar de la que llegaría a ser prepotente influencia de los vecinos aztecas, lo mejor de Texcoco pudo enraizarse en una tradición espiritualista, estrechamente ligada con el recuerdo de Quetzalcóatl. Consecuencia de ello fueron sus creaciones en el arte, y la postura de sus sabios, seguidores del pensamiento de “flor y canto”, empeñados en elucidar los problemas del hombre en la tierra, la posibilidad de decir palabras verdaderas y encontrar la forma de acercarse al misterio de Tloque Nahuaque, el que es “como la noche y el viento”.

Distinto fue el sino de los aztecas. Siendo los últimos en aparecer por la región de los lagos, más que nadie tuvieron que sufrir persecuciones de parte de quienes ya estaban allí establecidos. Pero la nación azteca que encontraba en su dios Huitzilopochtli la raíz de su fuerza, superó dificultades, una tras otra. Contrariando a los culhuacanos y asimismo

penetrando en los dominios tecpanecas de Azcapotzalco, lograron establecerse en el islote de Tenochtitlan, el lugar que les había destinado su dios. Cuando en 1325 se adueñaron al fin de la isla, quedó confirmado para ellos el poder de Huitzilopochtli por el cumplimiento de la promesa que hablaba del águila devorando la serpiente. Los contactos que habían tenido los aztecas con los pueblos poseedores de cultura superior, sobre todo con los culhuacanos, herederos de los toltecas, les habían permitido asimilar no poco de la vieja herencia. Buen cuidado tuvieron, establecidos ya en la isla, de elegir por supremo gobernante un hombre de estirpe tolteca, el señor Acamapichtli. Cerca de un siglo después alcanzaron al fin plena independencia, al vencer, hacia 1429, a los antiguos dominadores de Azcapotzalco.

La voluntad azteca de poder se manifestó entonces con toda su fuerza. Como Texcoco se había encaminado por el mundo de la “flor y el canto”, gracias a sus poetas y sabios, los aztecas guiados por jefes decididos y audaces como Itzcóatl, Motecuhzoma Ilhuicamina y sobre todo por el gran consejero Tlacaélel, iban a convertirse en el pueblo del sol, dispuestos a extender sus dominios más allá de lo que pudiera preverse.

En Tenochtitlan la antigua visión del mundo adquirió un nuevo sentido. La edad presente, quinta de la serie de soles que habían existido, estaba en peligro de terminar también por un cataclismo. El pueblo del sol se arrogó entonces la misión de impedir este trágico fin. Si los dioses habían vuelto a crear a los hombres con la sangre de su sacrificio, ofreciendo a su vez los humanos el líquido precioso de su propia sangre, podrían fortalecer la vida del sol y mantener así la existencia de esta quinta edad de movimiento.

Para llevar a cabo esta empresa de colaboradores cósmicos de Huitzilopochtli, identificado ya con el sol, los aztecas siguiendo el consejo de Tlacaélel, dieron nuevos alcances al antiguo rito de los sacrificios humanos. Sus ejércitos iban a ser los encargados de obtener víctimas por medio de las guerras floridas, concertadas periódicamente con los estados vecinos. En particular la nación tlaxcalteca habría de verse afectada por los designios del cada vez más poderoso pueblo del sol. Nada tiene de extraño por consiguiente que, si los guerreros y los comerciantes de Tenochtitlan marchaban en pos de la adquisición de riquezas y a la conquista de pueblos, muchos de sus poetas hicieran de la guerra tema principal de sus cantos.

Éste fue, descrito a grandes rasgos, el ambiente en el que prosperó la última versión del arte y del pensamiento prehispánicos. Los nuevos pueblos habían asimilado la herencia milenaria, pero al hacerla suya, le habían impreso sentidos distintos. Así puede explicarse la aparición de doctrinas, lucubraciones y poemas que muchas veces parecen y son antagónicos. Los sabios y poetas hablan un mismo lenguaje, se valen de metáforas muchas veces idénticas, pero expresan con frecuencia formas de pensamiento que responden a preocupaciones distintas.

La mención del dador de la vida, de las flores y cascabeles, del corazón de los príncipes y la muerte se dejan oír en no pocos poemas del pueblo del sol pero unidos al tema de la guerra en la llanura, del combate donde se hacen cautivos y se somete a las naciones vecinas:

Hacen estrépito los cascabeles,  
el polvo se alza cual si fuera humo:  
recibe deleite el Dador de la vida.

Las flores del escudo abren sus corolas,  
se extiende la gloria,  
se enlaza en la tierra.  
¡Hay muerte aquí entre flores,  
en medio de la llanura!  
Junto a la guerra,  
al dar principio la guerra,  
en medio de la llanura,  
el polvo se alza cual si fuera humo,  
se enreda y da vueltas,  
con sartales floridos de muerte.  
¡Oh príncipes chichimecas!  
¡No temas corazón mío!  
en medio de la llanura,  
mi corazón quiere  
la muerte a filo de obsidiana.  
Sólo esto quiere mi corazón:  
la muerte en la guerra...<sup>8</sup>

Alusiones en apariencia semejantes a las flores, al corazón y a la muerte, pero con sentido en realidad diferente, relacionadas esta vez con la búsqueda de una respuesta al enigma del hombre en la tierra, las hallamos en textos y poemas de la región tezcocana como éste atribuido a Nezahualcóyotl:

Sólo como a una flor nos estimas,  
así nos vamos marchitando, tus amigos.  
Como a una esmeralda,  
tú nos haces pedazos.  
Como a una pintura,

tú así nos borras.  
Todos se marchaban a la región de los muertos,  
al lugar común de perdersnos.  
¿Qué somos para ti, oh Dios?  
Así vivimos.  
Así, en el lugar de nuestra pérdida,  
así nos vamos perdiendo.  
Nosotros los hombres,  
¿a dónde tendremos que ir...?  
Hay un brotar de piedras preciosas,  
hay un florecer de plumas de quetzal,  
¿son acaso tu corazón, Dador de la vida?  
Nadie dice, estando a tu lado,  
que viva en la indigencia.<sup>9</sup>

Y refiriéndonos de nuevo a los autores mismos, es natural que sobre todo nos sean conocidas las composiciones de los personajes más célebres, principalmente de quienes alcanzaron el rango de gobernantes supremos o al menos estuvieron en estrecha relación con ellos. Sus palabras, por la importancia de las personas, se conservaron con mayor empeño y cuidado. Hay otros muchos textos anónimos, algunos de los cuales han de atribuirse sin duda a sabios y poetas que no llegaron a ocupar elevada posición ni social ni política. En general puede afirmarse que el origen mismo de los poetas, su vinculación a Tenochtitlan, a Texcoco, a Tlaxcala, obviamente influyó en el sesgo que habrían de dar a su pensamiento. Aunque hubo en esto excepciones, como en el caso de Tochiuhuitzin oriundo de Tenochtitlan, que prefirió el camino de la meditación casi filosófica al de las exaltaciones

guerreras del pueblo del sol, en general la afinidad en los temas guarda relación con la procedencia de quienes se expresaron a través de la poesía. Por ello hemos optado por distribuir a los trece poetas objeto de nuestro estudio, en función de sus respectivas patrias: Texcoco, México-Tenochtitlan, Tlaxcala y Chalco, como ejemplo este último de un señorío relativamente secundario.

Conveniente hubiera sido tal vez analizar en esta ya larga introducción otros aspectos relacionados con el ambiente, el pensamiento, los recursos estilísticos, las inclinaciones y tendencias de estos trece poetas de los tiempos aztecas.<sup>10</sup> Sin embargo, como estos temas volverán a aparecer al tratar de la vida y obra de cada uno, preferimos no extendernos aquí más. Al presentar a este primer grupo de forjadores de cantos, testimonios de un arte y un pensamiento con raíces milenarias, repetimos que son ellos tan sólo una muestra. El campo queda abierto a mejores formas de investigación. Lo merecen ciertamente los maestros de la palabra, prenuncio indígena de la serie sin fin de nuestros vates. La voluta florida del canto, símbolo potencialmente universal de la poesía, adquirirá así cabal sentido, religada para siempre con los rostros definidos de quienes la pensaron y supieron expresarla.

## Notas

- 1 García Granados, Rafael, *Diccionario Biográfico de Historia Antigua de México*, 3 vols. Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional, México, 1952-53.
- 2 El doctor Garibay en el vol. II de la *Historia de la literatura náhuatl*, Porrúa, México 1954, pp. 373-390, hace referencia a alguno de los poetas citados en el manuscrito de la Biblioteca Nacional, y ofrece



sumaria información que, como él mismo lo dice, será “de utilidad para los futuros investigadores”.

Igualmente en *Poesía náhuatl I*, (Romances de los señores de la Nueva España), Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional, México 1964, pp. 229-239, ofrece el mismo autor numerosas referencias acerca de los principales poetas cuyos nombres se mencionan en los textos del manuscrito de la Colección Latinoamericana de la Universidad de Texas.

- 3 La historia de este descubrimiento nos la da el doctor Antonio Peñafiel en el prólogo a su edición facsimilar del manuscrito: *Cantares en idioma mexicano*, Ms. de la Biblioteca Nacional, copia fotográfica, México, 1904.

Como el mismo Peñafiel lo señala, ya desde 1859, don Fernando Ramírez había hecho sacar una copia de este manuscrito cuando aún se conservaba en la Biblioteca de la Universidad de México, de la cual pasó más tarde a la Nacional. La copia de Ramírez fue vendida junto con su biblioteca y en realidad se debe al redescubrimiento de Vigil el interés que comenzó a despertarse por el estudio de los poemas y cantares incluidos en esta colección.

- 4 Brinton, Daniel G. *Ancient Nahuatl Poetry*, Philadelphia, 1887. A este trabajo surgió otro suyo referente también a la literatura de los antiguos mexicanos, en el que se ofrece la versión de varios himnos sagrados procedentes del *Códice matritense del Palacio Real*. A este libro dio Brinton el curioso título de *Rig Veda Americanas*, Philadelphia, 1890.

- 5 El Ms. de *Cantares mexicanos* de la Biblioteca Nacional ha sido objeto de numerosos estudios. No existe sin embargo hasta el presente una versión de la totalidad de los textos en él incluidos. En varias de sus obras, a partir de 1936, el doctor Garibay ha dado a conocer buena parte de estos poemas y prepara actualmente la edición bilingüe y completa de los mismos. El doctor Schultze Jena ha publicado en 1957 la paleografía y una sumamente inexacta traducción de los textos contenidos en 57 de los 85 folios del Ms., en la obra titulada *Alt-aztekische Grandinge, nach einer in der Bibl. Nacional von México aufbewahrten Handschrift, Quellenwerke zur alten Geschichte Amerikas*, Stuttgart, 1957.

Existen finalmente otras traducciones parciales de los poemas publicados por otros autores, entre ellos por quien esto escribe (véase *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, Fondo de Cultura Económica, México, 1961).

El Ms. de cantares, preservado en la Colección Latinoamericana de la Universidad de Texas y conocido con el curioso título de “Romances de los señores de la Nueva España”, ha sido publicado por vez primera por Garibay: *Poesía Náhuatl I*, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1964.

- 6 Obviamente las afirmaciones formuladas acerca de la antigüedad de estas instituciones del México prehispánico presuponen detenido exa-

men y estudio de los hallazgos arqueológicos y de las fuentes documentales. No siendo posible presentar aquí los testimonios allegados en apoyo de lo expuesto, nos permitimos hacer referencia al capítulo que acerca de “Los posibles orígenes y evolución del pensamiento náhuatl”, hemos preparado para la tercera edición de *La filosofía náhuatl, estudiada en sus fuentes*, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional, México, 1966, pp. 273-309.

7 Acerca de Xilomantzin, que aunque de origen culhuacano, vivió en Tezcoco, así como de otro arquitecto que colaboró con Nezahualcóyotl en la construcción de sus palacios, proporciona alguna noticia Fernando de Alva Ixtlilxóchitl. Véase:

8 Ms. *Cantares mexicanos*, fol. 9 r.

9 *Ibid.*, fol. 12 v.

10 Por lo que toca a la métrica y estilística nahuas que, hasta donde hemos podido ver, se conservan muy semejantes en las distintas composiciones de nuestros trece poetas, véase lo que dice Garibay en *Historia de la literatura náhuatl*, t. I., pp. 60-73, así como de quien esto escribe, *Literaturas precolombinas de México*, Editorial Pormaca, México 1964, pp. 82-85.



# Poetas de la Región Texcocana





*En Acolhuacan-Texcoco  
se guardan maravillosas  
las pinturas de los anales;  
en las casas de los libros,  
están las flores preciosas...*

(Ms. *Cantares mexicanos*, fol. 18 r)



## I. Tlaltecatzin de Cuauhchinanco

### Cantor del placer, la mujer y la muerte

(*Siglo XIV*)

Con Tlaltecatzin iniciamos la galería de los forjadores de cantos, no ya seres anónimos, sino, como dirían los nahuas, “rostros que tuvieron carne y color”. Tlaltecatzin fue señor de Cuauhchinanco, en el actual estado de Puebla, a mediados del siglo XIV. De estirpe chichimeca, Tlaltecatzin tuvo fama de hombre feliz. Como lo dejó dicho un poeta de Chalco de nombre Chichicuepon, “fueron felices los príncipes Tlaltecatzin, Xoquatzin y Tozmaquetzin...”<sup>1</sup> Nuestro poeta, según el testimonio de Ixtlilxóchitl, fue contemporáneo de Techotlala, supremo gobernante de Texcoco, entre los años de 1357 y 1409.<sup>2</sup> Coetáneos suyos debieron ser también el célebre Tezozómoc de Azcapotzalco, el señor Coxcoxtli de Culhuacán, así como Acamapichtli, primer tlatoani de México-Tenochtitlan.

Desgraciadamente no es mucho lo que conocemos acerca de la vida de Tlaltecatzin. Gracias al mismo historiador texcocano Ixtlilxóchitl, sabemos que el señorío de Cuauhchinanco formaba parte de los dominios chichimecas de Tezcoco. De Tlaltecatzin y de sus colegas los gobernantes de otras provincias, refiere Ixtlilxóchit que “venían siempre a la corte de Texcoco a hallarse para cualquier ocasión y tratar de su buen gobierno”.<sup>3</sup>

Por ese entonces Texcoco comenzaba a ser ya importante centro de cultura. Especialmente los gobernantes, sacerdotes y nobles que acudían allí se veían influidos por



las ideas religiosas, el arte y el pensamiento que comenzaban a florecer en esa ciudad que habría de alcanzar años más tarde su máximo esplendor bajo el gobierno del célebre Nezahualcóyotl.

Los príncipes chichimecas que habían gobernado Texcoco se habían preocupado por mejorar la forma de vida de sus gentes. Así, Nopaltzin, señor de 1284 a 1315, hijo del gran chichimeca Xólotl, y casado con una princesa de origen tolteca, introdujo sistemáticamente formas mejores de cultivar la tierra. Sus hijos, Tlotzin y Quinatzin, continuando su ejemplo, y oyendo el consejo de algunos toltecas, se ocuparon también de su ciudad, “aderezándola y poniéndola en orden con mucha policía”.<sup>4</sup>

Pronto se hizo venir a sabios procedentes de la Mixteca para aprender de ellos la antigua escritura de los códices, la astrología y las artes de los tiempos toltecas. Correspondió precisamente a Techotlala consumir este proceso de transformación cultural, aceptando el culto religioso en honor de Quetzalcóatl e imponiendo a sus vasallos la obligación de hablar el idioma náhuatl a la manera tolteca, como él mismo lo había aprendido de su nodriza la señora Papaloxóchitl. Recordando una vez más el testimonio de Ixtlilxóchitl, sabemos que el arte del bien hablar, el uso de las pinturas y otras cosas de orden y buen gobierno florecieron por entonces en Texcoco “porque a la sazón (los texcocanos) estaban muy interpolados con los de la nación tolteca”.<sup>5</sup>

Tlaltecatzin que, “venía siempre a la corte de Texcoco a hallarse para cualquier ocasión y tratar de su buen gobierno”, pudo interesarse y verse influido por el florecimiento cultural que allí imperaba cada día con más fuerza. Es probable que en sus visitas a la metrópoli texcocana trabara amistad con

otros poetas como Tozmaquetzin al lado del cual es mencionado por Chichicuepon, el poeta de Chalco. Allí mismo tendría ocasión Tlaltecatzin de ahondar en la antigua sabiduría de origen tolteca, conocer las doctrinas acerca de Quetzalcóatl y el arte de la expresión cuidadosa en la lengua de los nahuas como se hablaba en los viejos tiempos. El hecho es que Tlaltecatzin llegó a ser célebre forjador de cantares. De él se dice que “dejado a ti mismo, en tu casa, expresaste sentimientos y hablaste rectamente”.<sup>6</sup>

Conocemos sólo un cantar de Tlaltecatzin. Es un poema ni muy largo ni muy corto, pero tan recordado y famoso que lo encontramos incluido dos veces en las colecciones prehispánicas.<sup>7</sup> Aunque se trata de un solo poema, nos atrevemos a decir que gracias a él nos acercamos a lo que parece haber sido la actitud en la vida de quien fue señor de Cuauhchinanco.

El poema de Tlaltecatzin es un canto al placer en todas sus formas. Pero, como será también el caso de otros muchos forjadores de cantos del mundo prehispánico, con la afirmación del placer se entrelaza el sentimiento angustioso de la pérdida de sí mismo por obra de la muerte. Tlaltecatzin ofrece en breves líneas un cuadro en verdad extraordinario. En su poema dialoga con una *ahuiani*, “alegradora”, mujer pública en los días del México antiguo. La alegradora invita al placer, es “preciosa flor de maíz tostado”, es admirable criatura que yace sobre la estera de plumas, es como el cacao floreciente que se reparte y de él todos gozan. Contradiciendo a quienes han pensado que el hombre prehispánico tuvo miedo del placer y del sexo, Tlaltecatzin proclama que al lado de las flores preciosas, por encima del cacao que beben los príncipes y del humo del tabaco que anima la reunión de los amigos, está la admirable criatura, la dulce y preciosa mujer.

## Notas

- 1 *Colección de cantares mexicanos* de la Biblioteca Nacional, fol. 33 r.
- 2 Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva, *Obras históricas*, tomo I, México, 1882, p. 136.
- 3 *Ibid.*, p. 137.
- 4 *Ibid.*, t. I, p. 117.
- 5 *Ibid.*, t. II, p. 73.
- 6 *Colección de cantares mexicanos (Romances de los señores de la Nueva España)*, fol. 7 r.
- 7 Véase *Colección de cantares mexicanos* de la Biblioteca Nacional de México, fol. 30 r. y v. y *Romances de los señores de la Nueva España*, fols. 7 r. – 8 r.

## EL POEMA DE TLALTECATZIN

En la soledad yo canto  
a aquel que es mi Dios  
En el lugar de la luz y el calor,  
en el lugar del mando,  
el florido cacao está espumoso,  
la bebida que con flores embriaga.

Yo tengo anhelo,  
lo saborea mi corazón,  
se embriaga mi corazón,  
en verdad mi corazón lo sabe:

¡Ave roja de cuello de hule!,  
fresca y ardorosa,  
luces tu guirnalda de flores.  
¡Oh madre!  
Dulce, sabrosa mujer,  
preciosa flor de maíz tostado,  
sólo te prestas,  
serás abandonada,  
tendrás que irte,  
quedarás descarnada.

Aquí tú has venido,  
frente a los príncipes,  
tú, maravillosa criatura,  
invitas al placer.  
Sobre la estera de plumas amarillas y azules

aquí estás erguida.  
Preciosa flor de maíz tostado,  
sólo te prestas,  
serás abandonada,  
tendrás que irte,  
quedarás descarnada.

El floreciente cacao  
ya tiene espuma,  
se repartió la flor del tabaco.  
Si mi corazón lo gustara,  
mi vida se embriagaría.  
Cada uno está aquí,  
sobre la tierra,  
vosotros señores, mis príncipes,  
si mi corazón lo gustara,  
se embriagaría.

Yo sólo me aflijo,  
digo:  
que no vaya yo  
al lugar de los descarnados.  
Mi vida es cosa preciosa.  
Yo sólo soy,  
yo soy un cantor,  
de oro son las flores que tengo.  
Ya tengo que abandonarla,  
sólo contemplo mi casa,  
en hilera se quedan las flores.  
¿Tal vez grandes jades,

extendidos plumajes  
son acaso mi precio?  
Sólo tendré que marcharme,  
alguna vez será,  
yo sólo me voy,  
iré a perderme.  
A mí mismo me abandono,  
¡Ah, mi Dios!  
Digo: váyame yo,  
como los muertos sea envuelto,  
yo cantor,  
sea así.  
¿Podría alguien acaso adueñarse de mi corazón?  
Yo solo así habré de irme,  
con flores cubierto mi corazón.  
Se destruirán los plumajes de quetzal,  
los jades preciosos  
que fueron labrados con arte.  
¡En ninguna parte está su modelo  
sobre la tierra!  
Que sea así,  
y que sea sin violencia.



## II. Nezahualcóyotl de Texcoco

### Poeta, arquitecto y sabio en las cosas divinas

(*1-Conejo, 1402 –  
6-Pedernal, 1472*)

No uno sino varios de los poetas del mundo náhuatl, verdaderos maestros de la palabra, se hicieron acreedores al título de *tlamatinime*, “el que sabe algo”, el que medita y discurre sobre los antiguos enigmas del hombre en la tierra, el más allá y la divinidad. Como algunos de los filósofos presocráticos, también estos sabios del México antiguo habían hecho de la poesía forma habitual de expresión. En ella habían encontrado el mejor de los caminos para transmitir el meollo de su pensamiento y, sobre todo, de su más honda intuición. “Flor y canto” llamaron a la metáfora y al símbolo y como los primeros filósofos de Grecia o los sabios del Indostán, los pensadores poetas de Anáhuac, engarzando palabras verdaderas, forjando frases con ritmo, comunicaron también su mensaje.

Entre quienes además de poetas llegaron a ser sabios, *tlamatinime*, se encuentran Tecayehuatzin de Huexotzinco, Ayocuan de Tecamachulco, Nezahualpilli de Texcoco, Cuacuauhtzin de Tepechpan y Techihuitzin de Tenochtitlan. Pero sobresaliendo por encima de éstos y de otros que podrían mencionarse, aparece sin duda el que más grande fama alcanzó, el tantas veces citado Nezahualcóyotl.

¿Se debe acaso su extraordinario renombre al hecho de que, además de sabio y poeta, haya sido gobernante supremo de Texcoco y consejero por excelencia de Tenochtitlan? Como



veremos, aunque su rango pudo contribuir originalmente a su fama, la justificación plena de ésta se encuentra en el valor intrínseco de su obra y pensamiento comprendidos integralmente. Otros *tlamatinime* hubo también que alcanzaron el rango de gobernantes supremos, y si se quiere tuvieron parecido poder que Nezahualcóyotl, sin lograr por más el prestigio que conoció el señor de Texcoco como maestro en las cosas divinas y humanas. De nadie más encontramos en las fuentes palabras y elogios como los que a continuación transcribimos acerca de Nezahualcóyotl. Exclama así un poeta de la región culhuacana:

Sobre la estera de flores  
pintas tu canto, tu palabra,  
príncipe Nezahualcóyotl.  
En la pintura está tu corazón,  
con flores de todos colores  
pintas tu canto, tu palabra,  
príncipe Nezahualcóyotl.<sup>8</sup>

Mayor alabanza, quizás la máxima que pueda decirse de un poeta, la encontramos en otro breve canto concebido para descubrir la más honda raíz de esa sabiduría que llevaban consigo las palabras de Nezahualcóyotl:

Dentro de ti vive,  
dentro de ti está pintando,  
inventa, el Dador de la vida,  
¡príncipe chichimeca, Nezahualcóyotl!<sup>9</sup>

Y si fue celebrada y admirada la figura de Nezahualcóyotl en los tiempos prehispánicos, también atrajo sobre sí la atención de cronistas e investigadores desde el mismo siglo XVI. Pero, a pesar de incontables referencias a su vida y pensamiento y aun de algunas biografías acerca de él, no existe, que sepamos, un estudio en el que se hayan tomado en cuenta con sentido crítico los principales textos que fundadamente pueden atribuírsele y que permiten situar sus ideas dentro de la trayectoria del pensamiento prehispánico.<sup>10</sup>

El desconocimiento casi general, hasta época reciente, de muchas de las fuentes indígenas de la cultura náhuatl, ha sido obstáculo principal para acercarse a las ideas del sabio señor de Texcoco. Esto explica que hayan proliferado, más que en otros casos, las fantasías acerca de la figura de Nezahualcóyotl. Numerosas veces se ha dicho que fue él quien descubrió al “Dios único, causa de todas las cosas...”. Se le ha pintado igualmente exponiendo otras ideas teológicas y filosóficas de manifiesto origen occidental y se le han atribuido composiciones poéticas que ni remotamente pueden tenerse como suyas. Un sólo caso concreto mencionaremos: el del célebre poema incluido por Granados y Gálvez en sus *Tardes americanas*, obra impresa en México en 1778. En ese poema, citado repetidas veces, aparece Nezahualcóyotl hablando de las “bóvedas de pestilentes polvos”, de la “redondez de la tierra que es un sepulcro”, de las “púrpuras” y de “las caducas pompas de este mundo...”. Obviamente Nezahualcóyotl no pudo servirse de metáforas semejantes, por completo extrañas al pensamiento de los antiguos mexicanos.

Las ideas de Nezahualcóyotl conservadas en las colec-

ciones de cantares de origen prehispánico son en realidad muy distintas y mucho más profundas que las de quienes forjaron en su honor tan burdas falsificaciones. Intentaremos aquí acercarnos a ellas sobre la base de las fuentes que se conservan. Podrá así comprenderse cómo en realidad el señor de Texcoco, con plena conciencia de un legado intelectual milenario, pudo desarrollar formas de pensamiento que, si guardan obvia semejanza con las de otros *tlamatinime*, muestran también matices y enfoques distintos, consecuencia de su propia intuición.

Convergían de hecho en Nezahualcóyotl dos distintas corrientes de tradición, la de los antiguos grupos chichimecas venidos del norte y la que se derivaba de la cultura tolteca con las enseñanzas y doctrinas atribuidas a Quetzalcóatl. Ya hemos mencionado al tratar de la vida de Tlaltecatzin, el poeta señor de Cuauhchinanco, que por obra de los ancestros de Nezahualcóyotl, algunas instituciones toltecas, entre ellas el arte de la escritura y las antiguas doctrinas y prácticas religiosas, habían alcanzado nuevo florecimiento en Texcoco. Desde los días de su infancia se vio influido Nezahualcóyotl por ese resurgimiento de la cultura tolteca ya que, según lo refiere Ixtlilxóchitl, tuvo entre los ayos “que convenían a su buena crianza y doctrina...” a uno llamado “Huitzililhuitzin, que era a su modo en aquel tiempo gran filósofo...”.<sup>11</sup>

Y no es que hubieran desaparecido por completo los mitos, tradiciones y prácticas de origen chichimeca. Claras supervivencias de ello se descubren en los textos pero dando ya lugar a diversas maneras de sincretismo cultural y religioso. Así, los aztecas, que como los texcocanos, estaban en proceso de asimilar las instituciones de origen tolteca, llegaban

más tarde a transformarlas en función de sus propias ideas y ambiciones, hasta convertirse a sí mismos en el “Pueblo del Sol” con una nueva visión místico-guerrera del mundo, raíz de su extraordinaria pujanza como conquistadores dentro del ámbito del México antiguo.

Distinto fue el sesgo que tuvo la fusión de elementos culturales toltecas y chichimecas en el pensamiento y en la acción de Nezahualcóyotl y de otros *tlamatinime*. Las doctrinas atribuidas a Quetzalcóatl serían para ellos punto de partida de reflexiones de hondo sentido espiritualista acerca de los antiguos temas de *Tloque nahuaque*, el “Dueño del cerca y del junto”, los rostro y corazones humanos, la superación personal de la muerte y la posibilidad de decir palabras verdaderas en un mundo en el que todo cambia y perece. Dentro de este contexto, el pensamiento de Nezahualcóyotl, mejor que el de otros contemporáneos suyos, habría de desarrollarse guiado por su intuición, hasta llegar a formular una de las más hondas versiones de lo que hemos llamado filosofía náhuatl.

En vez de detenernos aquí en relatar anécdotas acerca de la vida de Nezahualcóyotl, preferimos concentrar la atención en lo que parece haber sido la trayectoria, los temas y problemas, de ese su pensar filosófico. Diremos sólo que para el estudio de su vida son fuentes principales los *Anales de Cuauhtitlan*, las obras de los historiadores texcocanos Ixtlilxóchitl y Pomar, así como, con carácter de secundarias, las relaciones e historias de fray Juan de Torquemada y de Chimalpain Cuauhtlehuanitzin. Lo que podemos conocer de su pensamiento y creación poética se conserva en las mismas colecciones de cantares prehispánicos de las que provienen los textos de los otros forjadores de cantos de los que habremos

también de ocuparnos en el presente trabajo.

Mencionando únicamente los momentos más sobresalientes, recordaremos que nació en Texcoco en el año 1-Conejo, 1402, teniendo por padres al señor Ixtlilxóchitl el Viejo y a Matlalcihuatzin, hija de Huitzilñhuítl, segundo señor de Tenochtitlan.<sup>12</sup> Como ya lo hemos dicho, desde los días de su infancia recibió Nezahualcóyotl esmerada educación, tanto de sus ayos en el palacio paterno, como de sus maestros en el principal *Calmécac* de Texcoco. Gracias a esto pudo adentrarse desde un principio en el conocimiento de las doctrinas y sabiduría heredadas de los toltecas.

Según el historiador Chimalpain, en el año 4-Conejo, 1418, cuando el joven príncipe contaba dieciseis años de edad, vio morir a su padre asesinado por las gentes de Tezozómoc de Azcapotzalco y la ruina de Texcoco sometida al poder de la nación tecpaneca. La muerte de su padre era el comienzo de una larga serie de desgracias, persecuciones y peligros referidos con detalle en la mayoría de las crónicas e historias. Rasgo sobresaliente de Nezahualcóyotl en tan difíciles circunstancias fue su sagacidad que, unida a su audacia, habría de llevarle al fin al triunfo sobre sus enemigos. Y seguramente que ya desde esta época tuvo ocasión de entrar en contacto con algunos poetas y sabios como es el caso de Tochihuitzin Coyolchiuhqui, “el forjador de cascabeles”, uno de los hijos de Itzcóatl que le ayudó a escapar en el momento en que las gentes de Azcapotzalco perpetraban la muerte de su padre.

Ganándose el favor de los señores de varios estados vecinos, entre ellos de los de Huexotzinco y Tlaxcala, y sobre todo el de sus parientes por línea materna, o sea de los

aztecas que también iniciaban entonces su lucha contra los de Azcapotzalco, Nezahualcóyotl pudo emprender la liberación de los dominios de su padre. Así, según el testimonio de los *Anales de Cuauhtitlan*, en el año 3-Conejo, 1430, logró conquistar el señorío de Coatlinchan.<sup>13</sup> Al fin, después de numerosas batallas que trajeron consigo la derrota completa de los tecpanecas, Nezahualcóyotl pudo coronarse en 1431 y dos años más tarde establecerse de manera definitiva en Texcoco con el apoyo y la alianza de México-Tenochtitlan.

Su largo reinado de más de cuarenta años aparece en los textos como una época de esplendor en la que florecen extraordinariamente las artes y la cultura. Nezahualcóyotl edificó palacios, templos, jardines botánicos y zoológicos. Fue consejero de los reyes aztecas y, como arquitecto extraordinario, dirigió la construcción de calzadas, las obras de introducción del agua a México, la edificación de los diques o albarradas para aislar las aguas saladas de los lagos e impedir futuras inundaciones. Su descendiente, el historiador Fernando de Alva Ixtlilxóchitl nos habla pormenorizadamente de las obras emprendidas por Nezahualcóyotl y describe con fruición lo que llegaron a ser sus palacios con salas dedicadas a la música y a la poesía, en donde se reunían los sabios, los conocedores de los astros, los sacerdotes, los jueces y todos cuantos se interesaban por lo más elevado de las creaciones dentro de ese nuevo florecimiento cultural hondamente cimentado en la tradición de los toltecas.<sup>14</sup>

Como legislador, promulgó Nezahualcóyotl una serie de leyes, muchas de las cuales se conservan en antiguas transcripciones que dejan entrever su sabiduría y profundo

sentido de justicia.<sup>15</sup> Es cierto que, por su alianza con México-Tenochtitlan hubo de participar en numerosas guerras y tuvo también que transigir en lo tocante a prácticas y ceremonias religiosas con las que en más de una ocasión manifestó su desacuerdo. Pero, según parece, en su vida personal se apartó del culto a los dioses de la religión oficial y se opuso, hasta donde le fue posible, al rito de los sacrificios de hombres. Como testimonio visible de su más íntima persuasión y del sesgo que había dado a su pensamiento, frente al templo del dios Huitzilopochtli que se levantaba en Texcoco en reconocimiento del predominio azteca, edificó Nezahualcóyotl otro templo con una elevada torre compuesta de varios cuerpos que simbolizaban los travesaños o pisos celestes, sin imagen alguna, en honor de *Tloque nahuaque*, “el dueño del cerca y del junto, el invisible como la noche e impalpable como el viento”, el mismo al que hacía continua referencia en sus meditaciones y poemas.<sup>16</sup>

Otras muchas anécdotas y hechos importantes en la vida de Nezahualcóyotl podrían aducirse para dar mejor idea de lo que fue su rostro y corazón de hombre “con carne y color”. Algunos episodios más habrán de ser consignados en este mismo libro al tratar de otros poetas y sabios con quienes Nezahualcóyotl mantuvo diversas formas de relación. Así nos ocuparemos de la mayor y más lamentable de sus flaquezas, con ocasión de su encuentro con su vasallo, el también poeta Cuacuauhtzin de Tepechpan, de cuya mujer había de quedar prendado con bien trágicas consecuencias. Igualmente, al hablar de Axayácatl, el *tlatoani* o rey de Tenochtitlan, volverá a aparecer Nezahualcóyotl influyendo en su elección y actuando como consejero y aliado de la

nación azteca. Finalmente en la biografía de su hijo Nezahualpilli, una vez más quedará manifiesta su previsión de hombre sabio que lo movió a escoger por sucesor a quien como él habría de acrecentar el ya bien cimentado prestigio de Texcoco.

Setenta y un años vivió el sabio de Texcoco, y fue precisamente al sentir ya cercana su muerte, cuando dio a conocer su determinación de ser sucedido por su hijo Nezahualpilli. Entre las últimas disposiciones que dictó, además de encomendar a Nezahualpilli a la tutela del prudente Acapioltzin, reconciliado ya Nezahualcóyotl con la ideas de la muerte sobre la que tanto había meditado, pidió que al sobrevenirle ésta, no se diera puerta a la inquietud ni se causara pesar al pueblo. Su descendiente, el historiador Ixtlilxóchitl nos ha conservado las que parecen haber sido sus postreras palabras:

Yo me hallo muy cercano a la muerte, y fallecido que sea, en lugar de tristes lamentaciones cantareís alegres cantos, mostrando en vuestros ánimos valor y esfuerzo para que las naciones que hemos sujetado y puesto debajo de nuestro imperio, por mi muerte no hallen flaqueza de ánimo en vuestras personas sino que entiendan que cualquiera de vosotros es solo bastante para tenerlos sujetos...<sup>17</sup>

Ocurrió la muerte de Nezahualcóyotl, como ya se ha dicho, en el año 6 – Pedernal, según nuestra cuenta, en el de 1472. Al hacer recordación de ella cronistas e historiadores sin excepción se empeñan en lograr un postrer elogio de Nezahualcóyotl, queriendo sintetizar lo que fueron sus méritos y creaciones sobre todo como poeta y pensador. Aduciremos



aquí tan sólo algo de lo que escribió el mismo Ixtlilxóchitl:

De esta manera acabó la vida de Nezahualcóyotl, que fue el más poderoso, valeroso, sabio y venturoso príncipe y capitán que ha habido en este Nuevo Mundo... porque fue muy sabio en las cosas morales y el que más vaciló, buscando de donde tomar lumbre para certificarse del verdadero Dios... como se ha visto en el discurso de su historia, y dan testimonio sus cantos que compuso... Y aunque no pudo de todo punto quitar el sacrificio de los hombres conforme a los ritos mexicanos, todavía alcanzó con ellos que tan solamente sacrificasen a los habidos en guerra, esclavos y cautivos y no a sus hijos y naturales que solían tener de costumbre...<sup>18</sup>

Y como para dar mayor apoyo a éstas sus palabras y a todo lo dicho acerca de Nezahualcóyotl, señala luego el cronista texcocano con particular énfasis cuáles han sido los testimonios y fuentes de que se ha valido:

Autores son de todo lo referido y de lo demás de su vida y hechos los infantes de México, Itzcoatzin y Xiuhcozcatzin, y otros poetas e históricos en los anales de las tres cabezas de esta Nueva España, y en particular en los anales que hizo el infante Quauhtlatzacuilotzin, primer señor del pueblo de Chiauhitla, que comienzan desde el año de su nacimiento hasta el tiempo del gobierno del rey Nezahualpiltzintli. Y asimismo se halla en las relaciones que escribieron los infantes de la ciudad de Texcoco, D. Pablo, D. Toribio, D. Hernando Pimentel y Juan de Pomar, hijos y nietos del rey Nezahualpiltzintli de Texcoco, y asimismo el infante D. Alonso Axayacatzin, señor de Iztapalapan, hijo del rey Cuitláhuac y sobrino del

rey Motecuhzomatzin...<sup>19</sup>

Lamentablemente las obras de algunos de estos que Ixtlilxóchitl llama “poetas e históricos” están para nosotros perdidas en la actualidad. Sin embargo tanto las varias fuentes indígenas conocidas, a las que ya hemos referido, como las pocas biografías que de Nezahualcóyotl se han escrito en fecha más reciente, permiten a quien lo desee un acercamiento mucho más profundo a la vida azarosa, fecunda y extraordinaria del gran señor de Texcoco.

Siendo nuestro propósito estudiar aquí sobre todo su poesía y su pensamiento, ensayaremos a continuación una primera forma de interpretación con base en el análisis de algunas de las composiciones que con sentido crítico pueden tenerse como suyas. Cerca de treinta son los poemas conservados en las colecciones de cantares prehispánicos como obra de Nezahualcóyotl. Aunque no conocemos las fechas en que cada uno fue compuesto, sí es posible descubrir en ellos varios temas centrales que se entrelazan espontáneamente y siguen la que en rigor puede llamarse una cierta forma de secuencia lógica. Entre los grandes temas sobre los que discurrió el pensamiento de Nezahualcóyotl están el del tiempo o fugacidad de cuanto existe, la muerte inevitable, la posibilidad de decir palabras verdaderas, el más allá y la región de los descarnados, el sentido de “flor y canto”, el enigma del hombre frente al Dador de la vida, la posibilidad de vislumbrar algo acerca del “inventor de sí mismo”, y en resumen, los problemas de un pensamiento metafísico por instinto que ha vivido la duda y la angustia como atributos de la propia existencia.

Es cierto, y también inevitable, que en esta presenta-

ción del pensamiento de Nezahualcóyotl a través de su poesía, se dejará sentir la interpretación subjetiva de quien esto escribe. Pero si es éste insalvable escollo en el estudio de la obra del sabio texcocano, no estamos ante un caso de excepción. También han sido numerosas y distintas las interpretaciones de las ideas, asimismo, sólo fragmentariamente conocidas de quienes, como los filósofos presocráticos o los primeros sabios del Indostán o de China, vivieron y pensaron en tiempos lejanos y en culturas tan diferentes. Así sin pretensiones ingenuas, aunque con cautela y sentido crítico, mostraremos algo de lo que nos parece haber sido la trayectoria del pensamiento de Nezahualcóyotl. Más allá de toda hipérbole, y a pesar de las limitaciones de interpretación, sus textos, fruto de auténtica intuición y de un meditar sin descanso, bien podrían parangonarse con otras composiciones, ejemplos clásicos de poesía filosófica de valor universal.

Punto de partida de Nezahualcóyotl parece haber sido su profunda experiencia del cambio y del tiempo, en lengua náhuatl, *cáhuatl*, “lo que nos va dejando”. Todo en *tlaltípac*, “sobre la tierra”, es transitorio, aparece un poco aquí, para luego desgarrarse y desvanecerse para siempre. Oigamos la expresión misma de Nezahualcóyotl:

Yo Nezahualcóyotl lo pregunto:

¿Acaso de veras se vive con raíz en la tierra?

No para siempre en la tierra:

Sólo un poco aquí.

Aunque sea de jade se quiebra,

aunque sea oro se rompe,

aunque sea plumaje de quetzal se desgarrá.

No para siempre en la tierra:  
sólo un poco aquí.<sup>20</sup>

Si el jade y el otro se quiebran y rompen, los rostros y corazones, más frágiles aún, por muy nobles que hayan sido, como flores habrán de secarse y cual si fueran pinturas quedarán borrados:

Percibo lo secreto, lo oculto:  
¡Oh vosotros señores!  
Así somos,  
somos mortales,  
de cuatro en cuatro nosotros los hombres,  
todos habremos de irnos,  
todos habremos de morir en la tierra...

Como una pintura  
nos iremos borrando.  
Como una flor,  
nos iremos secando  
aquí sobre la tierra.  
Como vestidura de plumaje de ave zacuán,  
de la preciosa ave de cuello de hule,  
nos iremos acabando...  
Meditadlo, señores,  
águilas y tigres,  
aunque fuérais de jade,  
aunque fuérais de oro  
también allá iréis,  
al lugar de los descarnados.  
Tendremos que desaparecer,

nadie habrá de quedar.<sup>21</sup>

La persuasión de que en la tierra sólo por breve tiempo dura la reunión de los rostros y corazones es raíz de la tristeza, pero también principio de nuevas formas de pensamiento en el ánimo de Nezahualcóyotl:

Estoy embriagado, lloro, me aflijo,  
pienso, digo,  
en mi interior lo encuentro:  
si yo nunca muriera,  
si nunca desapareciera.  
Allá donde no hay muerte,  
allá donde ellas es conquistada,  
que allá vaya yo.  
Si yo nunca muriera,  
si yo nunca desapareciera.<sup>22</sup>

Las doctrinas religiosas, aceptadas por el estado y por el pueblo, acerca de la supervivencia de los guerreros como compañeros del sol, o de una vida feliz en los jardines del Tláloc, o teniendo que hacer frente a peligros y pruebas en las moradas inferiores del *Mictlam*, la región de los muertos, eran ya objeto de duda en el pensamiento de no pocos *tlamatinime*. Nezahualcóyotl, recondando conceptos antiguos, tal vez de origen tolteca, expresa su duda preguntándose a dónde hay que ir, o qué sabiduría hay que encontrar para llegar a *Quenonamican*, “donde de algún modo se vive”, a *can on ayac micohua* a “donde la muerte no existe”:

¿A dónde iremos

donde la muerte no existe?  
Mas, ¿por esto viviré llorando?  
Que tu corazón se enderece:  
aquí nadie vivirá para siempre.  
Aun los príncipes a morir vinieron,  
hay incineramiento de gente.  
Que tu corazón se enderece:  
aquí nadie vivirá para siempre.<sup>23</sup>

Nezahualcóyotl mismo enderezó su corazón, lo que equivale a decir, entendiendo la connotación náhuatl de *yóllotl* (corazón), que dio un sentido a *su movilidad*, a su núcleo dinámico. Fortalecido el corazón, Nezahualcóyotl afirma haber descubierto el significado profundo de “flor y canto”, expresión náhuatl del arte y el símbolo, para poder acercarse gracias a él, desde *tlaltícpac* (desde la tierra), a la realidad de “lo que está sobre nosotros y la región de los dioses y de los muertos”. Cuatro líneas magistrales dan testimonio de su descubrimiento:

Por fin lo comprende mi corazón:  
escucho un canto,  
contemplo una flor..  
¡Ojalá no se marchiten!<sup>24</sup>

El corazón que ha comprendido al fin cuál ha de ser su camino, desea entonces hallar los cantos y flores que nunca perecen. Nezahualcóyotl no caerá de nuevo en la duda. Su corazón habrá de encontrar flores y cantos con vida y raíz. Probablemente, por esto, dejó dicho:

No acabarán mis flores,  
no cesarán mis cantos.  
Yo cantor los elevo,  
se reparten, se esparcen.  
Aun cuando las flores  
se marchitan y amarillecen,  
serán llevadas allá,  
al interior de la casa  
del ave de plumas de oro.<sup>25</sup>

Y es que, como él mismo lo apunta, el corazón de quien ha descubierto flores y cantos ha nacido para cantar, tiene su casa en la primavera que nunca termina, puede en fin acercarse al misterio de los dioses y los muertos. El sabio señor de Texcoco, conocedor de las doctrinas toltecas, hizo objeto de su meditación el tema de *Tloque Nahuaque*, el Dueño de la cercanía y la proximidad, que es también *Moyocoyatzin*, el que se está inventando a sí mismo. Por los senderos de flor y canto expresó su pensamiento acerca de “quien es como la noche y el viento”, el Dador de la vida, que en su libro de pinturas ha hecho el boceto de nuestros rostros y corazones, el arbitrario inventor que también escribe y dibuja con flores y cantos:

Con flores escribes, Dador de la vida,  
con cantos das color,  
con cantos sombreas  
a los que han de vivir en la tierra.  
Después destruirás a águilas y tigres,  
sólo en tu libro de pinturas vivimos,

aquí sobre la tierra.

Con tinta negra borrarás

lo que fue la hermandad,

la comunidad, la nobleza.

Tú sombras a los que han de vivir en la tierra.<sup>26</sup>

El rostro y el corazón del hombre en la tierra está cerca y lejos de *Moyocoyatzin*, el inventor de sí mismo. Es cierto que águilas y tigres, hermandad y nobleza existen en el libro de pinturas del Dueño del cerca y del junto. Mas, a pesar de esto, el supremo Dador de la vida, como noche y viento que es para el hombre, permanece oculto e inalcanzable. El pensamiento de Nezahualcóyotl ahondando en el misterio, se dirige a *Tloque Nahuaque*, expresando precisamente esta imposibilidad de acercarse a él:

Sólo allá en el interior del cielo

Tú inventas tu palabra,

¡Dador de la vida!

¿Qué determinarás?

¿Tendrás fastidio aquí?

¿Ocultarás tu fama y tu gloria en la tierra?

¿Qué determinarás?

Nadie puede ser amigo

del Dador de la vida...

¿A dónde pues iremos...?

Enderezáos, que todos

tendremos que ir al lugar del misterio...<sup>27</sup>

No obstante haber afirmado que “nadie puede decirse o



ser amigo del Dador de la vida”, Nezahualcóyotl continuó tenazmente su búsqueda. Muchas son las flores y los cantos de sus textos acerca de la divinidad que podríamos aducir aquí. Ofrecemos sólo dos testimonios más. El primero es expresión de preguntas, casi diríamos dudas, sobre la realidad y raíz de quien en sí mismo inventa su palabra y da ser en su misterioso libro de pinturas:

¿Eres tú verdadero (tienes raíz)?  
Sólo quien todas las cosas domina,  
el Dador de la vida.  
¿Es esto verdad?  
¿Acaso no lo es, como dicen?  
¡Que nuestros corazones  
no tengan tormento!  
Todo lo que es verdadero,  
(lo que tiene raíz),  
dicen que no es verdadero  
(que no tiene raíz).  
El Dador de la vida  
sólo se muestra arbitrario.

¡Que nuestros corazones  
no tengan tormento!  
Porque él es el Dador de la vida.<sup>28</sup>

Por encima de las dudas y del misterio que circundan al Dador de la vida, es menester aceptar su realidad. Esto es lo único que da tranquilidad y raíz al corazón. Tal parece ser la conclusión a que llegó Nezahualcóyotl en su esfuerzo por

acercarse al misterio de lo divino. Si *Tloque Nahuaque* es arbitrario e incomprensible, es también el Dador de la vida en cuyo libro de pinturas existimos. Los rostros humanos deben aceptar el misterio; deben invocar y alabar a *Tloque Nahuaque*. Así se puede vivir en la tierra.

Las flores y los cantos, el arte, creación la más humana del hombre, son el camino para acercarse. Al parecer, el mismo Dador de la vida con sus propias flores y cantos, quiso embriagarnos aquí. El siguiente texto de Nezahualcóyotl aparece, desde el punto de vista, como la síntesis final de su pensamiento:

No en parte alguna puede estar la casa del inventor de sí  
[mismo.

Dios, el señor nuestro, por todas partes es invocado,  
por todas partes es también venerado.

Se busca su gloria, su fama en la tierra.

Él es quien inventa las cosas,

él es quien se inventa a sí mismo: Dios.

Por todas partes es invocado,

por todas partes es también venerado.

Se busca su gloria, su fama en la tierra.

Nadie puede aquí,

nadie puede ser amigo

del Dador de la vida;

sólo es invocado,

a su lado,

junto a él,

se puede vivir en la tierra.

El que lo encuentra,

tan sólo sabe bien esto: él es invocado,  
a su lado, junto a él,  
se puede vivir en la tierra.  
Nadie en verdad  
es tu amigo,  
¡oh Dador de la vida!  
Sólo como si entre las flores  
buscáramos a alguien,  
así te buscamos,  
nosotros que vivimos en la tierra,  
mientras estamos a tu lado.  
Se hastiará tu corazón,  
sólo por poco tiempo  
estaremos junto a tí y a tu lado.

Nos enloquece el Dador de la vida,  
nos embriaga aquí.

Nadie puede estar acaso a su lado,  
tener éxito, reinar en la tierra.

Sólo tú alteras las cosas,  
como lo sabe nuestro corazón:  
nadie puede estar acaso a su lado,  
tener éxito, reinar en la tierra.<sup>29</sup>

Quien tenga por pesimista la conclusión a que llegó Nezahualcóyotl, debe tener presente la que podría describirse como dialéctica interna de su pensamiento: afirma que nadie puede ser amigo del Dador de la vida, que nadie puede estar

acaso a su lado en la tierra, pero al mismo tiempo sostiene que es destino humano buscarlo, como quien entre las flores va en pos de alguien. El que lo invoca, el que lo busca, podrá vivir en la tierra. Podrá incluso decir que se encuentra a su lado, junto a él, precisamente porque él es Dueño de la cercanía y la proximidad. El pensamiento puro lleva probablemente a la duda: “¿eres tú verdadero, tienes raíz?” Porque, “todo lo que es verdadero, dicen que no es verdadero...”.

Mas, esta idea, la imposibilidad de comprender la raíz del que sólo se muestra arbitrario, hace sufrir al corazón. Invocar, en cambio, a *Tloque Nahuaque*, parece ya haberlo encontrado, da descanso y hace posible existir en la tierra. Persuadido Nezahualcóyotl de que no acabarán sus flores y cantos, confía y reposa en esta postrer conclusión: el Dador de la vida tal vez nos embriaga; nosotros lo seguimos buscando “como si entre las flores buscáramos a alguien”.

Las ideas expuestas, con base en estos poemas atribuidos fundamentalmente al príncipe sabio. Nezahualcóyotl, constituyen un primer intento de comprensión de su pensamiento. Amerita éste un estudio mucho más amplio, literario y filosófico a la vez, en el que se incluyan todas aquellas composiciones y discursos que, después de cuidadosa crítica documental, puedan tenerse por suyos. Acabará de verse así que, si en su obra hay elementos, ideas y metáforas, que fueron patrimonio en común de quienes cultivaron la poesía en los tiempos prehispánicos, hay también enfoques y sobre todo una trayectoria de pensamiento que son reflejo inconfundible de su propia persona. Otros poemas suyos, que enseguida ofrecemos en su original náhuatl y en la versión castellana que hemos preparado, contribuirán mejor que cualquier ponderación, al intento de acercarse a lo que pare-

ce haber sido el alma del pensamiento y la belleza de expresión del celeberrimo Nezahualcóyotl.

## Notas

8 Ms. *Romances de los señores de la Nueva España*, f. 18 v.

9 *Ibid.*, f. 34 r.

10 Entre las biografías de Nezahualcóyotl citaremos tan sólo dos: Vigil, José María, *Nezahualcóyotl, el rey poeta* (nueva edición), Biblioteca Mínima Mexicana, ediciones de Andrea, México, 1957. Gillmor, Frances, *Flute of the Smoking Mirror* (a portrait of Nezahualcóyotl), The University of New Mexico Press, 1949.

11 Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva, *Op. cit.*, t. II, p. 82.

12 Concuerdan respecto de esta información los *Anales de Chimalpain*, el propio cronista Ixtlilxóchitl, Torquemada, los *Anales de Cuauhtitlan*, así como otras varias fuentes indígenas.

13 *Anales de Cuauhtitlan, op. cit.*, p. 165.

14 Véase: Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva, *op. cit.*, t. II, pp. 173-181 y 212. El *Códice o Mapa Quinatzin*, manuscrito de origen tezcocano, ofrece asimismo una representación pictográfica de los palacios de Nezahualcóyotl. Véase, *Anales del Museo Nacional de Arqueología*, época I, t. II, México 1885, pp. 345-368.

15 *Ibid.*, t. I, pp. 237-239 y t. II, pp. 187-193.

16 Véase lo dicho a este respecto por Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva. *op. cit.*, p. 227.

17 *Ibid.*, t. II, p. 242.

18 *Ibid.*, pp. 243-244.

19 *Ibid.*, pp. 244-245.

20 Ms. *Cantares mexicanos*, fol. 17 r.

21 Ms. *Romances de los señores de Nueva España*, fols. 36 r.

22 Ms. *Cantares mexicanos*, fol. 17 v.

23 *Ibid.*, fol. 70 r.

24 Ms. *Romances de los señores de la Nueva España*, fol. 19 v.

25 Ms. *Colección de cantares mexicanos*, fol. 16 v.

26 Ms. *Romances de los señores de la Nueva España*, fol. 35 r.

27 Ms. *Cantares mexicanos*, fol. 13 v.

28 Ms. *Romances de los señores de la Nueva España*, fols. 19 v. y 20 r.

29 *Ibid.*, fols. 4 v. y 5 v.

## CANTO DE LA HUIDA

(De Nezahualcóyotl cuando andaba huyendo del señor de Azcapotzalco)

En vano he nacido,  
en vano he venido a salir  
de la casa del dios a la tierra,  
¡yo soy menesteroso!  
Ojalá en verdad no hubiera salido,  
que de verdad no hubiera venido a la tierra.  
No lo digo, pero...  
¿qué es lo que haré?,  
¡oh príncipes que aquí habéis venido!,  
¿vivo frente al rostro de la gente?,  
¿qué podrá ser?,  
¡reflexiona!

¿Habré de erguirme sobre la tierra?  
¿Cuál es mi destino?,  
yo soy menesteroso,  
mi corazón padece,  
tú eres apenas mi amigo  
en la tierra, aquí.

¿Cómo hay que vivir al lado de la gente?  
¿Obra desconsideradamente,  
vive, el que sostiene y eleva a los hombres?

¡Vive en paz,  
pasa la vida en calma!  
Me he doblegado,  
sólo vivo con la cabeza inclinada  
al lado de la gente.  
Por esto me aflijo,  
¡soy desdichado!,  
he quedado abandonado  
al lado de la gente en la tierra

¿Cómo lo determina tu corazón,  
Dador de la Vida?

¡Salga ya tu disgusto!  
Extiende tu compasión,  
estoy a tu lado, tú eres dios.  
¿Acaso quieres darme la muerte?

¿Es verdad que nos alegramos,  
que vivimos sobre la tierra?  
No es cierto que vivimos  
y hemos venido a alegrarnos en la tierra.  
Todos así somos menesterosos.  
La amargura predice el destino  
aquí, al lado de la gente.

Que no se angustie mi corazón.  
No reflexiones ya más.  
Verdaderamente apenas  
de mí mismo tengo compasión en la tierra.

Ha venido a crecer la amargura,  
junto a tí y a tu lado, Dador de la Vida.  
Solamente yo busco,  
recuerdo a nuestros amigos.  
¿Acaso vendrán una vez más,  
acaso volverán a vivir?  
Sólo una vez perecemos,  
sólo una vez aquí en la tierra.  
¡Que no sufran sus corazones!,  
junto y al lado del Dador de la Vida.



## PONEOS DE PIE

¡Amigos míos, peones de pie!  
Desamparados están los príncipes,  
yo soy Nezahualcóyotl,  
soy el cantor,  
Soy papagayo de gran cabeza.  
Toma ya tus flores y tu abanico.  
¡Con ellos parte a bailar!  
Tú eres mi hijo,  
tú eres Yoyontzin.  
Toma ya tu cacao,  
la flor del cacao,  
¡que sea ya bebida!  
¡Hágase el baile,  
comience el dialogar de los cantos!  
No es aquí nuestra casa,  
no viviremos aquí,  
tú de igual modo tendrás que marcharte.

## ESTOY TRISTE

Estoy triste, me aflijo,  
yo, el señor Nezahualcóyotl.  
Con flores y con cantos  
recuerdo a los príncipes,  
a los que se fueron,  
a Tezozomocztin, a Quahquauhtzin.

En verdad viven,  
allá en donde de algún modo se existe.  
¡Ojalá pudiera yo seguir a los príncipes,  
llevarles nuestras flores!  
¡Si pudiera yo hacer míos  
los hermosos cantos de Tezozomocztin!  
Jamás perecerá tu renombre,  
¡oh mi señor, tú Tezozomocztin!,  
así, echando de menos tus cantos,  
me he venido a afligir,  
sólo he venido a quedar triste,  
yo a mí mismo me desgarró.

He venido a estar triste, me aflijo.  
Ya no estás aquí, ya no,  
en la región donde de algún modo se existe,  
nos dejaste sin provisión en la tierra,  
por esto, a mí mismo me desgarró.

## CANTO DE PRIMAVERA

En la casa de las pinturas  
comienza a cantar,  
ensaya el canto,  
derrama flores,  
alegra el canto.

Resuena el canto,  
los cascabeles se hacen oír,  
a ellos responden  
nuestras sonajas floridas.  
Derrama flores,  
alegra el canto.

Sobre las flores canta  
el hermoso faisán,  
su canto despliega  
en el interior de las aguas.  
A él responden  
varios pájaros rojos,  
el hermoso pájaro rojo  
bellamente canta.

Libro de pinturas es tu corazón,  
has venido a cantar,  
haces resonar tus tambores,  
tú eres el cantor.  
En el interior de la casa de la primavera,  
alegras a las gentes.

Tú sólo repartes  
flores que embriagan,  
flores preciosas.

Tú eres el cantor.  
En el interior de la casa de la primavera,  
alegras a las gentes.

## SOY RICO

Soy rico,  
yo, el señor Nezahualcóyotl.  
Reúno el collar,  
los anchos plumajes de quetzal,  
por experiencia conozco los jades,  
¡son los príncipes amigos!  
Me fijo en sus rostros,  
por todas partes águilas y tigres,  
por experiencia conozco los jades,  
las ajorcas preciosas...

## SOLAMENTE EL

Solamente él,  
el Dador de la Vida.  
Vana sabiduría tenía yo,  
¿acaso alguien no lo sabía?  
¿Acaso alguien no?  
No tenía yo contento al lado de la gente.

Realidades preciosas haces llover,  
de ti proviene tu felicidad,  
¡Dador de la vida!  
Olorosas flores, flores preciosas,  
con ansia yo las deseaba,  
vana sabiduría tenía yo...

## ALEGRAOS

Alegraos con las flores que embriagan,  
las que están en nuestras manos.

Que sean puestos ya  
los collares de flores.

Nuestras flores del tiempo de lluvia,  
fragantes flores,  
abren ya sus corolas.

Por allí anda el ave,  
parlotea y canta,  
viene a conocer la casa del dios.

Sólo con nuestras flores  
nos alegramos.

Sólo con nuestros cantos  
perece vuestra tristeza.

Oh señores, con esto,  
vuestro disgusto se disipa.

Las inventa el Dador de la vida,  
las ha hecho descender  
el inventor de sí mismo,  
flores placenteras,  
con esto vuestro disgusto se disipa.

### III. Cuacuauhtzin de Tepechpan

#### Cantor de la amistad traicionada

*(Mediados del siglo XV)*

Hacia 1431, después de haber vencido para siempre a los tecpanecas de Azcapotzalco, el rey Itzcóatl en México-Tenochtitlan y el sabio Nezahualcóyotl en Texcoco, dedicaban su atención a reorganizar la vida de sus correspondientes estados. Entre los señoríos tributarios del reino de Aculhuacan-Texcoco, ocupaba lugar prominente el de Tepechpan, situado al suroeste de la antigua ciudad de los dioses, Teotihuacán. Por este tiempo y por disposición de Nezahualcóyotl, se estableció como gobernante de Tepechpan el noble Tencoyotzin. Tanto él como los gobernantes de otros trece señoríos, entre ellos los de Acolman, Coatlinchan, Huexotla y Otumba, adquirieron entonces, al decir del historiador Ixtlilxóchitl, el rango de grandes y consejeros en la corte de Texcoco.<sup>30</sup> Confirmación de esto nos la ofrece el código de origen texcocano conocido como *Mapa Quinatzin*, en el que se representan los palacios de Nezahualcóyotl con una gran sala en la que aparecen estos consejeros con los glifos que indican sus nombres, entre ellos Tencoyotzin de Tepechpan.

Otro importante manuscrito indígena proveniente de la misma región, el llamado *Mapa de Tepechpan*, deja ver por sus figuras y anotaciones lo que llegó a ser este señorío sobre todo a partir de los días del florecimiento logrado gracias a Nezahualcóyotl. Por la información que allí se ofrece sabemos



que Tepechpan contaba entre los más prósperos dominios de Texcoco.

Aunque hay discrepancia entre las fechas dadas por los códices *Quinatzin* y de *Tepechpan*, sabemos de cierto que el señor Tencoyotzin murió bien pronto y fue sucedido en el gobierno por su hijo Cuacuauhtzin. Según el ya citado Ixtlilxóchitl, Cuacuauhtzin había participado como capitán en varias guerras contra los enemigos de Texcoco y México. En una de sus victorias había obtenido como botín gran cantidad de oro, piedras preciosas, mantas, plumajes y esclavos.<sup>31</sup> Si una parte de ese tesoro la destinó a los gastos de palacio y al creciente esplendor que daba a su corte de Tepechpan, otra la empleó como regio presente enviado al noble azteca Temictzin con cuya hija Azcalxochitzin deseaba contraer matrimonio. Según el *Códice de Tepechpan*, en un año 13-Pedernal (1440), Cuacuauhtzin alcanzó lo que pretendía y al fin vio llegar a su palacio a la joven princesa, de quien se dice que era “muy hermosa y dotada de gracias y bienes de naturaleza”. Por ser aún Azcalxochitzin en extremo joven, Cuacuauhtzin decidió esperar algún tiempo antes de celebrar nupcias con ella. En esa unión que tanto deseaba, ponía él el principio de su felicidad. Lo que poco después sucedió vino a demostrar que Azcalxochitzin, más que motivo de alegría, iba a ser ocasión de su infortunio y de su misma muerte.

Pero si la joven princesa iba a ser motivo de desgracia, el verdadero causante de ella fue, el por otras razones sabio y justo Nezahualcóyotl. Tratando de la historia que aquí vamos a referir, admite Ixtlilxóchitl la culpabilidad de Nezahualcóyotl y añade sólo, en descargo del rey poeta, que

“aunque los autores que alcanzaron este secreto, y fueron su hijo y nietos, le condenan por esto, la cosa más mal hecha que hizo en toda su vida, no le hallan otra más de ésta digna de ser tenida por mala y abominada, aunque el celo y amor le cegó...”<sup>32</sup> Y prueba de que Nezahualcóyotl se sintió culpable y llegó a dolerse de su actuación con Cuacuauhtzin, él mismo nos la ofrece cuando en uno de sus cantares lo recuerda:

Siento tristeza, me aflijo,  
yo el príncipe Nezahualcóyotl:  
con flores y con cantos  
recuerdo a los príncipes,  
a los que se fueron,  
a Tezozomotzin y a aquel Cuacuauhtzin...<sup>33</sup>

La condenación de Ixtlilxóchitl y el dolor de Nezahualcóyotl tienen su explicación en lo que sucedió cuando el rey de Texcoco conoció a la princesa que había escogido Cuacuauhtzin para contraer con ella matrimonio. Como atenuante en favor de Nezahualcóyotl, recuerda la *Historia chichimeca* que “habiendo sido tan venturoso en todas sus cosas..., no se había casado el señor de Texcoco conforme a la costumbre de sus pasados que es tener una mujer legítima de donde naciese el sucesor del reino...”; y esto le causaba “muy grande tristeza y melancolía”.<sup>34</sup>

Con estos sentimientos salió un día Nezahualcóyotl y se fue caminando sin acompañante alguno, por los bosques que tenía en la orilla del lago, hasta que llegó al señorío de Tepechpan. Por coincidencia Cuacuauhtzin lo vio y lo invitó a pasar a su palacio y a comer con él:

Para más regalarlo quiso que en la mesa le sirviese Azcalxochitzin..., que esta señora la criaba para tomar estado con ella y ser su mujer legítima y hasta entonces no la había gozado por no tener edad para el efecto... El rey Nezahualcóyotl cuando vio aquella señora... tan hermosa y dotada de gracias y bienes de naturaleza, dejó todas las melancolías y tristezas que traía consigo y se le robó el corazón. Y disimulando lo mejor que pudo su pasión, se despidió de este señor y se fue a su corte, en donde dio orden con todo el secreto del mundo de mandar quitar la vida a Cuacuauhtzin por parecer mejor su hecho...<sup>35</sup>

Lo que poco después sucedió hace de esta historia narración paralela a la que relata la *Biblia* acerca de David y Urías. Cuacuauhtzin recibió la orden de ir a combatir a Tlaxcala. Dos capitanes texcocanos tenían ya instrucción de ponerlo en el lugar más peligroso para que allí muriera. Pronto llegó al señor de Tepechpan la orden de salir a la guerra con rumbo a Tlaxcala. Inquiriendo un poco, Cuacuauhtzin se apercibió de los ocultos motivos que tenía Nezahualcóyotl. Fiel a su señor, obedeció y se dispuso a marchar a la guerra lo que para él era tanto como encaminarse a la muerte.

Cuacuauhtzin, como veremos, además de gobernante de Tepechpan, era también forjador de cantos. Por ello pudo dejarnos en su poesía el testimonio de su tristeza. Ixtlilxóchitl, relator fiel de esta historia, nos da el siguiente comentario:

Así sospeché su daño y compuso unos cantos lastimosos que cantó en un despedimiento y convite que hizo de todos sus deudos y amigos...<sup>36</sup>

Huelga entrar en detalles acerca del desenlace. Cuacuauhtzin pereció en la guerra. Su muerte, según el *Códice de Tepechpan*, fue en un año 3-Caña, 1443. Nezahualcóyotl pudo realizar entonces sus deseos e hizo suya a la princesa Azcalxochitzin de quien habría de nacer el más famoso de sus hijos, Nezahualpilli.

De todo este episodio, además de dos relaciones que de él hizo Ixtlilxóchitl y de los comentarios de otros cronistas como Torquemada, tenemos asimismo la transcripción de los cantos lastimosos que compuso y cantó Cuacuauhtzin en el convite que dio a sus deudos y amigos. Sus cantos fueron incluidos no una sino tres veces en las colecciones de origen prehispánico, prueba de que fueron famosos. Dos veces aparecen en el manuscrito que se conserva en la Biblioteca Nacional de México y una más en el que se halla en la Colección de la Universidad de Texas.

Cuacuauhtzin en compañía de parientes y amigos a los cuales ve por última vez, da a entender en forma velada el motivo de su dolor. Recuerda que en su vida ha cultivado las flores y los cantos: “mi corazón con ansia los desea...”, pero al ver que para siempre habrá de marcharse, repite una y otra vez que aquello mismo que antes era motivo de alegría, lo es ahora de tristeza:

Ahora solo sufro con los cantos... anhelo las flores, quisiera hacerlas permanecer en mis manos... soy un desdichado...

Sabe que es enviado a la guerra para encontrar en ella la muerte. Quisiera evadirse y por ello pregunta a sus amigos: “¿adónde iremos que nunca muramos?” Pero más que la

muerte misma y más quizás que la pérdida de la princesa Azcalxochitzin, atormenta a Cuacuauhtzin la malévola intención de Nezahualcóyotl a quien tenía por su amigo. En su canto alude al señor de Texcoco: “tú tañes, dice de él, tu atabal de jades, haces resonar tu caracol azul y rojo...”.

Nezahualcóyotl es forjador de cantos, pero sabio y poeta, tiene ahora un propósito desleal. Por obra de él “los amigos tienen doliente el corazón”. A su pesar, Cuacuauhtzin hace una última alusión. Dirigiéndose al hostil y ausente Nezahualcóyotl, a quien designa con su sobrenombre de Yoyontzin, le pide que su corazón, en vez de dar entrada a la perfidia, “se abra como las flores y aprenda a caminar por las alturas”. “Tú me aborreces, le dice, tú me destinas a la muerte, yo ya me voy, voy a destruirme.” Y consciente de que su destino es irremediable, añade, prediciendo lo que habría de suceder: “Acaso por mí tú tengas que llorar... oh amigo mío, pero yo ya me voy, ya me voy...”

El final del poema de Cuacuauhtzin se dirige a sus amigos invitados al banquete. Es su legado y su mensaje:

Todo es trabajo en vano... gozad, gozad aquí en la tierra, amigos míos... yo sólo soy menesteroso, yo Cuacuauhtzin... me llevaré las bellas flores, los bellos cantos...

En la más grande de las desgracias, en vísperas de la muerte concebida y planeada por el amigo poeta, la flor y el canto, la poesía símbolo y arte, sigue siendo valor y motivo que sólo a medias reconforta al corazón. Al menos por obra de estas flores y cantos lastimosos del convite, la memoria de Cuacuauhtzin conserva para nosotros su valor y sentido

de verdad humanos, como el que han tenido las grandes tragedias de otros tiempos y latitudes.

## Notas

30 Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva, *Obras históricas*, 2 vols., México, 1891-1892, vol. , pp. 167, 176-178.

31 *Ibid.*, t.II, p. 214. Acerca de la vida y la obra de Cuacuauhtzin hay un interesante trabajo de Ángel Ma. Garibay K., “Cuacuauhtzin, romántico náhuatl”, en *Estudios de Cultura Náhuatl*, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional, México 1965, vol. v. pp. 9-18.

32 *Ibid.*, t. II, p. 217.

33 Ms. *Cantares mexicanos* de la Biblioteca Nacional de México, fol. 25 r.

34 xtlilxóchitl, Fernando de Alva, *op. cit.*, pp. 213-214.

35 *Ibid.*, p. 214-15.

36 *Loc. cit.*



## CANTO TRISTE DE CUACUAUHTZIN

Flores con ansia mi corazón desea.  
Que estén en mis manos.  
Con cantos me aflijo,  
sólo ensayo cantos en la tierra.  
Yo, Cuacuauhtzin,  
con ansia deseo las flores,  
que estén en mis manos,  
yo soy desdichado.

¿Adónde en verdad iremos  
que nunca tengamos que morir?  
Aunque fuera yo piedra preciosa,  
aunque fuera oro,  
seré yo fundido,  
allá en el crisol seré perforado.  
Sólo tengo mi vida,  
yo, Cuacuauhtzin, soy desdichado.

Tu atabal de jades,  
tu caracol rojo y azul así los haces ya resonar,  
tú, Yoyontzin.  
Ya ha llegado,  
ya se yergue el cantor.  
Por poco tiempo alegraos,  
vengan a presentarse aquí  
los que tienen triste el corazón.  
Ya ha llegado,  
ya se yergue el cantor.



Deja abrir la corola a tu corazón,  
deja que ande por las alturas.  
Tú me aborreces,  
tú me destinas a la muerte.

Ya me voy a su casa,  
pereceré.  
Acaso por mí tú tengas que llorar,  
por mí tengas que afligirte,  
tú, amigo mío,  
pero yo ya me voy,  
yo ya me voy a su casa.  
Sólo esto dice mi corazón,  
no volveré una vez más,  
jamás volveré a salir sobre la tierra,  
yo ya me voy, ya me voy a su casa.

Sólo trabajo en vano,  
gozad, gozad, amigos nuestros.  
¿No hemos de tener alegría,  
no hemos de conocer el placer, amigos nuestros?  
Llevaré conmigo las bellas flores,  
los bellos cantos.  
Jamás lo hago en el tiempo del verdor,  
sólo soy menesteroso aquí,  
sólo yo, Cuacuauhtzin.  
¿No habremos de gozar,  
no habremos de conocer el placer, amigos nuestros?

Llevaré conmigo las bellas flores,  
los bellos cantos.



## IV. Nezahualpilli

### Sabio y poeta, sucesor de Nezahualcóyotl

*(11-Pedernal, 1464 – 10-Caña, 1515)*

No fue, dice Torquemada en su historia, nuestro texcocano Nezahualpilli de los que pudieron quejarse de la naturaleza en haber sido con él escasa, en darle mucha y muy buena razón en gallardía de entendimiento, con el cual supo regirse y gobernarse todos los años que reinó. Y con él se hizo Señor, no sólo de los corzones de sus vasallos, sino también de todos los reyes y señores que lo trataban y gozaban de sus sentencias y doctrina...<sup>37</sup>

Concordes en todo con el juicio de Torquemada aparecen los demás testimonios que se conservan acerca de Nezahualpilli. Entre los gobernantes de Texcoco, la metrópoli que en el siglo XV vio renacer la antigua cultura, sólo Nezahualcóyotl, su padre, alcanzó mayor gloria y renombre.

Abundante es la información que se conserva sobre la vida de Nezahualpilli. Como acerca de otros personajes famosos, se recuerdan de él además de hechos ciertos, innumerables anécdotas que, si tienen aires de mito, dejan entrever al menos la imagen que acerca del sabio señor llegó a forjarse su pueblo. Tanto el nacimiento como la muerte de Nezahualpilli fueron tema de leyenda. El mismo Torquemada refiere que:

sus gentes lo tenían por hombre encantado... De su niñez se dice que, criándolo, sus amas le veían en la cuna en diferentes

figuras de animales; unas veces les parecía león, otras tigre y otras águila que volaba...<sup>38</sup>

Y su descendiente el historiador Ixtlilxóchitl, al tratar de su muerte, refiere que “se recogió en lo más interior de sus palacios, donde triste, pensativo y con harta pena acabó la vida...”<sup>39</sup> Muerto en su palacio de Tecpilpan, el hecho se mantuvo en secreto y sus vasallos por algún tiempo tuvieron la opinión:

de que su rey Nezahualpilli no había muerto, sino que había ido a reinar a los reinos septentrionales y decían que éste era el tiempo que había dicho que había de ir a gobernarlos...<sup>40</sup>

Envuelto en la leyenda y el mito, quedó así el recuerdo del nacimiento y la muerte de Nezahualpilli. Pero en el campo más verdadero de la historia, fueron consignados su actuación como gobernante y los hechos principales de su vida como sabio, poeta, orador, arquitecto y astrónomo. Nezahualpilli comenzó a gobernar a Texcoco siendo todavía niño. Dice Ixtlilxóchitl que:

estando cercano a la muerte Nezahualcóyotl, una mañana mandó a traer al príncipe Nezahualpilli, que era de la edad de siete años, poco más, y tomándolo en sus brazos lo cubrió con la vestimenta real que tenía puesta y mandó entrar a los embajadores de los reyes de México y Tlacopan... y luego les dijo: veis aquí a nuestro príncipe, señor natural, aunque niño, sabio y prudente, el cual os mantendrá en paz y justicia, conservándoos en vuestras dignidades y señoríos, a quien obedeceréis como leales vasallos.<sup>41</sup>

Comenzó así a gobernar Nezahualpilli con auxilio del noble Acapioltzin, quien lo guió y aconsejó en sus años de juventud. De menor interés sería recordar aquí la participación que tuvo Nezahualpilli en las guerras y conquistas emprendidas con sus aliados, los aztecas. Baste decir que aun como capitán se distinguió en diversas acciones, luchando contra los totonacas y en la región de Oaxaca y con los señoríos más cercanos de Huexotzinco, Atlixco y Tlaxcala.

Pero no fue en guerras y conquistas donde alcanzaron su principal renombre el rostro y el corazón de Nezahualpilli. Hombre justiciero, no sólo promulgó leyes como lo había hecho su padre, sino que también él mismo se sometió a ellas aun a costa de seres allegados a él por la sangre o por el afecto y el amor. Doloroso fue el desengaño que hubo de sufrir Nezahualpilli en su primera búsqueda de quien había de ser su mujer legítima y señora de Texcoco. El mismo Ixtlilxóchitl refiere el episodio, ejemplo de intriga palaciega, de tanto sabor e interés humano que más de un autor moderno lo ha vuelto a relatar, como es el caso de Salvador de Madariaga en su *Corazón de piedra verde*.

Deseoso Nezahualpilli de encontrar mujer y reina, hizo venir de diversos lugares a princesas e hijas de nobles, entre ellas a la doncella azteca Chalchiuhnenetzin que tenía por padre al señor Axayácatl de México. Tan agraciada era Chalchiuhnenetzin que pronto llegó a ser la preferida del joven Nezahualpilli. Pero, en la misma medida que la princesa abundaba en gracia y hermosura, su corazón era también amante de liviandades y de placeres prohibidos. Comenzó así:

a dar en mil flaquezas y fue a dar que cualquier mancebo galán y gentilhombre acomodado a su gusto y afición daba orden en secreto de aprovecharse de ella, y habiendo cumplido su deseo, lo hacía matar. Luego mandaba hacer una estatua de su figura o retrato y después de muy bien adornado de ricas vestimentas, de joyas de oro y pedrería, lo ponía en la sala en donde ella asistía. Y fueron tantas las estatuas de los que así mató, que casi cogió toda la sala a la redonda. Y al rey cuando la iba a visitar y le preguntaba por aquellas estatuas, le respondía que eran dioses...<sup>42</sup>

Las ligerezas de Chalchiuhnentzin, transformadas ya en crímenes, se descubrieron al fin. Hechas las diligencias del caso, Nezahualpilli, perturbado y adolorido, hubo de aplicar justicia. Chalchiuhnentzin, a pesar de ser hija de Axayácatl, monarca de México, pagó con la vida su infidelidad y sus crímenes.

Años más tarde, habiendo contraído ya nupcias, no por ello escapó Nezahualpilli a otras formas de compilación, en las que aparece curiosamente relacionado el celo por la justicia con su afán por las mujeres y su interés por la poesía.

Entre las varias concubinas que tuvo el señor de Texcoco había una, conocida por sobrenombre como “la señora de Tula”, que le había robado el corazón. De ella nos dice Ixtlilxóchitl que la llamaban así:

no por linaje, porque era hija de un mercader, sino porque era tan sabia que competía con el rey y con los más sabios de su reino y era en la poesía muy aventajada. Que con estas gracias y dones naturales tenía al rey sujeto a su voluntad de tal manera que lo que quería, alcanzaba de él...<sup>43</sup>

Pues bien, precisamente el primogénito de Nezahualpilli, de nombre Huexotzincatzin, de quien también se dice que era buen poeta, puso los ojos en esta concubina de su padre:

y así compuso una sátira a la señora de Tula. Y como ella era asimismo del arte de la poesía, se dieron sus toques y respuestas, por donde se vino a presumir que la requestaba y se vino a poner el negocio en tela de juicio, por donde según las leyes era traición al rey y el que tal hacía, tenía pena de muerte...<sup>44</sup>

Fue así éste conflicto entre allegados, todos ellos amantes de la poesía. A Nezahualpilli pareció necesario, aunque en extremo doloroso, aplicar la ley y ejecutó en su propio hijo la sentencia de muerte.

Otro caso consigna Ixtlilxóchitl en que también justicia y poesía desempeñaron papel importante. Se hallaba Nezahualpilli en una fiesta que se celebraba en uno de sus palacios. Entre los invitados estaba la mujer de un principal llamado Teanatzin. Para su desgracia esta señora, que por lo visto tenía oculta afición por Nezahualpilli, le dio entonces a conocer sus sentimientos. El señor de Texcoco gustoso se solazó con ella. El problema surgió más tarde. Nezahualpilli llegó a enterarse de que aquella mujer era casada. La señora de Teanatzin había cometido un adulterio y había incitado al rey a hacer otro tanto. Aplicada la justicia del caso que consistió en dar muerte a la mujer, esta historia tiene su segunda parte en la cual, una vez más, entró en juego la poesía.

Teanatzin, que amaba a su mujer no obstante la ofensa recibida, cuando se enteró del desenlace, llegó a decir que:



ya que el rey se había aprovechado de ella, ¿por qué la había muerto? Que más razón era que se la dejara con vida y no perder, como perdía, una mujer que tanto amaba...<sup>45</sup>

Nezahualpilli, ofendido al conocer esta respuesta por parecerle que provenía de “poca estimación de la honra del rey”, puso a Teanatzin en prisión.

El episodio, por obra de la poesía, tuvo al fin mejor remate:

Viéndose Teanatzin en tal larga y oscura prisión compuso un elegantísimo canto en que representaba toda su tragedia y trabajos. Y por favor y negociación que tuvo con los músicos del rey que eran sus amigos y conocidos, tuvieron modo y traza para cantarlo en unas fiestas y saraos que el rey tenía. El cual canto estaba con tan vivas y sentidas palabras que movió el ánimo del rey a gran compasión y así lo mandó soltar luego de la prisión...<sup>46</sup>

Otras anécdotas como ésta se conservan en las que destaca el carácter de Nezahualpilli, respetuoso de la justicia y amante de las artes y los cantos. Pero, inevitablemente, en la historia de su vida no todo estuvo ligado a la poesía. Hay también episodios que recuerdan la actuación del Señor de Texcoco que no pudo menos que atender a guerras y conquistas impelido principalmente por sus aliados, los poderosos aztecas. Vida compleja le tocó vivir, en la cual, como aconteció a su padre Nezahualcóyotl, las circunstancias lo obligaron también a asumir con frecuencia posturas que parecen opuestas.

Sabemos que en tanto le correspondió consagrar el templo que, a instigación de los aztecas, se había comenzado a erigir en Texcoco en honor de Huitzilopochtli, en lo más profundo de su espíritu cultivaba Nezahualpilli las tradiciones religiosas de origen tolteca. Torquemada escribe a este propósito que al menos en público este sabio rey:

hubo de seguir la opinión de sus mayores, especialmente la de los reyes de México que eran sus deudos y parientes... y aunque tenía la incitación de estos dichos mexicanos, con todo no seguía mucho su opinión, ni se mostraba muy religioso...<sup>47</sup>

Por encima de todo, como lo atestiguan sus discursos y lo que conocemos de su poesía, cultivaba en su corazón la antigua fe en *Tloque Nahuaque*, el Dueño del cerca y del junto. En cuanto podía escaparse de otros menesteres, Nezahualpilli atendía a aquello que de verdad le importaba; como arquitecto diseñó palacios y jardines, como astrónomo:

se preciaba mucho de entender los movimientos de los astros celestes... hacía inquisición por todas las partes de sus reinos de todos los que sabían algo de esto... y comunicaba con ellos todo lo que sabía. De noche se subía a las azoteas de su palacio y desde allí consideraba las estrellas y argüía con todos lo que de ellas dificultaban...<sup>48</sup>

Como su padre, aconsejaba también a otros señores vecinos, en especial a los aztecas, en lo tocante al buen gobierno y en materias que hoy llamaríamos de carácter técnico. Mucho se recordaban, para mencionar un solo caso,

sus atinados consejos con motivo de la gran inundación que hubo en la ciudad de México en tiempos del rey Ahuítzotl al traer éste a la ciudad el agua procedente del manantial llamado Acuecuéxatl en las cercanías de Coyoacán. Construida con argamasa y piedra una gran caja de agua, según diseño de Nezahualpilli, se logro controlar debidamente el suministro sin más daños para la capital azteca.

El prestigio de Nezahualpilli fue siempre en aumento a lo largo de su vida. Respetado por los aztecas, tuvo sin embargo fricciones con ellos en más de una ocasión. Particularmente desde que Motecuhzoma Xocoyotzin asumió el mando, el señor de Texcoco tuvo que adoptar una actitud defensiva frente a ataques e intrigas procedentes de Tenochtitlan. Doloroso debió de ser ello para Nezahualpilli que había influido en la elección de Motecuhzoma y voluntariamente había actuado como orador principal para describir sus méritos cuando éste tomó el mando. Las palabras que en esa ocasión pronunció Nezahualpilli son un testimonio más de sus capacidades literarias. Torquemada dice que se observó “la memoria de su oración por cierto muy elocuente”.<sup>49</sup> A pesar de que no se conoce ésta en su original en náhuatl, la versión más o menos parafraseada que ofrece el cronista deja ver la hondura de pensamiento y la peculiar religiosidad del sabio Nezahualpilli. Hablando él entre los principales de México y ante el mismo Motecuhzoma, se expresó así:

La gran ventura que ha alcanzado todo este reino, nobilísimo señor, en haber merecido tenerte a ti por cabeza de todo él, bien se deja entender por la facilidad y concordia de tu elección y

por la alegría tan general que todos por ella muestran. Tienen, cierto, muy gran razón, porque está ya el imperio mexicano, tan grande y tan dilatado, que para regir un mundo como éste y llevar carga de tanto peso, no se requiere menos fortaleza y brío que el de tu firme y animoso corazón, ni menos reposo, saber y prudencia que la tuya.

Claramente veo yo que el omnipotente Dios (Tloque Nahuaque) ama esta ciudad, pues la ha dado luz para escoger lo que le convenía. Porque, ¿quién duda que un príncipe que antes de reinar había investigado los nueve dobleces del cielo, ahora obligándole al cargo del reino con tan vivo sentido no alcanzará las cosas de la tierra para acudir a su gente? ¿Quién duda que el grande esfuerzo que has siempre valerosamente mostrado en casos de importancia, no te haya de sobrar ahora donde tanto es menester? ¿Quién pensará que en tanto valor haya de faltar remedio al huérfano y a la viuda? ¿Quién no se persuadirá que el imperio mexicano haya ya llegado a la cumbre de la autoridad, pues te comunicó el señor de lo creado (Tloque Nahuaque) tanta, que en sólo verte, la pones a quien te mira?

Alégrate, oh tierra dichosa, que te ha dado el Creador un príncipe que te será columna firme en que estribes. Será padre y amparo de que te socorras, será más que hermano en la piedad y misericordia para con los suyos. Tienes, por cierto, rey que no tomará ocasión con el estado para regalarse y estarse tendido en el lecho, ocupado en vicios y pasatiempos; antes al mejor sueño, le sobresaltará el corazón y le dejará desvelado el cuidado que de ti ha de tener. El más

sabroso bocado de su comida, no sentirá, suspenso en imaginar en tu bien. ¿Dime, pues, reino dichoso, si tengo razón en decir que te regocijes y alientes con tal rey?

Y tú, oh generosísimo mancebo y muy poderoso señor, ten confianza y buen ánimo que pues el señor de todo lo creado (Tloque Nahuaque) te ha dado este oficio, también te dará su esfuerzo para tenerle. Y el que en todo el tiempo pasado ha sido tan liberal contigo, puedes bien confiar que no te negará sus mayores dones pues te ha puesto en mayor estado, del cual goces por muchos años y buenos.<sup>50</sup>

Imposible sería aquí hacer mención de otros muchos hechos y anécdotas acerca de la vida de Nezahualpilli. Que sepamos no existe hasta ahora una buena biografía de él. La información es abundante. Bastará con acudir a fuentes indígenas como los *Anales de Cuauhtitlan* y al testimonio de cronistas como su pariente Ixtlilxóchitl, fray Juan de Torquemada, fray Diego de Durán o el escritor texcocano, Juan Bautista Pomar. Lo que aquí se ha recordado acerca del célebre hijo de Nezahualcóyotl, deja entrever algo de lo que fue su rostro y su corazón como gobernante, como sabio y poeta. Los antiguos cantares mexicanos aluden a él muchas veces y ponderan sus dotes de *cuicapicquia*, forjador de poesía. Desgraciadamente no es mucho lo que de su obra sobrevivió a la destrucción general. Si de su padre conocemos cerca de treinta composiciones, a Nezahualpilli sólo podemos atribuir con fundamento una elegía en que alude a un hecho histórico bien conocido: la muerte de los príncipes Macuilmalinatzin y Tlacahuepan en Atlixco durante la guerra con Huexotzinco. De este canto,

reflejo del ingenio del sabio señor que contemplaba los astros y adoraba a *Tloque Nahuaque*, nos habla Ixtlilxóchitl y nos da también el título con que era conocido, “*nenahuatlizcuícatl*, que es lo mismo que decir “canto que declara traiciones y engaños”,<sup>51</sup> sobre todo el engaño alucinante de una guerra que trajo consigo la muerte de dos príncipes aztecas, amigos muy hondamente queridos por Nezahualpilli.

La tristeza del canto se hace presente con la visión deslumbrante de la guerra, el agua y el fuego, el florido licor que embriaga en la región del humo, allí donde el águila grita y el tigre incita a la lucha. Pintor extraordinario de la guerra es aquí Nezahualpilli, pero no con intención de hacer apología ni explicación de esta lucha emprendida por sus aliados aztecas. Para él la guerra es embriaguez. Los guerreros exclaman: “una y otra vez bebo el licor floreciente... ¡sea distribuida entre ellos la flor del néctar precioso...!”.

A lo largo del poema los que combaten reciben con insistencia el nombre de *cuextecas*; alusión al mito de la embriaguez casi crónica de ese pueblo por otros motivos extraordinarios. La embriaguez desfigura los rostros, la guerra acaba con todo. Es destrucción irremediable de jades y plumas de quetzal, símbolo de lo bello. “Embriagados por la muerte están los guerreros”, son como *cuextecas*, cegados por el florido licor, su oficio es matar y morir.

En la guerra el hombre se cubre de gloria, pero también en ella mueren los amigos. Los que eran dueños de las flores tienen entonces que marcharse a la región del misterio. Ensangrentados, sus rostros se tornan amarillos y antes de ser llevados a la pira, se les baña con el licor florido de guerra. Estaban embriagados y se les embriaga una vez más. El águila

grita y el tigre gime. En medio de esa danza de muerte, los amigos se van yendo a la región del misterio.

Al recordarlo Nezahualpilli se aflige, repite que por esto llora. Con la imagen del agua y el fuego que es la guerra en su corazón, él también se siente embriagado, invadido por el licor que engendra la muerte. Si en su evocación de la guerra y del final de sus amigos, Tlacahuepan y Macuilmalinalli, el señor de Texcoco trazó un cuadro extraordinario de lo que fue destino impostergable de los antiguos mexicanos, también nos dejó su condenación más o menos velada de esas luchas que son destrucción de jades y plumajes de quetzal y de rostros humanos. Por esto tal vez no venga forzado añadir que Nezahualpilli, el inventor de cantos, el asiduo contemplador de las estrellas, donde impera la paz y vive *Tloque Nahuaque*, con este poema suyo nos ha hecho llegar un mensaje: doliente rechazo de la violencia que, por provenir de un mundo en el cual la guerra fue misión y destino, adquiere hoy nuevo sentido al ser pensado y vivido por nosotros que aún no aprendemos a suprimir esa embriaguez concebida por el hombre para acabar con el hombre.

La figura y la obra de Nezahualpilli sigue pidiendo un estudio. Lo aquí expuesto es sólo deficiente introducción. Breve relativamente fue su vida, pero no su actuación como señor de Texcoco:

gobernó cuarenta y cuatro años —nos dice Ixtlilxóchitl— al cabo de ellos murió de pena por ciertas pesadumbres que tuvo, especialmente por la gran soberbia de Motecuhzoma que había usado con él ciertas traiciones, siendo de edad de cincuenta y un años, muy poco en comparación con la que habían tenido sus pasados. Y así, muchos naturales que no se

hallaron en sus honras y entierro, lo tuvieron por vivo y que se había encantado en cierta cueva. Y aun hasta hoy, algunos viejos de poco entendimiento tienen esta opinión...<sup>52</sup>

## Notas

37 Torquemada, Fray Juan de, *Monarquía indiana*, Madrid, 1723, t. I, p. 188.

38 *Loc. cit.*

39 Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva, *Obras históricas*, t. II, p.328.

40 Torquemada, Fray Juan de, *op. cit.*, t. I, p. 216.

41 Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva, *op. cit.*, t. II, pp. 241-242.

42 *Ibid.*, t. II, pp. 285-286.

43 *Ibid.*, t. II, p. 268.

44 *Ibid.*, t. II, p. 294.

45 *Ibid.*, t. II, p. 299.

46 *Ibid.*, t. II, pp. 299-300.

47 Torquemada, Fray Juan de, *op. cit.*, t. I, p.189.

48 *Ibid.*, p. 188.

49 *Ibid.*, p. 194.

50 *Ibid.*, pp. 194-195.

51 Ixtlilxóchitl, *op. cit.*, t. II, p. 310.

52 *Ibid.*, t. I, p. 331.





## CANTO DE NEZAHUALPILLI

(Así vino a perecer Huexotzinco)

Estoy embriagado,  
está embriagado mi corazón:  
Se yergue la aurora,  
ya canta el ave zacuán  
sobre el vallado de escudos,  
sobre el vallado de dardos.

Alégrate, tú, Tlacahuepan,  
tú, nuestro vecino, cabeza rapada,  
como cuexteca de cabeza rapada.  
Embriagado con licor de aguas floridas,  
allá en la orilla del agua de los pájaros,  
cabeza rapada.

Los jades y plumas de quetzal  
con piedras han sido destruidos,  
mis grandes señores,  
los embriagados por la muerte,  
allá en las sementeras acuáticas,  
en la orilla del agua,  
los mexicanos en la región de los magueyes.

El águila grita,  
el jaguar da gemidos,  
oh tú, mi príncipe, Macuilmalinalli,  
allí, en la región del humo,

en la tierra del color rojo  
rectamente los mexicanos  
hacen la guerra.

Yo estoy embriagado, yo cuexteca,  
yo de florida cabellera rapada,  
una y otra vez bebo el licor floreciente.  
Que se distribuya el florido néctar precioso,  
oh hijo mío,  
tú, hombre joven y fuerte,  
yo palidezco.

Por donde se extienden las aguas divinas,  
allí están enardecidos,  
embriagados los mexicanos  
con el florido licor de los dioses.  
Al chichimeca yo ahora recuerdo,  
por esto sólo me aflijo.  
Por esto yo gimo, yo Nezahualpilli,  
yo ahora lo recuerdo.  
Sólo allá está,  
donde abren sus corolas las flores de guerra,  
yo lo recuerdo y por eso ahora lloro.

Sobre los cascabeles Chailtzin,  
en el interior de las aguas se espanta.  
Ixtlilcuecháhuac con esto muestra arrogancia,  
se adueña de las plumas de quetzal,  
de las frías turquesas se adueña el cuextécatl.  
Ante el rostro del agua, dentro de la guerra,

en el ardor del agua y el fuego,  
sobre nosotros con furia se yergue Ixtlilontoncochotzin,  
por esto se muestra arrogante,  
se apodera de los plumajes de quetzal,  
de las frías turquesas se adueña.

Anda volando el ave de plumas finas,  
Tlachahuepatzin, mi poseedor de las flores,  
como si fueran conejos los que persiguen el joven fuerte,  
el cuexteca en la región de los magueyes.

En el interior del agua cantan,  
dan voces las flores divinas.  
Se embriagan, dan gritos,  
los príncipes que parecen aves preciosas,  
los cuextecas en la región de los magueyes.

Nuestros padres se han embriagado,  
embriaguez de la fuerza.  
¡Comience la danza!  
A su casa se han ido los dueños de las flores ajadas,  
los poseedores de los escudos de plumas,  
los que guardan las alturas,  
los que hacen prisioneros vivientes,  
ya danzan.  
Arruinados se van los dueños de las flores ajadas,  
los poseedores de los escudos de plumas.

Ensangrentado va mi príncipe,  
amarillo señor nuestro de los cuextecas,

el ataviado con faldellín color de zapote,  
Tlachahuepan se cubre de gloria,  
en la región misteriosa donde de algún modo se existe.

Con la flor del licor de la guerra  
se ha embriagado mi príncipe,  
amarillo señor nuestro de los cuextecas.  
Matlaccuiatzin se baña con el licor florido de guerra.  
Juntos se van a donde de algún modo se existe.

Haz ya resonar  
la trompeta de los tigres,  
el águila está dando gritos  
sobre mi piedra donde se hace el combate,  
por encima de los señores.  
Ya se van los ancianos,  
los cuextecas están embriagados  
con el licor florido de los escudos,  
se hace el baile en Atlixco.

Haz resonar tu tambor de turquesas,  
maguey embriagado con agua florida,  
tu collar de flores,  
tu penacho de plumas de garza,  
tú el del cuerpo pintado.

Ya lo oyen, ya acompañan  
las aves de cabeza florida,  
al joven fuerte,  
al dueño de los escudos de tigre que ha regresado.

Mi corazón está triste,  
soy el joven Nezahualpilli.  
Busco a mis capitanes,  
se ha ido el señor,  
quetzal floreciente,  
se ha ido el joven y fuerte guerrero,  
el azul del cielo es su casa.  
¿Acaso vienen Tlatohuetzin y Acapipíyol  
a beber el florido licor  
aquí donde lloro?



## V. Cacamatzin de Texcoco

### Gobernante y poeta de vida breve y trágica

*(n. hacia 2-Conejo, 1494 – m. 2-Pedernal, 1520)*

Cacamatzin fue vástago de la más ilustre de las familias de Texcoco, bien conocida por haber dado gobernantes sabios y poetas famosos. Hijo de Nezahualpilli y nieto de Nezahualcóyotl, no es exageración pensar que el recuerdo de su abuelo y las enseñanzas de su padre debieron haber normado desde su infancia la educación de Cacamatzin y de sus muchos hermanos.

Según parece, Cacamatzin nació hacia 1494. Su padre Nezahualpilli, por muchas razones célebre en los anales, lo fue también por el gran número de mujeres que le plugo tener y por el más grande aun de hijos que trajo al mundo. Aunque, según la mayoría de los cronistas, no cuenta Cacamatzin entre los descendientes legítimos de Nezahualpilli, a pesar de ello tuvo la fortuna, que más tarde sería desgracia, de ser fruto de los amores del señor de Tezcoco con una hermana de Motecuhzoma Xocoyotzin, la señora de Xilomenco. Como sobrino directo del gran señor de los aztecas, Cacamatzin llegó a ser su protegido y al fin, por obra de él, habría de suceder a su padre como gobernante de Texcoco.

Corroborando la idea de que parece haber sido destino de los forjadores de cantos en el mundo náhuatl vivir una doble existencia, también Cacamatzin pasó su breve vida en un ambiente en que florecían el cultivo de las artes y la gloria del poder, al igual que la traición y la tragedia. Siendo todavía



pequeño supo cómo su hermano mayor, el príncipe y poeta Huexotzincatzin, había sido condenado a muerte por tener relaciones con una de las concubinas de su padre, la apodada “Señora de Tula” por sus gracias y habilidades en el arte de los cantos. Cacamatzin admiraba las grandes dotes intelectuales de su padre, a quien veía con frecuencia dialogando con los sabios, consagrado a la poesía, actuando como arquitecto y dedicando también a la observación de los astros. Pero al conocer las diferencias ya bien manifiestas entre Nezahualpilli y su tío Motecuhzoma de México, no pudo menos de sentir honda tristeza. Especialmente doloroso le fue conocer la muerte del príncipe azteca Macuilmalinaltzin, hijo de su tío y esposo de una de sus hermanas, la segunda hija de Nezahualpilli, de nombre Tiacapantzin. En la versión del propio Nezahualpilli supo cómo Macuilmalinaltzin había sido víctima de una perfidia inconcebible atribuida por los texcocanos a Motecuhzoma.

Al igual que otros jóvenes miembros de la nobleza, Cacamatzin asistió al *calmécac* de Texcoco y se adiestró después en el arte de la guerra. Al lado de su padre y de otros capitanes llegó a participar en varias campañas en las cuales supo distinguirse. En medio del esplendor de Texcoco y del extraordinario poderío de los aztecas, viviendo en un ambiente en que se dejaban sentir ocultas hostilidades, Cacamatzin se percató de la actitud de su padre, poseído de extraña inclinación que lo llevaba a apartarse de todos. En una fecha 10-Caña (1515), cuando tenía él solamente veintitún años, tuvo noticia de que su padre se había retirado y aislado en uno de sus palacios. Muy poco después se enteraba de su muerte.

Al año siguiente, 11 – Pedernal (1516), el pueblo y la nobleza de Texcoco, y particularmente Cacamatzin y sus hermanos Ixtlilxóchitl y Coanacochtzin, vivieron días de grande agitación ante el problema de quién habría de suceder en el gobierno al difunto Nezahualpilli. Pronto abortó la discordia y pronto se dejó sentir en Texcoco la mano fuerte de Motecuhzoma. Refiere la *Historia Chichimeca* que en ese momento el señor de los aztecas:

Despachó sus embajadores para que junto con los electores y grandes del reino diesen los votos a su sobrino Cacamatzin, pues dicen que le quería infinito, tenía edad suficiente para poder gobernar, y que en las guerras pasadas había probado muy bien su valor y era muy valeroso capitán. Y que habiéndose determinado el reino, todos los grandes y señores de él se fuesen con su sobrino a la ciudad de México, en donde quería fuese jurado como lo había sido su padre y abuelo.<sup>53</sup>

A pesar de la manifiesta intervención de Motecuhzoma no se quietaron los ánimos de los rivales de Cacamatzin. En un principio había sonado en Texcoco el nombre del príncipe Tetlahuehuetzquitzin, pero respecto de él se llegó a la conclusión de que no era “apto para poder regir y gobernar un reino tan grande como era el de Texcoco...”<sup>54</sup>

Así la contienda se estableció finalmente entre el príncipe Ixtlilxóchitl, de quien se dice que era “mancebo de poca edad y hombre belicosísimo” y Cacamatzin que contaba con el apoyo de su hermano Coanacochtzin y sobre todo con la voluntad decidida de su tío Motecuhzoma.

En medio de la discordia Cacamatzin se trasladó a México. Allí fue coronado poco tiempo después. Frente a los hechos consumados una doble reacción se dejó sentir enseguida. Por una parte Coanacochtzin y otros varios nobles de Texcoco reconocieron como soberano a Cacamatzin. Por otra, el príncipe Ixtlilxóchitl que tuvo por injusta y por fruto de la tiranía de Motecuhzoma la elección de su hermano, abandonó Texcoco y se retiró al norte por el rumbo de la sierra de Metztitlan. Se ganó allí el apoyo de varios de los señoríos tributarios y reunió un poderoso ejército para atacar con él a Cacamatzin. Sólo gracias a la rápida intervención de Motecuhzoma, el cual acudió también a la fuerza de las armas, pudo regresar Cacamatzin a la capital texcocana y repeler desde allí la amenaza que significaba Ixtlilxóchitl.

La antigua prosperidad de Texcoco empezó a menguar. Como consecuencia de las discordias entre los hijos de Nezahualpilli el reino lamentablemente había quedado dividido. Cacamatzin retuvo la capital y las provincias meridionales; Ixtlilxóchitl, que siguió considerándose soberano legítimo, mantuvo su poder sobre los señoríos del norte, haciendo imposible cualquier forma pacífica de entendimiento.

Subsistían estas contiendas y perturbaciones cuando empezaron a llegar noticias, traídas por mensajeros provenientes de las costas del Golfo, acerca de la llegada de barcas tan grandes que parecían montañas en que venían hombres de rostro y lengua desconocidos. Más que nadie se inquietó esta vez Motecuhzoma al conocer las informaciones que sus mensajeros le traían. Los textos en los cuales se conserva la “visión de los vencidos” describen en detalle la creciente preocupación del señor de los aztecas.<sup>55</sup>

Era ya el año 1-Caña, 1519. Las noticias acerca de los extraños forasteros que traían consigo armas que escupían fuego y bestias tan grandes que sobrepasaban a los venados, llegaron a inquietar a Motecuhzoma mucho más que las discordias en el reino de Texcoco. Motecuhzoma hizo venir a numerosos sacerdotes y sabios para inquirir con ellos acerca de lo que podría significar la presencia de los misteriosos forasteros. Las opiniones se dividieron. Pensaban unos que se trataba del retorno de Quetzalcóatl; señalaban otros la posible llegada de enemigos capaces de quebrantar el poderío de los aztecas. En esta coyuntura, recordando tal vez Motecuhzoma que en tiempos antiguos y en ocasión de grandes calamidades, se había consultado siempre el sabio parecer de los texcocanos, sobre todo el de Nezahualcóyotl y de Nezahualpilli, hizo venir ahora a su corte a Cacamatzin y a otros consejeros suyos, entre ellos a su hermano Cuitláhuac.

Por su misma juventud y por ser señor de un reino dividido, Camatzin no tenía ciertamente el prestigio de su padre o su abuelo. No obstante, Motecuhzoma quiso oír su parecer. Reunidos en México-Tenochtitlan Cacamatzin, Cuitláhuac, Motecuhzoma y otros varios señores y consejeros, escucharon primero las noticias y descripciones sobre los hombres recién llegados por las costas del oriente. Consultados luego por Motecuhzoma sobre lo que convenía hacer, la opinión de Cuitláhuac fue que sería mejor oponerseles desde un principio y no permitir que se acercaran a la metrópoli azteca. Distinto fue el parecer de Cacamatzin. Por pensar tal vez que pudiera tratarse del retorno de Quetzalcóatl y confiando una vez más en el poderío azteca y en la sagacidad de su tío

Motecuhzoma, manifestó que sería flaqueza cerrarse al contacto con esos forasteros cuyas intenciones aún no se conocían. Más valía recibirlos como a posibles embajadores de un gran rey hasta cerciorarse de cuáles eran sus verdaderos propósitos, ya que de ser éstos hostiles, fuerzas había más que suficientes para expulsarlos de los dominios aztecas.

Aunque a algunos pareció acertado el consejo de Cacamatzin, en realidad Motecuhzoma no siguió ni la opinión de Cuitláhuac ni la del señor de Texcoco. De hecho no envió a su ejército para estorbar o impedir la venida de los forasteros, pero tampoco optó por darles la bienvenida y acogerlos desde luego en su propia corte de Tenochtitlan. Motecuhzoma, embargado por la duda, pretendió con dones y mensajes disuadir pacíficamente a los forasteros de su intento de acercarse a la capital azteca.

Conocida es la historia que relata las consecuencias de la actitud dubitante de Motecuhzoma frente a los propósitos bien definidos de Hernán Cortés empeñado en llegar hasta el corazón de los dominios aztecas. Por las crónicas y relaciones conocemos las varias actuaciones de Cacamatzin en estas circunstancias.

Había llegado la noticia de que los forasteros se habían ganado el apoyo de Tlaxcala. Era ya inminente su entrada al Valle de México. Por encargo de Motecuhzoma, y en calidad de mensajero real, Cacamatzin marchó a encontrarlos. Por el rumbo de Ayotzinco, casi en las faldas de los volcanes, Cacamatzin habló por vez primera con Cortés. Como testigo que fue, describe Bernal Díaz este encuentro ponderando la riqueza y porte de quien decían era “gran señor de Texcoco, sobrino del gran Montezuma”.<sup>56</sup>

Al parecer la misión de Cacamatzin fue un último intento de disuadir a Cortés de su propósito de entrar en Tenochtitlan. El príncipe texcocano por complacer a su tío actuó así, aunque sin éxito, en contra de lo que había sido su opinión y consejo de abrir las puertas a los recién llegados extranjeros.

Pocos días más tarde, el 8 de noviembre de 1519, tendría lugar el encuentro con “los hombres de castilla”, recibidos a más no poder por el gran Motecuhzoma quien se hizo acompañar, entre otros príncipes por el mismo Cacamatzin y el señor de Tlacopan, Tettlepanquetzaltzin, o sea por los representantes de la llamada “triple alianza”.

Motecuhzoma hizo huéspedes de Tenochtitlan a Cortés y sus hombres. Cacamatzin regresó entonces a Texcoco. Las contiendas con Ixtlilxóchitl estaban lejos de apaciguarse. De hecho muy pronto y con grande astucia Ixtlilxóchitl habría de aliarse con los forasteros en busca de nuevo apoyo en contra de su hermano y del mismo Motecuhzoma. Éste, casi sin darse cuenta, había llegado entre tanto a convertirse en prisionero de Cortés.

Cacamatzin, acosado por su hermano y temiendo ya por la suerte de Motecuhzoma, regresó a Tenochtitlan. Según algunos cronistas lo hizo respondiendo a un llamado de su tío; según otros, cuando se aprestaba a la lucha, cayó prisionero de la gente de Cortés. El hecho es que ya en el año 2-Pedernal (1520), lo encontramos cautivo en Tenochtitlan en compañía de Motecuhzoma y del señor de Tlacopan.

De grande aflicción fueron los últimos días de Cacamatzin. Él, que había contemplado la grandeza y el poder de Motecuhzoma, veía ahora los vejámenes de que era objeto y la triste condición en que había caído. Supo de las

exacciones de oro y objetos preciosos. Finalmente, como algo que pudo parecerle un respiro, vio marcharse a Cortés que partía a hacer frente a otro grupo de forasteros (la gente de Narváez) que, según se decía, habían llegado para quitarle el mando.

Ignoraba tal vez Cacamatzin que la salida de Cortés, en vez de alivio, iba a ser ocasión de males todavía más grandes. Pedro de Alvarado se quedaba de jefe en Tenochtitlan. Triste cosa es hacer recordación de crímenes pero, hablando de Alvarado, evitarlo es imposible. No son sólo los cronistas indígenas de lengua náhuatl y más tarde también los quichés y cackchiques quienes lo acusan y recriminan; fueron también compañeros suyos los que en su contra depusieron cuando se le hizo juicio de residencia.<sup>57</sup> En relación precisamente con esta su primera entrada a Tenochtitlan se le acusó en el mencionado juicio de haber atado por pies y manos a Cacamatzin y haber ordenado que le echaran astillas encendidas y resina de pino derretida hasta que hiciera entrega del oro y los tesoros que tenía, con lo cual, según los mismos declarantes, el príncipe texcocano estuvo a punto de morir.

El tormento sufrido por Cacamatzin fue sólo preámbulo de su postrer desgracia. Sea cual haya sido la forma como pereció Motecuhzoma, de ella tuvo conocimiento el texcocano que en ésta debió ver un prenuncio de lo que a él le esperaba. El desenlace no se hizo esperar. Como lo refieren los informantes de Sahagún, Alvarado, aprovechando la ausencia de Cortés, quiso adueñarse por sorpresa de Tenochtitlan. Durante la fiesta de Tóxcatl, en mayo de 1520, tuvo lugar el ataque que todos conocen como “la matanza del templo mayor”.

Se ignora a punto fijo si fue entonces o pocos días después cuando murió asesinado Cacamatzin. En tanto que los cronistas hispanos sostienen que pereció en la huida que antecedió a la “noche triste”, los indígenas, entre ellos Tezozómoc, Ixtlilxóchitl y Chimalpain, afirman que murió ahorcado o víctima de cuarenta y siete puñaladas poco antes de que los hombres de Castilla abandonaran la ciudad. Triste fin de la también desafortunada y breve vida de Cacamatzin, la cual aquí hemos recordado con el propósito de comprender siquiera en parte el sentido más hondo de lo que ha llegado hasta nosotros de su obra poética.

No es una hipótesis afirmar que Cacamatzin, como su padre y su abuelo, fue también forjador de cantos. Ignoramos ciertamente en qué momento de su rápida vida comenzó el joven texcocano a aficionarse por la poesía y, sobre todo, a componer cantos. Cabe pensar que desde su misma niñez debió de sentirse atraído al conocer las composiciones de Nezahualcóyotl y las de otros muchos poetas, entre ellas las de su propio padre. Por desgracia, de los muchos o pocos cantares que pudo haber concebido Cacamatzin, conocemos sólo una breve serie que data de los últimos tiempos de su vida.

En el folio 5 v. del manuscrito náhuatl que se conserva en la “Colección Latino Americana”, de la Universidad de Texas, hay una anotación acerca de los cantos que enseguida allí se transcriben y que dice lo siguiente:

De Cacamatzin, último rey de Tezcuco, cuando se vido en grandes trabajos acordándose del poder de sus mayores, de su padre y agüelo.



Cabe preguntarse, ¿a qué “grandes trabajos” o desgracias en las que se vio Cacamatzin se refiere la citada anotación? A nuestro parecer dos son las posibles respuestas: se alude allí a las contiendas con su hermano Ixtlilxóchitl con motivo de la sucesión al trono o quizás a los postreros y más “grandes trabajos” en que se vio Cacamatzin desde el momento en que con Motecuhzoma fue prisionero de los conquistadores. Un rápido análisis de los cantos del texcocano mostrará por qué preferimos la segunda de las hipótesis propuestas.

Cacamatzin que tanto padeció al ser electo Señor de Texcoco, da principio a sus cantos expresando muy hondo desengaño:

que nadie viva con presunción de realeza, el furor, las disputas sean olvidadas, desaparezcan en buena hora sobre la tierra...

Si a quien combatió con furor por obtener la suprema realeza, ésta ya no le importa, una probable explicación podría encontrarse en la pérdida del reino y en hallarse ya él y Motecuhzoma, su tío, como cautivos de los forasteros poderosos.

En los días de su lucha contra su hermano Ixtlilxóchitl se fiaba Cacamatzin del apoyo de Motecuhzoma. Ahora ya nada puede esperar. Por esto quizás hace extraña y bella alusión a lo que algunos poco antes le dijeron en el lugar del juego de pelota: “Decían murmuraban, ¿es posible obrar humanamente, es posible actuar con discreción?” Y añade el texcocano: “yo sólo me conozco a mí mismo. Todos dicen eso, pero nadie dice la verdad en la tierra...” El poema continúa y en él se hace

la descripción de una fiesta. En medio de ella irrumpe la lucha. ¿Es alusión a la fiesta de Tóxcatl, cuando Alvarado atacó a los aztecas, lo último que contempló Cacamatzin algunos días antes de su muerte? Comparemos el poema del tezcocano con la relación que de esta fiesta nos dejaron los autores indígenas a quienes hemos atribuido la “visión de los vencidos”. Dicen éstos: “se está gozando de la fiesta, ya es el baile, ya es el canto, ya se enlaza un canto con otro y los cantos son como un estrépito de olas...”<sup>58</sup>

Escuchemos ahora las palabras de Cacamatzin:

Resuenan los caracoles... llueven las flores, se entrelazan, hacen giros... en el lugar donde suenan los tambores preciosos, donde se hacen oír las bellas flautas del dios precioso, del dueño del cielo...

Los historiadores indígenas recuerdan luego lo que entonces sucedió:

Los hombres de Castilla vienen hacia acá, todos vienen en armas de guerra... acercan a los que bailan, se lanzan al lugar de los atabales... alancean a las gentes, les dan tajos, con las espadas los hieren... la batalla empieza, dardean con venablos, con saetas...

Y enseguida se deja sentir la reacción de los aztecas:

Cual si fuera capa amarilla las cañas de los dardos sobre ellos se tienden...

Cacamatzin por su parte nos da la que bien puede ser imagen de los mismos hechos:

Envuelve la niebla los cantos del escudo, sobre la tierra cae lluvia de dardos, con ellos se oscurece el color de todas las flores, con escudos de oro allá se hace la danza...

Y tal vez porque supo ya de la muerte de Motecuhzoma y sintió que la suya estaba cercana, Cacamatzin hace un último recuerdo de su padre y de su abuelo, Nezahualpilli y Nezahualcóyotl. Con la conciencia de quien presiente un fin inescapable y próximo, Cacamatzin termina así la tristeza de su canto:

¿Soy acaso escudo de turquesas, una vez más cual mosaico volveré a ser incrustado...? ¿Con mantas finas seré amortajado? Todavía sobre la tierra, cerca del lugar de los atabales, de ellos yo aquí me acuerdo...

Si el poema de Cacamatzin fue concebido, según nuestra hipótesis, en los más que grandes trabajos en que se vio poco antes de morir, habría que añadir que no es inverosímil que alguno de los muchos acompañantes que tuvo hasta el fin a su lado, haya conocido y memorizado este texto, rescatándolo así del olvido y haciendo posible que llegara hasta nosotros. Sea de esto lo que fuere, los cantos tristes de Cacamatzin son postrer reflejo de su alma de poeta y de la trágica desgracia que fue la agonía de una cultura que estaba ya condenada a muerte.

## Notas

53 Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva, *Historia Chichimeca* (Obras históricas), t. II, p. 330.

54 *Ibid.*, p. 329.

55 *Visión de los vencidos, Relaciones indígenas de la conquista*, Edición de M. León-Portilla, 3ª edición, Universidad Nacional Autónoma de México, 1963, pp. 15-38.

56 Díaz del Castillo, Bernal, *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, Introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, 2 vols. Editorial Porrúa, México 1955, t. I, p. 259.

57 Véase *Proceso de residencia contra Pedro de Alvarado*. Publicado por Ignacio López Rayón y con noticias históricas por J. F. Ramírez, México, 1847.

58 *Visión de los vencidos, op. cit.*, p. 81.



## CANTOS DE CACAMATZIN

Amigos nuestros,  
escuchadlo:  
que nadie viva con presunción de realeza.  
El furor, las disputas  
sean olvidadas,  
desaparezcan  
en buena hora sobre la tierra.

También a mí solo,  
hace poco me decían,  
los que estaban en el juego de pelota,  
decían, murmuraban:  
¿Es posible obrar humanamente?  
¿Es posible actuar con discreción?  
Yo sólo me conozco a mí mismo.  
Todos decían eso,  
pero nadie dice verdad en la tierra.

Se entiende la niebla,  
resuenan los caracoles,  
por encima de mí y de la tierra entera.  
Llueven las flores, se entrelazan, hacen giros,  
vienen a dar alegría sobre la tierra.

Es en verdad, tal vez como en su casa,  
obra nuestro padre,  
tal vez como plumajes de quetzal en tiempo de verdor,  
con flores se matiza,

aquí sobre la tierra está el Dador de la vida.  
En el lugar donde suenan los tambores preciosos,  
donde se hacen oír las bellas flautas,  
del dios precioso, del dueño del cielo,  
collares de plumas rojas  
sobre la tierra se estremecen.

Envuelve la niebla los cantos del escudo,  
sobre la tierra cae lluvia de dardos,  
con ellos se oscurece el color de todas las flores,  
hay truenos en el cielo.  
Con escudos de oro  
allá se hace la danza.

Yo sólo digo,  
yo, Cacamatzin,  
ahora sólo me acuerdo  
del señor Nezahualpilli.  
¿Acaso allá se ven,  
acaso allá dialogan  
él y Nezahualcóyotl  
en el lugar de los atabales?  
Yo de ellos ahora me acuerdo.

¿Quién en verdad no tendrá que ir allá?  
¿Si es jade, si es oro,  
acaso no tendrá que ir allá?  
¿Soy yo acaso escudo de turquesas,  
una vez más cual mosaico volveré a ser incrustado?  
¿Volveré a salir sobre la tierra?

¿Con mantas finas seré amortajado?  
Todavía sobre la tierra, cerca del lugar de los atabales,  
de ellos yo me acuerdo.





Poetas de  
México-Tenochtitlan





*En el lugar de los dardos de colores,  
de los escudos pintados,  
es Tenochtitlan...  
Abren aquí sus corolas  
las flores del Dador de la vida...*

(Ms. *Cantares mexicanos*, fol. 18 r.)



## VI. Tochiuhuitzin Coyolchiuhqui

### Poeta, hijo de Itzcóatl y señor de Teotlattzinco

(n. fines del s. XIV – m. mediados del s. XV)

Es cierto que fue sobre todo en Texcoco donde más vigorosamente floreció el pensamiento de los sabios y poetas seguidores de la doctrina de la flor y el canto. Bastaría con recordar los bien conocidos nombres de Nezahualcóyotl, Cuacuauhtzin, Nezahualpilli y Cacamatzin, cuyas creaciones poéticas permiten ya entrever la hondura y el verdadero sentido humano de su pensamiento. En contraposición con la más frecuente actitud espiritualista y de reflexión muchas veces filosófica, tan frecuente entre los sabios y poetas de Texcoco, parece obvio suponer que en la capital azteca, en México-Tenochtitlan, el pensamiento y la poesía giraron siempre alrededor de los temas bélicos tan preferidos por quienes se tenían a sí mismos como el pueblo escogido del sol. Esto es verdad pero sólo a medidas como lo veremos al tratar de Tochiuhuitzin Coyolchiuhqui, el sabio azteca que supo dejarnos la versión náhuatl de ese tema universal que es concebir la vida como un sueño.

Tochiuhuitzin fue contemporáneo de Nezahualcóyotl. Gracias a los *Anales de Cuauhtitlan* sabemos que fue uno de los varios hijos de Itzcóatl, supremo gobernante azteca a quien tocó hacer frente a la agresión de los tecpanecas de Azcapotzalco hasta cimentar, no sólo la plena independencia de su pueblo, sino también la raíz de su grandeza.<sup>59</sup> El historiador de origen azteca Fernando Alvarado Tezozómoc refiere en su *Crónica mexicáyotl*

un episodio en el que aparece actuando Tochiuhuitzin precisamente en los días de la lucha contra los tecpanecas. En el año 5-Caña que correspondió al de 1419, Tochiuhuitzin con varios hermanos suyos ayudó a salvar a Nezahualcóyotl que estaba a punto de caer en manos de sus enemigos, los de Azcapotzalco. En ese año había sido asesinado Ixtlilxóchitl, el padre de Nezahualcóyotl y la vida del príncipe texcocano se encontraba también en peligro. Gracias a la intervención de su fiel servidor Coyohua de Teopiazco y de Tochiuhuitzin y sus hermanos, Nezahualcóyotl recibió asilo al lado de los aztecas.

Aunque no puede precisarse la edad que tenía Tochiuhuitzin al tomar parte en este episodio, hay otro hecho consinado en la *Crónica mexicáyotl* que ayudará a esclarecer este punto. Refiere allí Tezozómoc que Tochiuhuitzin contrajo matrimonio con una de las hijas del célebre consejero Tlacaélel, de nombre Achihuapoltzin.<sup>60</sup> Si esto ocurrió probablemente poco después de la participación de Tochiuhuitzin en el rescate de Nezahualcóyotl, bien puede concluirse que hacia 1419 no debía tener más de 25 años. La fecha de su nacimiento debe pues situarse a fines del siglo XIV.

Nada tiene de inverosímil pensar que, así como Tochiuhuitzin tuvo parte en el rescate de Nezahualcóyotl, también debió actuar en otras ocasiones durante la guerra contra Azcapotzalco. Al lado de su padre Itzcóatl y de su suegro el sagaz y poderoso Tlacaélel, y colaborando también probablemente con su tío el joven Motecuhzoma Ilhuicamina, Tochiuhuitzin contribuyó como guerrero a la victoria que había de llegar a ser principio de la grandeza de la nación azteca. Muy probablemente como recompensa a su valor lo encontramos años más tarde, según otro testimonio de la misma *Crónica*

*mexicáyotl*, como señor de Teotlaltzinco, pueblo vecino de la región de Huexotzinco, en las estribaciones orientales del Iztaccíhuatl.<sup>61</sup> Allí vivió Tochiuhitzin en compañía de su esposa, la hija de Tlacaélel y allí fue también probablemente donde pudo consagrar algún tiempo a sus meditaciones y creaciones poéticas.

Desgraciadamente no sabemos más acerca de la vida de Tochiuhitzin. Ignoramos cuáles fueron sus actuaciones como gobernante y desconocemos también la forma y la fecha de su muerte, la cual verosímilmente tuvo lugar durante la segunda mitad del siglo XV. El sobrenombre de Coyolchiuhqui que recibió, y que significa “hacedor de cascabeles”, puede aludir o a que haya practicado este oficio en su juventud, o de manera metafórica, a sus dotes de forjador de cantos. Por lo menos en una ocasión se le recuerda, junto con otros poetas famosos de la región de Huexotzinco, en uno de los cantares anónimos de la colección que se conserva en la Biblioteca Nacional.

En ese mismo manuscrito se incluyen dos breves composiciones que se atribuyen a Tochiuhitzin. En ellas “el hacedor de cascabeles” se nos muestra como un genuino *tlatinime*, sabio preocupado por dar un sentido más hondo a la existencia. El primero de estos poemas es original apuntamiento al tema de la vida concebida como un sueño. Tochiuhitzin logra un feliz paralelo: en la tierra sólo hemos venido a soñar y este sueño bien pronto se acaba; nuestro ser es como la yerba, nuestro corazón da flores, pero también muy pronto éstas se secan. Conjugando concisión con hondura de pensamiento, Tochiuhitzin alude en el segundo de sus poemas a la metáfora de flor y canto. Los sabios y los príncipes viven el canto y entreabren el misterio de la flor.



Tochihuitzin sólo entreteje la grama; los sartales de flores, a cuyo lado viven los sabios, caen muy lejos de él.

Estos dos únicos ejemplos que tenemos de lo que debió haber sido la obra de Tochihuitzin, “el hacedor de cascabeles”, justifican ya la inclusión de su nombre entre los de los más célebres *cuicapicque*, forjadores de cantos, del mundo náhuatl prehispánico

## Notas

59 *Anales de Cuauhtitlan*, fol. 36.

60 Tezozómoc, Fernando Alvarado, *Crónica mexicáyotl*. Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1949, p. 127.

61 *Loc. cit.*

## VINIMOS A SONAR

Así lo dejó dicho Tochiuhitzin,  
Así lo dejó dicho Coyolchiuhqui:  
De pronto salimos del sueño,  
sólo vinimos a soñar,  
no es cierto, no es cierto,  
que vinimos a vivir sobre la tierra.  
Como yerba en primavera  
es nuestro ser.  
Nuestro corazón hace nacer, germinan  
flores de nuestra carne.  
Algunas abren sus corolas,  
luego se secan.  
Así lo dejó dicho Tochiuhitzin.

## VIVISTEIS EL CANTO

Vivísteis el canto,  
abrísteis la flor,  
vosotros, oh príncipes,  
yo, Tochiuitzin, soy tejedor de grama,  
el sartal de flores  
por allá cae.

## VII. Axayácatl

### Poeta y señor de Tenochtitlan

(*Hacia 9-Casa, 1449 – 2-Casa, 1481*)

No sólo Texcoco tuvo algunos de sus mejores poetas entre sus reyes y gobernantes. También Tenochtitlan conoció la inclinación a la poesía como atributo de más de un *tlatoani* o supremo señor. Es cierto que la gran mayoría de los cantares netamente aztecas que se conservan han de atribuirse a autores para nosotros anónimos. Pero también es verdad que conocemos los nombres y algunos rasgos de las vidas de los más famosos forjadores de cantos del “Pueblo del Sol”. Gracias a ello hemos tratado ya de la obra poética del sabio Tochiuhitzin Coyolchiuhqui, “el hacedor de cascabeles,” descendiente de Itzcóatl y más adelante hablaremos también de Macuilxochitzin, la poetisa, hija del gran consejero Tlacaélel, así como del “cantor de la amistad”, el famoso guerrero Temilotzin. Y no son éstos los únicos. Se conservan los nombres de otros cuantos poetas, asimismo de Tenochtitlan, como Teoxímac y Nohnohuiatzin.

Volviendo a quienes alcanzaron el rango de supremo señor o *tlatoani*, se dice en las fuentes que fueron forjadores de cantos Motecuhzoma Ilhuicamina, Axayácatl, Ahuítzotl, así como el desafortunado Motecuhzoma II, Xocoyotzin. De entre ellos nos ocuparemos aquí de Axayácatl, de quien se conservan dos poemas particularmente bellos, el primero, recordación de los ancestros, y canto triste el segundo, tras la única derrota que conocieron los aztecas en los días de su esplendor.

Nos dice el historiador Chimalpain que Axayácatl fue hijo del príncipe azteca Tezozomoc y de una señora de Tlacopan llamada Huitzilxochitzin.<sup>62</sup> Sus padres, conviene subrayarlo, no fueron reyes de Tenochtitlan. Tezozomoc, que era descendiente de Itzcóatl, aunque no fue *tlatoani*, tuvo en cambio tres hijos que sí llegaron a serlo, Axayácatl, Tízoc y Ahuítzotl. Y curiosamente, como lo nota el cronista azteca Alvarado Tezozómoc, siendo Axayácatl el más joven, fue el primero en alcanzar la suprema dignidad, gracias a la insistencia del poderoso y ya anciano consejero Tlacaélel.<sup>63</sup>

No sabemos la fecha exacta del nacimiento de Axayácatl, aunque podemos conjeturarla si recordamos que a lo largo de su vida se repite siempre, aún pocos años antes de su muerte, como en el caso de la guerra contra los matlatzincas en 1474, que “era mozo y de poca edad”.<sup>64</sup> Si pudo tener entonces escasos veinticinco años, cabe decir que debió haber nacido hacia el año 9-Casa o sea hacia el de 1449.

La elección de Axayácatl como *tlatoani* de los aztecas tuvo lugar en 1468. A juicio de Tlacaélel, y contándose con el parecer de Nezahualcóyotl, se confiaba así el mando supremo a un “mancebo valeroso”,<sup>65</sup> de quien podía esperarse lo mejor. No pensaron esto mismo sus hermanos mayores, Tízoc y Ahuítzotl, los que bien pronto hicieron público su descontento, según lo consigna Alvarado Tezozómoc:

Ellos, los hermanos mayores, en nada estimaban a Axayácatl, el menor, y hacían menosprecio de las conquistas de los mexicas en cualquier sitio, cuando Axayácatl las acometía y cautivaba en ellas prisioneros... Y decían, ¿acaso es

verdaderamente un hombre Axayácatl? ¿Acaso sabe hacer cautivos en la guerra...? <sup>66</sup>

Pero, como el mismo cronista azteca lo afirma a continuación:

aunque Axayácatl era el menor, fue sin embargo un gran guerrero que había vencido a los huexotzincas. Por eso a él se le eligió para gobernar primero... aquí en Tenochtitlan. <sup>67</sup>

A lo largo de los trece años de su reinado pudo Axayácatl desvanecer con hechos las intrigas de sus hermanos y confirmar la opinión de “mancebo valeroso” que de él habían tenido Tlacaélel y Nezahualcóyotl. En tres guerras verdaderamente importantes para la nación azteca había de participar Axayácatl, la primera contra sus vecinos de Tlatelolco, la segunda con los matlatzincas de la región de Toluca y la última contra los purépechas de Michoacán. Y si bien es cierto que en la última Axayácatl hubo de conocer la derrota, en todas actuó siempre con inteligencia de esforzado capitán. Una breve recordación de estas tres campañas emprendidas por Axayácatl, así como de otros hechos que hablan de su sentido religioso y de su afición por las artes, ayudará a conocer un poco más la fisonomía espiritual de este *tlatoani* azteca que también llegó a situarse entre los poetas más distinguidos del “Pueblo del Sol”.

Vieja era la rivalidad que existía entre Tenochtitlan y la que llamaremos “ciudad gemela” del vecino islote de Tlatelolco. Al tiempo de la elección de Axayácatl, gobernaba en Tlatelolco Moquihuixtli, el cual, entre otras cosas, era

cuñado del nuevo señor de los aztecas. Pero si en algunos casos la relación de parentesco puede tener sus ventajas, en éste vino a ser principio de nuevas dificultades y finalmente ocasión de una guerra declarada.

Abundante información encontramos en las historias indígenas acerca de los motivos que hicieron abortar las antiguas rencillas de los pueblos hermanos de Tenochtitlan y Tlatelolco. A Moquihuitli se le había hecho imposible la vida en compañía de Chalchiuhnenetzin, su esposa, hermana de Axayácatl. Tenía ésta a sus ojos no pocos defectos, entre otros, un tan mal aliento que volvía insoportable cualquier contacto con ella. Consecuencia de esto fue que el señor tlatelolco afrontara de continuo a la reina y buscara sin recato solaz con sus numerosas concubinas. Ofendida Chalchiuhnenetzin, cada vez con más frecuencia hacía llegar sus quejas a su hermano Axayácatl. Motivo agravante fue también por ese tiempo, como lo refiere Durán, que “unos mancebos traviosos,” hijos de principales aztecas, después de trabar amistad en el mercado de México con doncellas de Tlatelolco, al acompañarlas de regreso a su casa, “las trataron con mucha deshonestidad, violándolas la pureza y entereza de sus personas”.<sup>68</sup>

En el año 7-Casa, 1473, la guerra contra Tlatelolco fue un hecho. Siguiendo el consejo de Tlaacaélel y asistido por otros capitanes, Axayácatl se puso al frente de las huestes aztecas. La lucha se decidió bien pronto. Huyeron los tlatelolcas y Moquihuitli con su lugarteniente Tecónal se refugió subiendo a lo más alto del templo de su ciudad. Hasta allí les dio alcance Axayácatl y “entrando osadamente... los mató y sacó arrastrando y echó por las escaleras abajo del

templo...”<sup>69</sup> La victoria de Axayácatl trajo consigo la incorporación total de Tlatelolco que se convirtió en una porción más de México-Tenochtitlan.

Poco tiempo después, hacia 1476, se le presentó a Axayácatl, nueva ocasión de demostrar su valor. Cierto es que para ello hubo de interrumpir otras formas de actividad que mucho le interesaban. Las antiguas doctrinas religiosas, la poesía y la ciencia del calendario, que le eran ya familiares desde sus días de estudiante en el *calmécac*, seguían cautivando su atención. El mismo Durán nos dice que, poco antes de la guerra contra los matlatzincas, Axayácatl:

estaba ocupado en labrar la piedra famosa y grande, muy labrada, donde estaban esculpidas las figuras de meses y años, días y semanas, con tanta curiosidad que era cosa de ver...<sup>70</sup>

Y además de seguir así muy de cerca el trabajo de los canteros que estaban por terminar la que hoy conocemos como “piedra del sol”, no es inverosímil suponer que, escapándose de otras tareas inherentes a su cargo, consagrara algunas horas a su afición por la poesía. Es posible que al menos uno de los poemas que de él se conservan, aquel en el que hace recordación de su padre y de otros antepasados ilustres, fuera compuesto por Axayácatl durante este tiempo.

Pero la obligación de la guerra, misión del “Pueblo del Sol” que tenía por destino ensanchar los dominios de Huitzilopochtli y mantener con el líquido precioso la vida del astro de quien dependía la existencia de la edad presente, movió una vez más a Axayácatl a ponerse al frente de sus



ejércitos. Sin detenernos aquí en los pormenores de la guerra contra los matlatzincas, diremos únicamente que en ella quedaron de nuevo victoriosos los aztecas guiados por Axayácatl. Sólo que esta vez, al conquistar el triunfo Axayácatl recibió grave herida en un muslo. Este episodio, en cierto modo trivial, dio sin embargo tema a la poetisa azteca Macuilxochitzin que, al recordarlo, supo destacar asimismo el valor de Axayácatl de quien afirma que “las flores del águila quedaron en sus manos...” ya que él “por todas partes hizo conquistas”.

Se conserva también otra anécdota de esta guerra que ofrece buen testimonio, tanto de la modestia de Axayácatl como de su hondo aprecio por el arte del bien decir. Estando ya para comenzar la batalla contra los matlatzincas, pidieron varios capitanes aztecas a Axayácatl que les hiciese una plática y arengase a las tropas. El joven señor, perdida tal vez la paz interior ante la lucha inminente y con conciencia clara del valor de la palabra en momento tan decisivo, encargó a varios ancianos que en su nombre hicieran llegar su pensamiento a los guerreros. He aquí el testimonio del cronista que refiere este episodio:

Los más principales generales de los ejércitos pidieron al rey Axayácatl que hiciese una plática a todo el ejército, el cual, como era mozo y de poca edad, no quiso por su propia persona hacella [sic], e encomendó a los viejos ancianos que de su parte lo hiciesen. Y estando él presente junto al retórico que hacía la plática, por dar autoridad a su palabra les dijo...<sup>71</sup>

En el recuerdo del pueblo quedó así aunada la modestia de Axayácatl con su triunfo sobre las fuerzas matlatzincas.

Las celebraciones de la victoria habrían de regocijar todavía más a Tenochtitlan. Con renovado entusiasmo el ya muy viejo consejero Tlacaélel concibió entonces la idea de emprender otra conquista que tenía él por de suma importancia. Era necesario someter a las gentes de Michoacán y, con los cautivos que de allí habían de traerse, podría inaugurarse al fin el recinto donde debía colocarse la piedra del sol, obra en la que tanto empeño había puesto Axayácatl.

Hacia 1478, Axayácatl y sus aliados con un ejército que, según las crónicas, estaba formado por veinticuatro mil hombres, marcharon con rumbo al occidente, hacia la región poblada por los renombrados purépechas. Según el historiador Chimalpain, quien dicho sea de paso sitúa esta guerra como anterior a la emprendida contra los matlatzincas, Axayácatl, al frente de sus hombres, hizo esta vez uso de la palabra y les dijo:

Ahora nos acercamos a Michoacán,  
sobre ellos han caído,  
habrán de caer los viejos guerreros aztecas,  
allá vendrán a exponerse al peligro,  
vendrán a terminar la obra los viejos águilas,  
el guerrero,  
el águila experimentada,  
el Huitznáhuatl,  
la antigua nobleza...<sup>72</sup>

Situados ya los aztecas en territorio enemigo, descubrieron por sus espías que el ejército de Michoacán era en realidad más poderoso puesto que tenía cerca de cuarenta

mil hombres. Lo imprevisto, pero también ya inevitable, sucedió entonces. Los aztecas:

acometieron a los tarascos, y fue tan sin provecho la remeteda, que como moscas, dice la historia, que caen en el agua, así cayeron todos en manos de los tarascos. Y fue tanta la mortandad que en ellos hicieron, que los mexicanos tuvieron por bien de retirar la gente que quedaba porque no fuese consumida y acabada...<sup>73</sup>

Triste fue esta vez el regreso a Tenochtitlan. La descripción que dejaron los cronistas indígenas, tanto de la llegada de los sobrevivientes derrotados, como de las exequias y otras ceremonias religiosas que tuvieron entonces lugar, es ciertamente dramática:

Los viejos comenzaron a cantar, y todos atados y trenzados los cabellos, con cueros colorados, señal de tener tristeza por su capitán, y como buenos soldados y amigos, hacían aquel sentimiento, ayudando con lágrimas a las mujeres, hijos y parientes...<sup>74</sup>

Cierto es que Axayácatl fue confortado y consolado por los sacerdotes, los nobles y los ancianos y muy en especial por Tlacaélel. Mas no por esto se apaciguó su dolor que bien hondo se muestra en el otro poema que de él conocemos, compuesto, a lo que parece, poco tiempo después de su regreso a Tenochtitlan. En el manuscrito de Cantares en el cual se incluye, aparece esta anotación por demás clara:

Lo hizo cantar el señor Axayácatl cuando no pudo conquistar a los de Michoacán, sino que se regresó de Tlaximaloyan, porque no sólo murieron muchos capitanes y guerreros, sino que muchos se fueron huyendo...<sup>75</sup>

Con la modestia que ya conocemos y en medio de su abatimiento al componer este cantar, pidió Axayácatl a un anciano le ayudara a hacerlo puesto que él desconfiaba de su propia capacidad como poeta. “Canto de ancianos”, *Huehucuícatl* se tituló su obra. En ella, si bien se eleva el llanto por la derrota, se hace también exhortación a los guerreros valientes para que recobren el ánimo y recuerden que, quienes son conquistadores de tiempos antiguos, deben ya volver a la vida y al triunfo.

Algunos años sobrevivió Axayácatl a este infausto suceso. En ellos tuvo ocasión de alcanzar triunfos menores como el que logró contra las gentes de la región poblana de Tliluhquitépec. De gran satisfacción debió serle también contemplar la solemne ceremonia que se hizo al inaugurar al fin la piedra del sol. Pero, la tragedia de esa derrota, la única conocida por el pueblo de Huitzilopochtli así como las murmuraciones e intrigas que ésta volvió a despertar, había afligido en tal forma a Axayácatl, que nunca pudo ya recuperarse del todo. Poco después, hacia el año de 1480, Axayácatl cayó gravemente enfermo.

Sintiendo cercana su muerte, ordenó entonces se esculpiesen en las peñas de Chapultepec, tanto la efigie de Moteuczoma Ilhuicamina como la suya propia. Y refiere Durán que, concluidas éstas el año siguiente, 2-Caña, 1481:

se hizo llevar a ver su estatua y a la vista de los señores se despidió de todos sintiéndose muy al cabo. Y dice la historia que no pudo tornar a México vivo y que murió en el camino en las mismas andas [sic] que le traían. Murió mozo y de muy poca edad. Reinó trece años, y antes que muriese, murió Nezahualcóyotl, señor y rey de Tezcucó...[sic]<sup>76</sup>

Quizás como único consuelo en sus últimos días pudo tener Axayácatl alguna vaga presunción de que entre sus varios hijos, al menos alguno habría de llegar al rango supremo de *tlatoani*. Sabemos que inmediatos sucesores suyos fueron sus hermanos mayores Tízoc y Ahuítzol, los que tanto habían murmurado de él. Pero, al fin, no uno sino dos de sus hijos llegarían a sucederle y por cierto en circunstancias más dramáticas aún que las que trajo consigo la derrota en Michoacán. A Motecuhzoma II y a Cuitláhuac, hijos de Axayácatl, tocaría contemplar los últimos días de grandeza de la nación azteca.

Ya hemos mencionado cuáles fueron las probables circunstancias en las que compuso Axayácatl los dos poemas que se le atribuyen en las fuentes indígenas. Cantos de recordación son ambos. A través de ellos puede vislumbrarse algo del alma de Axayácatl, el joven *tlatoani* que no alcanzó a cumplir cuarenta años. Quizás ante los ataques de sus hermanos mayores que lo increpaban por ser joven, quiso él ahondar en el pasado, vinculándose con plena conciencia al tronco de sus ancestros.

“Quienes antes estuvieron con nosotros”, nos dice, en el primero de sus poemas, “viven ahora en la región del color rojo”, en donde existe el saber. Grande fue Itzcóatl, el vencedor

de las gentes de Azcapotzalco. “Era festejado, divinas palabras hiciste”, exclama Axayácatl, pero “a pesar de ello, has muerto”. Ancianos y jóvenes todos marchan “a la región donde de algún modo se existe”. El Dador de la vida “a nadie hace resistente sobre la tierra”. También Motecuhzoma, el abuelo de Axayácatl, al igual que el sabio Nezahualcóyotl y Totoquihuatzin, señor de Tlacopan, “nos dejaron huérfanos”. Y aludiendo más tarde a su propio padre, el príncipe Tezozomocli, y como dirigiendo esto a sus propios hermanos, Tízoc y Ahuítzotl, repite Axayácatl que también él “nos abandonó” y que por ello “a solas da salidad a su pena”.

Si nada hay estable en la tierra, si los señores y los príncipes, quienes en verdad fueron grandes y fuertes, “han dejado huérfanos a la gente del pueblo, a las ciudades”, ya no parece tan extraña la inquietud y el temor. ¡Si al menos los nuevos gobernantes pudieran consultar a quienes ya se han marchado! Frente al misterio de la desaparición de los hombres, lo único que queda es esforzarse y volver sobre sí mismo para encontrar el camino aquí sobre la tierra.

Las preguntas finales de este primer poema de Axayácatl, que sin duda recuerdan las de otros muchos forjadores de cantos del mundo náhuatl, si son testimonio de tristeza, son también prueba del hondo sentido de reflexión alcanzado por algunos de los sabios del México antiguo: “¿Quién acerca de esto pudiera hacerme saber? Por esto yo a solas doy salida a mi pena”.

“Canto de los ancianos” se titula la segunda composición que nos dejó Axayácatl. Ya vimos antes que, tras la derrota sufrida por los aztecas en su intento de someter a los señores de Michoacán, Axayácatl compuso un cantar ayudado por un

anciano poeta. Con el propósito de hacer confesión del fracaso y recordación triste de los capitanes y guerreros que allí perecieron, se une la exhortación a recobrar el ánimo y la palabra dirigida a “los conquistadores de tiempos antiguos que deben volver a vivir”.

Valiéndose de la misma metáfora que usó Nezahualpilli en su poema acerca de la guerra, también Axayácatl compara a ésta con la embriaguez: “Nos llamaron para embriagarnos en Michoacán, en Zamacoyáhuac...” “¡Vinimos a quedar embriagados!”.

Dramática es la imagen de la derrota, más que hondamente sentida por los aztecas ya que fue la única que conocieron en los tiempos prehispánicos:

Cuando vieron que sus guerreros ante ellos huían, iba reverberando el oro y las banderas de plumas de quetzal verdegueaban [sic], ¡que no os hagan prisioneros! ¡que no sea a vosotros, daos prisa!

Pero volviendo sobre sí mismo, el gran señor de Tenochtitlan exclama entonces:

Yo el esforzado en la guerra, yo Axayácatl, ¿acaso cuando sea viejo, se dirán estas palabras de mis príncipes águilas...? Estoy abatido, soy despreciado, estoy avergonzado...

Axayácatl fue hombre de rostro y corazón doblemente atormentados. En el primero de sus poemas confesó incertidumbre y angustia frente al enigma de la región de los muertos. Ahora aparece afligido por el desastre de la batalla que habrá de dar mucho

que decir a sus antiguos rivales, sus propios hermanos. Pero si Axayácatl conoció la amargura de la angustia, en el recuerdo de sus antepasados encontró siempre nuevo ánimo. Así exclama:

Sobre la estera de las águilas, sobre la estera de los tigres, es exaltado vuestro abuelo Axayácatl... Aún es poderosa nuestra lanzadera, nuestros dardos, con ellos dimos gloria a nuestras gentes...

Y finalmente, como si se recomiera en su interior y encontrara la solución a sus preocupaciones en una cierta manera de escepticismo burlón, concluye el poema con estas palabras:

Por esto yo me río, yo, vuestro abuelo Axayácatl, de vuestras armas de mujer, de vuestros escudos de mujer... ¡Conquistadores de tiempos antiguos, volved a vivir!

El rápido análisis de los dos poemas de Axayácatl permitirá quizás apreciar algo de lo que fue la trama interior de

la vida del joven tlatoani que encontró en el mundo de la flor y el canto atinado forma de expresión a sus dudas, a sus angustias y ambiciones. Si como gobernante de la nación azteca pasó por propio derecho a la historia, como poeta ha de incluirse también en la serie de los grandes maestros de la palabra nacidos en México-Tenochtitlan.

## Notas

62 Chimalpain Cuauhtlehuanitzin, *Sixième et Septième Relations*, op. cit., p. 108.

63 Tezozómoc, Fernando Alvarado, *Crónica mexicana*, p. 174-175.



- 64 Durán, fray Diego de, *op. cit.*, t. I, p. 275.  
65 *Ibid.*, t. I, p. 255.  
66 Tezozómoc, *Crónica mexicáyotl*, pp. 115-116.  
67 *Ibid.*, pp. 116-117.  
68 Durán, fray Diego de, *op. cit.*, t. I, p. 256.  
69 *Ibid.*, t. I, p. 269.  
70 *Ibid.*, t. I, p. 272.  
71 *Ibid.*, t. I, p. 275.  
72 Chimalpain Cuauhtlehuanitzin, *Cuarta relación*, fol. 101 r.  
73 Durán, *op. cit.*, t. I, p. 291.  
74 Tezozómoc, H. Alvarado, *Crónica mexicana*, Editorial Leyenda, México, 1944, p. 233.  
75 Ms. *Cantares mexicanos*, Biblioteca Nacional de México, fol. 73 v.  
76 Durán, fray Diego de, *op. cit.*, t. I, p. 302.

## CANTO DE AXAYACATL, SENOR DE MEXICO

Ha bajado aquí a la tierra la muerte florida,  
se acerca ya aquí,  
en la Región del color rojo la inventaron  
quienes antes estuvieron con nosotros.  
Va elevándose el llanto,  
hacia allá son impelidas las gentes,  
en el interior del cielo hay cantos tristes,  
con ellos va uno a la región donde de algún modo se existe.

Eras festejado,  
divinas palabras hiciste,  
a pesar de ello has muerto.  
El que tiene compasión de los hombres, hace torcida invención.  
Tú así lo hiciste.  
¿Acaso no habló así un hombre?  
El que persiste, llega a cansarse.  
A nadie más forjará el Dador de la vida.  
¡Día de llanto, día de lágrimas!  
Tu corazón está triste.  
¿Por segunda vez habrán de venir los señores?  
Sólo recuerdo a Itzcóatl,  
por ello la tristeza invade mi corazón.  
¿Es que ya estaba cansado,  
venció acaso la fatiga al Dueño de la casa,  
al Dador de la vida?  
A nadie hace él resistente sobre la tierra.  
¿Adónde tendremos que ir?  
Por ello la tristeza invade mi corazón.

Continúa la partida de gentes,  
todos se van.

Los príncipes, los señores, los nobles  
nos dejaron huérfanos.

¡Sentid tristeza, oh vosotros señores!

¿Acaso vuelve alguien,  
acaso alguien regresa

de la región de los descarnados?

¿Vendrán a hacernos saber algo

Motecuhzoma, Nezahualcóyotl, Totoquiuhatzin?

Nos dejaron huérfanos,

¡sentid tristeza, oh vosotros señores!

¿Por dónde anda mi corazón?

Yo Axayácatl, los busco,

nos abandonó Tezozomocli,

por eso yo a solas doy salida a mi pena.

A la gente del pueblo, a las ciudades,

que vinieron a gobernar los señores,

las han dejado huérfanas.

¿Habrá acaso calma?

¿Acaso habrán de volver?

¿Quién acerca de esto pudiera hacerme saber?

Por eso yo a solas doy salida a mi pena.

## CANTO DE LOS ANCIANOS

Nos llamaron para embriagarnos en Michoacán, en  
Zamacoyahuac,  
fuimos a buscar ofrendas, nosotros mexicas:  
¡Vinimos a quedar embriagados!  
¿En qué momento dejamos a los águilas viejos, a los guerre-  
ros?  
¿Cómo obrarán los mexicanos,  
los viejos casi muertos por la embriaguez?  
¡Nadie dice que nuestra lucha fue con ancianas!  
¡Chimalpopoca! ¡Yo Axayácatl!  
Allá dejamos a vuestro abuelito Cacamatón.  
En el lugar de la embriaguez estuve oyendo a vuestro abue-  
lo.

Vinieron a convocarse los viejos águilas,  
Tlacaélel, Cahualtzin,  
dizque subieron a dar de beber a sus capitanes,  
a los que saldrían contra el señor de Michoacán.  
¿Tal vez allí se entregaron los cuextecas, los tlatelolcas?

Zacuatzin, Tepantzin, Cihuacuecueltzin,  
con cabeza y corazón esforzado,  
exclaman:  
¡escuchad! ¿qué hacen los valerosos?,  
¿ya no están dispuestos a morir?,  
¿ya no quieren ofrecer sacrificios?  
Cuando vieron que sus guerreros  
ante ellos huían,

iba reverberando el oro  
y las banderas de plumas de quetzal verdegueaban,  
¡que no os hagan prisioneros!,  
¡que no sea a vosotros, daos prisa!

A estos jóvenes guerreros  
se les quiere sacrificar,  
si así fuere, nosotros graznaremos como águilas,  
nosotros entretanto rugiremos como tigres,  
nosotros viejos guerreros águilas.  
¡Que no os hagan prisioneros!  
Vosotros, daos prisa.

Yo el esforzado en la guerra,  
yo Axayácatl,  
¿Acaso en mi vejez  
se dirán estas palabras de mis príncipes águilas?  
Que no sea así, nietos míos,  
yo habré de dejaros.  
Se hará ofrenda de flores,  
con ellas se ataviará, el Guerrero del sur.

Estoy abatido, soy despreciado,  
estoy avergonzado, yo, vuestro abuelo Axayácatl.  
No descanséis, esforzados y bisoños,  
no sea que si huís, seáis consumidos,  
con esto caiga el cetro  
de vuestro abuelo Axayácatl.

Una y otra vez heridos por las piedras,  
los mexicas se esfuerzan.  
Mis nietos, los del rostro pintado,  
por los cuatro rumbos hacen resonar los tambores,  
la flor de los escudos permanece en vuestras manos.  
Los verdaderos mexicas, mis nietos,  
permanecen en fila, se mantienen firmes,  
hacen resonar los tambores,  
la flor de los escudos permanece en vuestras manos.

Sobre la estera de las águilas,  
sobre la estera de los tigres,  
es exaltado vuestro abuelo, Axayácatl.  
Itlecatzin hace resonar los caracoles en el combate,  
aunque los plumajes de quetzal ya estén humeantes.  
No descansa él con su escudo,  
allí comienza él con los dardos,  
con ellos hiere Itlecatzin,  
aunque los plumajes de quetzal ya estén humeantes.

Todavía vivimos vuestros abuelos,  
aún es poderosa nuestra lanzadera, nuestros dardos,  
con ellos dimos gloria a nuestras gentes.  
Ciertamente ahora hay cansancio,  
ahora ciertamente hay vejez.  
Por esto me aflijo, yo vuestro abuelo Axayácatl,  
me acuerdo de mis viejos amigos,  
de Cuepanáhuaz, de Tecale, Xochitlahua, Yehuatícac.

Ojalá vinieran aquí  
cada uno de aquellos señores  
que se dieron a conocer allá en Chalco.  
Los esforzados vendrían a tomar los cascabeles,  
los esforzados harían giros alrededor de los príncipes.  
Por esto yo me río,  
yo vuestro abuelo,  
de vuestras armas de mujer,  
de vuestros escudos de mujer.  
¡Conquistadores de tiempos antiguos,  
volved a vivir!

## VIII. Macuilxochitzin

### Poetisa, hija de Tlacaélel

(*Mediados del siglo XV*)

Bien sabidos es por el testimonio de varios cronistas que entre los nahuas hubo también mujeres que cultivaron el arte de la poesía. Ixtlilxóchitl alude a varias de ellas y justamente, al tratar de la figura del rey Nezahualpilli, hemos aducido sus palabras acerca de aquella célebre y real concubina conocida con el sobrenombre de “la Señora de Tula”, la cual, como dice el cronista de Texcoco, “era tan sabia que competía con el rey y con los más sabios de su reino y era en la poesía muy aventajada...”.<sup>77</sup> Por otros rumbos, Chimalpain en sus *Relaciones*, así como los *Anales de Cuauhtitlan*, mencionan también la existencia de poetisas y aun llegan a transcribir algunos fragmentos de sus composiciones.<sup>78</sup>

Magnífica muestra de la ternura y del ingenio de la mujer náhuatl como poeta nos la ofrece un largo canto incluido en los folios 39 v. a 40 v. del tantas veces citado *Manuscrito de cantares* que se conserva en la Biblioteca Nacional de México. Es la transcripción de un *cozolcuícatl*, que tanto vale como “canción de cuna”, dirigida al pequeño Ahuítzotl que más tarde sería señor de los aztecas. Sabemos que ese canto fue obra de una mujer porque quien lo compuso alude en él muchas veces a sí misma: “yo soy doncella mexicana... yo doncellita he concebido mi canto en el interior de la casa de las flores...”.



Mas si hemos de atribuir este poema, uno de los más bellos, a una joven de Anáhuac que supo forjarlo, desgraciadamente ignoramos su nombre y nada podemos decir de ella. Para fortuna nuestra hemos encontrado en cambio otro en la misma *Colección de cantares*, el cual, según parece, fue también fruto de la inventiva de una mujer, cuyo nombre esta vez sí conocemos. Extraño hubiera sido hacer mención del rostro y el corazón de trece poetas nahuas, sin incluir entre ellos los de alguna dama forjadora de cantos. A ignorancia nuestra o a grande malevolencia de los cronistas habría que atribuir tan lamentable omisión, sobre todo si se toma en cuenta la existencia de numerosos textos y cantares anónimos que deben recibirse como obra que fueron de mujeres prehispánicas. Los consejos llenos de poesía que da la madre a su hija pequeña, las palabras de la partera a la que va a dar a luz, los discursos de las ancianas pronunciados en distintas ocasiones, son patente confirmación de lo dicho.

Fue la señora Macuilxochitzin, a quien, según parece, hay que atribuir el poema que aquí vamos a ofrecer y comentar, oriunda de México-Tenochtitlan, donde nació hacia 1435 y donde vivió probablemente buena parte de los años restantes del siglo XV. Su padre fue el celeberrimo consejero de los reyes aztecas, Tlacaélel. El historiador Tezozómoc da la siguiente noticia al tratar de la descendencia del mencionado Tlacaélel:

Los otros doce hijos del viejo Tlacaélel Cihuacóatl, cada uno tuvo distinta madre, fueron engendrados en sitios diferentes. He aquí sus nombres... Estos dos fueron mujeres, el séptimo la llamada Tollintzin, el octavo la llamada Macuilxochitzin. De ella nació el príncipe Cuauhtlapaltzin...<sup>79</sup>

La princesa Macuilxochitzin se llamó así, bien sea porque nació en un día del calendario que llevaba precisamente esta fecha, la de 5-Flor, que esto significa su nombre, o tal vez porque lo recibió a manera de apodo al ser conocida su afición por la poesía. Sabido es que Macuilxóchitl era también uno de los títulos con que se invocaba al dios de las artes, del canto y la danza. Por su parte, los antiguos textos nahuas en que se describe el carácter propicio o nefasto de cada uno de los días, al tratar de la fecha 5-Flor y de las fiestas en honor de Macuilxóchitl, repiten con insistencia que quienes nacían en ese día, tenían por destino llegar a ser forjadores de cantos.

La hija del poderoso Tlacaélel, Macuilxochitzin, que parecía tener tal destino, recibió sin duda esmerada educación desde pequeña. Ella debió haber escuchado de labios de su madre los antiguos consejos en los cuales se hablaba a la “niñita que es como un jade, como un plumaje de quetzal, como lo más precioso que brota en la tierra”. Conoció entonces algo de lo que podía llegar a ser su destino en el mundo, cómo tenía que obrar y cuál era el camino para acercarse a los dioses y alcanzar así la precaria felicidad concedida a los mortales.

A Macuilxochitzin tocó vivir los días del máximo esplendor de los aztecas. Pocos años antes de la fecha probable de su nacimiento, sus tíos, el rey Itzcóatl y el entonces capitán Motecuhzoma Ilhuicamina, con el consejo de Tlacaélel, su padre, habían abatido a los antiguos dominadores de Azcapotzalco. Cuando Macuilxochitzin fue ya joven doncella, Tenochtitlan, donde había nacido, comenzó a ser metrópoli importante a la que afluían todo género de tributos y mercaderías traídas por los pochtecas, los comerciantes que

marchaban a remotos lugares. Bien probable es que recibiera entonces de su padre variadas y preciosas joyas, finas telas y otros muchos dones más. Como las mujeres de su estirpe, también ella conocía el arte del telar y del bordado, así como el de preparar comidas y bebidas con que en más de una ocasión debió de haber halagado a Tlacaélel.

Y si el pueblo todo y especialmente los nobles respetaban y admiraban al gran consejero, a quien el historiador Tezozómoc llegó a llamar “conquistador del mundo”,<sup>80</sup> Macuilxochitzin que en él veía a su padre, no sólo debió demostrarle respeto y amor sino que, como veremos por el poema que de ella se conserva, aprendió a interesarse por su actuación, sus triunfos y conquistas y aun por los consejos que daba en favor de Tenochtitlan. Si se tiene esto presente no parecerá extraño que precisamente el único poema que verosímilmente puede atribuirse a Macuilcochitzin trate de una de las más importantes conquistas, instigada por su padre y llegada a buen término por el señor Axayacatzin.

Los aztecas, a partir de su triunfo sobre los tepanecas de Azcapotzalco y guiados primero por Itzcóatl y más tarde por Motecuhzoma Ilhuicamina, siempre con el consejo de Tlacaélel, habían comenzado su larga serie de conquistas. Así quedaron sometidos los señoríos de Cuitláhuac, Mízquic, Xochimilco, Culhuacan, Chalco, Tepeaca, Tecamachalco y aun otros más apartados en la Huasteca y en el país de los totonacas. Y por fin, en tiempos ya del señor Axayácatl, que como hemos visto, había sido coronado en un año 3-Casa (1469), las antiguas rencillas con los vecinos de Tlatelolco, gente de la misma estirpe, tuvieron por consecuencia su incorporación violenta bajo el mando del gobierno de Tenochtitlan.

De todas estas conquistas debió de tener noticia la princesa Macuilxochitzin, tanto por la intervención que tuvo en ellas su padre como por las frecuentes salidas de los guerreros que regresaban victoriosos, acompañados de gran número de prisioneros y con las riquezas, botín de sus triunfos. En el año 10-Pedernal (1476) los aztecas se aprestaron una vez más a la guerra. Ésta se dirigía ahora contra los varios estados matlatzincas y otomíes del rumbo del Valle de Toluca. Es posible que Macuilxochitzin haya tenido conocimiento de las palabras que en esa ocasión dirigió Tlacaélel a Axayácatl. Deseoso de llevar a cabo esta conquista, el gran consejero, como lo recuerda el historiador Tezozómoc, dio a conocer así su parecer al supremo gobernante azteca:

Ahora, hijo mío, ya estoy muy viejo, después de muerto yo, no sé lo que sucedería en este caso, y pues está en vuestra mano el mando, que vayan luego sobre ellos y los destruyan, para que vengan a nuestra obediencia y tributo, sin remisión alguna...<sup>81</sup>

El mismo Tezozómoc y otros cronistas recuerdan con detalle esta campaña de conquista, la cual, si bien terminó con la victoria aplastante de los ejércitos aztecas, fue también desafortunada para el rey Axayácatl que fue gravemente herido en una pierna por un capitán otomí, principal entre su gente, de nombre TlílAtl:

Los soldados varoniles, escribe el cronista, iban dando alcance a los toluqueños, diciéndoles: volved, volved, que a vuestro pesar nos habéis de tributar y ser nuestros vasallos.

Llegados a Tlacotépec, estaba allá mucha gente de refresco de parte de los toluqueños aguardando a los mexicanos para darles por la espalda al tiempo que llegó Axayácatl con su poder, y luego que los vio comenzó a tocar un tamboril que llaman yopihuéhuatl, y puesto con su plumaje iba con tanta prisa, y corría con tanto ardimiento, que hacía estremecer a sus enemigos. A esta sazón está soterrado junto a un maguey un principal, toluqueño valiente, llamado Cuétzpal (por otro nombre TlílAtl), y de un improviso, al pasar Axayácatl, salió y le hirió en un muslo, que le hizo doblar la rodilla...<sup>82</sup>

Sólo la oportuna llegada de refuerzos aztecas salvó a Axayácatl de la muerte y aseguró en breve tiempo la derrota del enemigo. Como era costumbre, lo primero que entonces se hizo fue enviar un mensajero que diera al ya anciano Tlacaélel la buena nueva de la victoria y asimismo “le avisase y diese cuenta de cómo venía Axayácatl herido en una pierna, que le hirió un capitán toluqueño...”<sup>83</sup>

Grande fue el recibimiento que se hizo a Axayácatl y a sus hombres en México-Tenochtitlan. Sin duda, mucho debió de hablarse de los sinsabores de esta guerra y en particular de la desgracia que aconteció en ella al señor de los aztecas. Natural cosa es que entre los allegados a Tlacaélel se conocieran no sólo los hechos culminantes de la lucha, sino también otros que casi parecen detalles secundarios y que sólo de paso son mencionados por los cronistas. Macuilxochitzin que tuvo noticia de ellos, al concebir un canto, recordación de la que parece haber sido unas de las últimas conquistas instigadas por su padre, quiso evocar en él la actuación decisiva de un grupo de mujeres otomíes que con sus súplicas a

Axayácatl salvaron la vida del capitán que lo había herido.

Este canto de Macuilxochitzin es precisamente el que se incluye en la colección que se conserva en la Biblioteca Nacional de México.<sup>84</sup> Con claridad indica en él la hija de Tlacaélel cuál es su intencion; quiere dar gracias al supremo dios de los aztecas y desea preservar el recuerdo de la victoria de su pueblo:

“Elevo mis cantos, exclama, yo Macuilxochitzin, con ellos alegre al Dador de la vida...”. Confiesa ignorar si es que sus cantos volarán hasta la morada del dios, pero se consuela pensando que al menos aquí en la tierra habrán de ser conocidos. Recuerda luego al señor Axayácatl, el cual sólo por breve tiempo sobrevivió a la conquista de los matlatzincas y como si hablara con él le dice:

¡Axayacatzin, tú conquistaste la ciudad de Tlacotépec! Allá fueron a hacer giros tus flores, tus mariposas... con esto has hecho ofrenda de flores y plumas al Dador de la vida...!

Como si ella misma lo hubiera contemplado, describe luego Macuilxochitzin los aprestos de la guerra:

Axayácatl pone los escudos de las águilas en los brazos de los hombres allá donde arde la guerra, en el interior de la llanura... Las flores del águila quedan en tus manos, señor Axayácatl... por todas partes Axayácatl hizo conquistas, en Matlatzinco, en Malinalco, en Ocuilan...

Evocada así la actuación de Axayácatl y recordada la victoria que puso en manos aztecas “las flores divinas del águila”, Macuilxochitzin dedica al fin buena parte de su canto a narrar la intervención femenina, cuando el gran jefe azteca fue gravemente herido: “Allá en Xiquipilco a Axayácatl lo hirió en la pierna un otomí. Su nombre era TlílAtl...” Por las crónicas se sabe que, gracias a la rápida llegada de refuerzos, TlílAtl cayó prisionero. Macuilxochitzin nos lo pinta acudiendo a sus mujeres y ordenándoles que atiendan al herido Axayácatl: “Preparadle, les dice, un braguero y una capa; se los daréis vosotras que sois valientes...”.

Cuando Axayácatl se repone, hace venir ante él al capitán TlílAtl. Exclama: “¡Que venga el otomí, que me ha herido en la pierna!” El poema recuerda entonces el justificado temor del otomí y pone en sus labios palabras que expresan su honda perturbación: “¡En verdad me matarán!” Confuso aparece TlílAtl ante Axayácatl a quien hace reverencia, ofreciéndole torpemente una piel de venado y un grueso madero, símbolo quizás de lo que en realidad eran las riquezas y tesoros de los pobres otomíes.<sup>85</sup> Fruto de compasión son en este contexto las últimas frases del canto de Macuilxochitzin: “Estaba lleno de miedo el otomí, nos dice, pero entonces sus mujeres por él hicieron súplica a Axayácatl...” Al parecer su intervención llegó al corazón del señor Axayácatl y al menos por el momento la vida de TlílAtl quedó a salvo.

Éste es el tema del cantar que con verosimilitud puede atribuirse a la princesa Macuilxochitzin, hija del Tlacaélel. Desgraciadamente no conocemos otras composiciones suyas y tampoco sabemos más acerca de su vida. El único dato que cabe recordar es el que nos conserva el historiador

Tezozómoc en el párrafo que hemos citado: “De ella, nos dice, nació el príncipe Cuauhtlapaltzin...”<sup>86</sup> Escasa como es la información acerca de esta noble mujer, lo poco que sabemos es nuevo ejemplo y confirmación de lo que ya conocíamos por el testimonio de otros cronistas: en el mundo náhuatl prehispánico hubo también rostros y corazones femeninos que, como la célebre señora de Tula, supieron distinguirse en el arte de la poesía.

## Notas

77 Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva, *Obras históricas*, t. II, p. 268.

78 Véase, por ejemplo, lo que nos conserva Chimalpain, en su *Tercera relación* (fol. 92 v. – 93 r.), a propósito de la señora de Cohuatlichan, de nombre Axolohua, que vivió hacia mediados del siglo XV y a quien se atribuye el siguiente poema, especie de revelación religiosa:

Fui a ver a Tlálóc,  
me llamó él y me dijo:  
Ha padecido grandes trabajos,  
ha llegado mi hijo Huitzilopochtli.  
Aquí habrá de ser también su casa,  
digno es él de veneración.  
Así habremos de vivir en la tierra  
porque somos los dos iguales...

79 Tezozómoc, Fernando Alvarado, *Crónica mexicáyotl*, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1949, p. 128.

80 Tezozómoc, Fernando Alvarado, *op. cit.*, p. 121.

81 Tezozómoc, Fernando Alvarado, *Crónica mexicana*, notas de manuel Orozco y Berra, 2ª edición, Editorial Leyenda, México, 1944, p. 205.

82 *Ibid.*, p. 208.

83 *Ibid.*, p. 210.

84 El poema en cuestión está incluido en la Colección de la Biblioteca Nacional de México (fol. 53 v.). Las razones por las cuales lo atribuimos a Macuilxochitzin son las siguientes: 1. En la segunda línea del poema, quien dice haberlo concebido, ofrece su nombre: Macuilxóchitl; 2. Es cierto que este nombre fue frecuente entre nahuas, aplicado indistintamente a hombres y mujeres. Pero la búsqueda en las principales fuentes históricas (Chimalpain, Ixtlilxóchitl, Tezozómoc, Anales de Cuauhtitlan,



Anales de Tlatelolco, Informantes de Sahagún, Ms. de Cantares, etc.), que nos ha permitido identificar a varios personajes con igual nombre, nos ha llevado también a la conclusión de que, si quien compuso el poema ha de ser de estirpe azteca y contemporáneo de Axayácatl, como se desprende del texto mismo, que sepamos no hay mención de alguien más en quien se reúnan estas condiciones, fuera de la princesa Macuilochochtzin, hija de Tlacaélel; 3. El hecho mismo de ofrecerse en el poema noticias detalladas acerca de la acción guerrera planeada por Tlacaélel y acerca de la cual, como dice Tezozómoc, “le enviaron un mensajero para que le avisase y diese cuenta”, está mostrando que el cantar muy probablemente fue concebido por alguien bien allegado al gran consejero de los reyes aztecas; 4. Finalmente, el papel que se concede en el poema a la intervención valiente de las mujeres otomíes que imploran por la vida del caudillo matlatzinca, parece indicar que es también una mujer la que se empeña en destacar la importancia que puede tener en las más graves circunstancias la participación femenina.

85 Como en confirmación de lo dicho acerca de los muy escasos bienes y recursos de los otomíes, citaremos las palabras del señor matlatzinca Chimalteuctli, dichas a Axayácatl después de la victoria azteca. Axayácatl había marchado a Toluca para reponerse un poco y fue entonces cuando: “sobrevino *Chimalteuctli*, señor de los matlatzincas, y díjoles: señores mexicanos, cese ya vuestro orgullo y braveza, que ya os somos vuestros vasallos y tributarios, mirad, señores, que en esta tierra y pueblo no hay otra cosa sino maíz, frijol, huauhtli, chian y tea para alumbrar de noche, que es candela, y esteras, *pétlatl*. Esto es, señor lo que en este pueblo vuestro se da y cría, y no otra cosa...”

86 Tezozómoc, Fernando Alvarado, *Crónica mexicáyotl*, p. 128.

## CANTO DE MACUILXOCHITZIN

Elevo mis cantos,  
Yo, Macuilxóchitl,  
con ellos alegre al Dador de la vida,  
¡comience la danza!

¿Adonde de algún modo se existe,  
a la casa de Él  
se llevan los cantos?  
¿O sólo aquí  
están vuestras flores?,  
¡comience la danza!

El matlatzina  
es tu merecimiento de gentes, señor Itzcóatl:  
¡Axayacatzin, tú conquistaste  
La ciudad de Tlacotépec!  
Allá fueron a hacer giros tus flores,  
tus mariposas.  
Con esto has causado alegría.  
El matlatzina  
está en Toluca, en Tlacotépec.

Lentamente hace ofrenda  
de flores y plumas  
al Dador de la vida.  
Pone los escudos de las águilas  
en los brazos de los hombres,  
allá donde arde la guerra,

en el interior de la llanura.  
Como nuestros cantos,  
como nuestras flores,  
así, tú, el guerrero de cabeza rapada,  
das alegría al Dador de la vida.

Las flores del águila  
quedan en tus manos,  
señor Axayácatl.  
Con flores divinas,  
con flores de guerra  
queda cubierto,  
con ellas se embriaga  
el que está a nuestro lado.

Sobre nosotros se abren  
las flores de guerra,  
en Ehcatépec, en México,  
con ellas se embriaga  
el que está a nuestro lado.

Se han mostrado atrevidos  
los príncipes,  
los de Acolhuacan,  
vosotros los Tepanecas.  
Por todas partes Axayácatl  
hizo conquistas,  
en Matlatzinco, en Malinalco,  
en Ocuillan, en Tequaloya, en Xohcotitlan.  
Por aquí vino a salir.

Allá en Xiquipilco a Axayácatl  
lo hirió en la pierna un otomí,  
su nombre era Tlilatl.

Se fue éste a buscar a sus mujeres,  
les dijo:  
“Preparadle un braguero, una capa,  
se los daréis, vosotras que sois valientes.”  
Axayácatl exclamó:  
— “¡Que venga el otomí  
que me ha herido en la pierna!”  
El otomí tuvo miedo,  
dijo:  
— “¡En verdad me matarán!”  
Trajo entonces un grueso madero  
y la piel de un venado,  
con esto hizo reverencia a Axayácatl.  
Estaba lleno de miedo el otomí.  
Pero entonces sus mujeres  
por él hicieron súplica a Axayácatl.



## IX. Temilotzin de Tlatelolco

### Defensor de Tenochtitlan y cantor de la amistad

(*n. fines del s. XV-m. 7-Casa, 1525*)

Capitán famoso fue Temilotzin. Contemporáneo de Cuauhtémoc, y sobre todo amigo y compañero suyo, habría de desempeñar a su lado brillante papel en los días de la conquista. Oriundo de Tlatelolco y más tarde señor de Tzila-catlan, como lo refieren los informantes de Sahagún, Temilotzin se adiestró desde los primeros años de su juventud en el arte de la guerra, sin que esto amenguara la que parece haber sido espontánea afición suya por la poesía.

Probablemente su deseo de llegar a ser forjador de cantos nació en sus años de estudiante en el *calmécac* de Tlatelolco, cuando pudo adentrarse en el conocimiento de las tradiciones, de los himnos sagrados y del simbolismo del pensamiento preservado en los libros de pinturas. El hecho es que hoy podemos afirmar que Temilotzin fue guerrero extraordinario, que alcanzó el alto grado de *tlacatécatl* “comandante de hombres” y llegó ser al mismo tiempo cantor de la amistad. Si como poeta afirma que su más hondo deseo es “hacer amistad con los humanos en la tierra”, como guerrero tiene que hacer frente a la más imprevista de las agresiones, la que provino de los forasteros misteriosos llegados de más allá de las aguas inmensas.

El recuerdo de Temilotzim se conserva en las crónicas indígenas y también en las palabras que en más de una ocasión pronunciaron acerca de él otros poetas amigos suyos.

Así, evocando su actuación, cuando defendió a la metrópoli azteca, exclama uno de los poetas sobrevivientes de la conquista:

¡Esfuézate,  
entrégate a la guerra  
tlacatécatl Temilotzin,  
han salido de sus barcas los hombres de Castilla!<sup>87</sup>

Hasta donde sabemos por los testimonios históricos, la actuación de Temilotzin se dejó sentir principalmente durante los días del sitio de Tenochtitlan. Por su rango de “comandante de hombres”, ejerció entonces, en las más difíciles circunstancias, las funciones correspondientes a esta elevada dignidad. Atribuciones suyas fueron, según el texto en que se describe la figura ideal del *tlacatécatl*, actuar como:

Jefe de águilas...  
cuyo oficio es la guerra que hace cautivos.  
Gran águila y gran tigre,  
águila de amarillas garras  
y poderosas alas,  
rapaz,  
operario de la muerte...  
Instruido, hábil,  
de ojos vigilantes, dispone las cosas,  
hace planes, ejecuta la guerra.  
Distribuye las armas,  
dispone y ordena las provisiones,

señala el camino,  
inquiére acerca de él,  
sigue su paso al enemigo.  
Dispone las chozas de guerra,  
sus casas de madera, el mercado de guerra.  
Busca a los que guardan los cautivos,  
escoge a los mejores.  
Ordena a los que aprisionan a los hombres,  
disciplinado, consciente de sí mismo,  
da órdenes a su gente,  
les muestra por dónde saldrá el enemigo...<sup>88</sup>

Por los mismos informantes que conservaron esta imagen del tlacatécatl, conocemos la forma como hizo honor a su rango Temilotzin, luchando contra los hombres de Castilla. Cuando en los días del sitio, con sus bergantines y con frecuentes desembarcos los conquistadores hacen repetidos intentos de adueñarse de la capital azteca, Temilotzin al lado de Cuauhtémoc y de otros capitanes, intenta lo imposible por salvarla.

Al restringirse ya la defensa al antiguo islote de *Tlatelolco* vemos a Temilotzin que, en compañía de otros guerreros, sale al encuentro de los conquistadores para cortarles el paso. Escuchemos las palabras del testimonio indígena:

Entonces se pusieron en pie dos caballeros águilas y dos caballeros tigres... el primer tigre era Temilotzin y el segundo el mismo Coyohuehuetzin. En el momento para atacar a los hombres de Castilla se ponen en marcha. (Con otros muchos entran en sus barcas). A todo remo remaban, casi volaba su



barca... Cuando todos hubieron partido, entonces se tañen las flautas. Muchos pobres han sido robados. Los guerreros mexicanos salen al frente a los saqueadores. Cuando vieron esto, nuestros enemigos intentaron huir. Muchos murieron en el agua, se anegaron, se ahogaron... En verdad muchos murieron allí... Una vez más lo digo: allí murieron muchos de nuestros enemigos... Al día siguiente todo estaba en calma...<sup>89</sup>

La imagen final de la conquista recuerda una vez más como un símbolo la resistencia del “comandante de hombres”:

el tlacatécatl Temilotzin aún en vano se puso en guardia contra el enemigo. Se resguardó en una muralla, estaba ataviado como águila y llevaba una macana en la mano con la cual intentaba cerrarles el paso. Pero al ver que ya no era posible, luego se echó en el agua, por ella se fue...<sup>90</sup>

Como prenuncio de la rendición de Tenochtitlan precedieron momentos de calma oprobiosa. Los informantes testigos lo recuerdan:

De golpe acabó la batalla. Todo quedó en calma... Nadie hablaba siquiera. Los nuestros estaban replegados. Nada hacían los hombres de Castilla. Sólo estaban en sus posiciones. Nos observaban constantemente...<sup>91</sup>

Entonces Cuauhtémoc y Temilotzin con otros capitanes, viendo que todo estaba perdido tras ochenta días de sitio, se pusieron a deliberar “en qué forma habríamos de someternos

a los hombres de Castilla, cómo se haría y qué tendríamos que dar como tributo...”<sup>92</sup>

Ni por un momento se pensó en huir. Acordes están en esto los testimonios netamente indígenas en que se conserva la “visión de los vencidos”. Temilotzin, junto con los otros jefes, estuvo al lado de Cuauhtémoc y compartió su decisión. Dos textos, hondamente dramáticos, preservan el recuerdo del postrer momento:

En una barca llevaron a Cuauhtémoc... Entonces lloró la gente del pueblo, decían: ya se va el joven príncipe Cuauhtémoc, ya se va a entregar a los hombres de Castilla...<sup>93</sup>

Y ya en la otra orilla:

Cuando salieron del agua, ya van Coyohuehuetzin, Tepan-temoctzin, Temilotzin y Cuauhtemotzin. Acompañaban a Cuauhtemotzin a donde estaba el Capitán y don Pedro de Alvarado y doña Malintzin...<sup>94</sup>

Y si a Temilotzin le tocó compartir con Cuauhtémoc la suerte del vencido cuando sucumbió Tenochtitlan, igualmente habría de ser destino suyo acompañar hasta el fin al último señor de los aztecas. En 1525, camino de las Hibue-  
ras, Temilotzin se halló también en Hueymolan Acallan, cuando Cortés hizo ahorcar a Cuauhtémoc. Por los *Anales de Tlatelolco* sabemos que él y otro noble llamado Ecatzin fueron testigos de su muerte.

El antiguo “comandante de hombres” y sobre todo el cantor de la amistad que perdía así al más grande de sus amigos,

no quiso soportar más su condición de prisionero. Si Cuauhtémoc había muerto, no le importaba ya continuar sobre la tierra.

Los mismos *Anales*, haciéndose eco de una versión tal vez en parte legendaria, refieren la desaparición de Temilotzin. Después de la muerte de Cuauhtémoc, tanto él como el noble Ecatzin que habían tratado de ocultarse, fueron llevados a la presencia de Cortés y de Malintzin que se encontraban a bordo de una embarcación. Malintzin aparece allí interrogándolos con dureza:

Tú, Temilotzin, pregunta Malintzin, confiesa con verdad, ¿A cuántos de los señores mataste al tiempo de la guerra?

Temilotzin, que al parecer ya tenía decidido cómo habría de escapar, le responde sin conceder grande importancia a sus palabras:

Escucha, Malintzin, es lo mismo que Ecatzin te ha dicho. ¿Cómo podía yo ocuparme en contarlos? He luchado, he herido, he acabado con no pocos sin tener cuidado de ello.

Malintzin, quizás con intención de amedrentar a los prisioneros, añade entonces:

Ahora visitaremos al gran soberano, al que vive en Castilla. Allá pareceréis, allá vais a morir.

Sin inmutarse Temilotzin cierra lacónicamente el diálogo:

Que así sea, vayamos allá, señora Malintzin.<sup>95</sup>

Según los *Anales* el barco en que estaban se dirigía supuestamente a Castilla. Se dice incluso que estaba ya en alta mar. Temilotzin habló por última vez a Ecatzin, su compañero y amigo:

Oh Ecatzin, ¿adónde vamos? ¿Dónde estamos?, ¡vayámonos a nuestra casa!<sup>96</sup>

Perdida la antigua grandeza, Tenochtitlan destruida, muerto Cuauhtémoc, desaparecida la antigua hermandad, Temilotzin que había dicho como poeta que su más grande anhelo era:

entrelazar con plumajes de quetzal la hermandad y rodear con cantos a la comunidad de los amigos..., hasta que todos hayamos ido a la región de los muertos...,

Decidió entonces intentar la evasión. No sabía él hacia dónde habría de escapar, en todo caso llegaría a la región donde de algún modo se existe. El texto indígena nos da este cuadro de verdad extraordinario:

Temilotzin no quiso escuchar ni ser retenido... lo vieron cómo se arrojó al agua. Va nadando en el agua hacia el rumbo del sol. Malintzin le llama y le dice: ¿Adónde vas Temilotzin? ¡Regresa, ven! Él no escuchó, se fue, desapareció. Nadie sabe si pudo alcanzar la orilla del agua, si una serpiente lo devoró, si un lagarto se lo comió o si los grandes peces acabaron con

Temilotzin... En esta forma acabó consigo mismo, nadie le dio muerte...<sup>97</sup>

Esto es lo que sabemos acerca de la vida y desaparición del célebre comandante de hombres Temilotzin. Cantor de la amistad le hemos llamado porque se conserva de él un poema, bella afirmación de lo que significa en la tierra la hermandad, la comunidad y la entrega del propio corazón. Paradójica aparece así, como la de otros forjadores de cantos, la vida de Temilotzin. El hombre que tuvo por destino combatir a los forasteros de rostro desconocido y ver morir al último señor de los aztecas, nos dejó acerca de sí mismo el más humano de todos los testimonios: “yo, Temilotzin, vine a la tierra para hacer amigos aquí...”.

## Notas

87 Ms. *Cantares mexicanos*, fol. 54 v.

88 Informantes de Sahagún, *Códice matritense de la Real Academia de la Historia*, vol. VIII, fol. 115 v,

89 *Códice florentino*, lib. XII, cap. XXXVIII.

90 *Loc. cit.*

91 *Loc. cit.*

92 *Ibid.* cap. XXXIX.

93 *Loc. cit.*

94 *Anales de Tlatelolco*, fol. 35.

95 *Anales de Tlatelolco*, Ms. mex. 22 bis, fol. 10.

96 *Loc. cit.*

97 *Anales de Tlatelolco*, loc. cit.

## POEMA DE TEMILOTZIN

He venido, oh amigos nuestros:  
con collares ciño,  
con plumajes de tzinitzcan doy cimientto,  
con plumas de guacamaya rodeo,  
pinto con los colores del oro,  
con trepidantes plumas de quetzal enlace  
al conjunto de los amigos.  
Con cantos circundo a la comunidad.  
La haré entrar al palacio,  
allí todos nosotros estaremos,  
hasta que nos hayamos ido a la región de los muertos.  
Así nos habremos dado en préstamo los unos a los otros.

Ya he venido,  
me pongo de pie,  
forjaré cantos,  
haré que los cantos broten,  
para vosotros, amigos nuestros.  
Soy enviado de Dios,  
soy poseedor de las flores,  
yo soy Temilotzin,  
he venido a hacer amigos aquí.



Poetas de la Región  
Poblano-Tlaxcalteca







*¡Vosotros que de allá,  
de Tlaxcala  
habéis venido a cantar,  
al son de brillantes timbales  
en el lugar de los atabales...!*

(Ms. *Cantares mexicanos*, fol.10v.)



## X. Tecayehuatzin de Huexotzinco

### El sabio que ahondó en el sentido de “flor y canto”

(*n. segunda mitad del s. XV – m. principios del s. XVI*)

Sobresale Tecayehuatzin entre los más célebres poetas, sabios o *tlamatinime* de la región poblano-tlaxcalteca. Sin embargo, su vida no fue en modo alguno la del hombre dedicado primordialmente a la poesía y a la elucubración. Por linaje y por la elección de su pueblo, Tecayehuatzin había llegado a ser señor de Huexotzinco. Actuando como tal lo encontramos, según el testimonio de varias fuentes, hacia principios del siglo XVI.

Para entrever lo que fue la vida de Tecayehuatzin, debe recordarse la situación de Huexotzinco en relación con los señoríos tlaxcaltecas, con Cholula y con México-Tenochtitlan. Huexotzinco disfrutaba de relativa independencia. Por su misma situación geográfica, inevitablemente se veía influido, unas veces por sus vecinos tlaxcaltecas y otras por los prepotentes aztecas. Nada de extraño que el vaivén y las intrigas implícitas en las relaciones de Huexotzinco con Tlaxcala y México se adueñaran muchas veces de la atención del príncipe Tecayehuatzin.

Pero, no obstante los desvelos anejos al gobierno del estado, Tecayehuatzin, como lo dejó dicho el poeta, Ayo-cuan Cuetzpaltzin, era amante de la música y con frecuencia “hacía resonar en su palacio los timbales, las flautas y las conchas de tortuga”.

Tecayehuatzin allí vigila,  
allí tañe la flauta, canta  
en su casa de Huexotzinco...  
allí está su casa,  
donde se encuentra el tamboril de los tigres,  
donde han quedado prendidos los cantos  
al son de los timbales.  
Como si fueran flores,  
    allí se despliegan los tapices de quetzal  
    en la casa de las pinturas...<sup>98</sup>

Aparece así la figura de Tecayehuatzin como la de quien vive a la vez dos formas de vida. Como poeta y pensador destacó entre quienes se empeñaron por esclarecer el significado de flor y canto. Como estadista aprendió a practicar el dolo y la intriga. Apremiado, imploró el auxilio de Motecuhzoma para salvar a su pueblo de los tlaxcaltecas y años más tarde fraguó unirse a Tlaxcala para luchar contra los aztecas.

Tecayehuatzin tuvo varios amigos, a los que invitaba a dialogar con él en su palacio de Huexotzinco. Como gobernante se preocupó por su pueblo sobre todo en los días dificultosos, cuando había hambre o amenazaba guerra. Pero, contradiciendo las palabras de uno de sus poemas, donde dice que “son verdaderos los corazones de los amigos”, hubo de fingir y mentir a algunos de éstos, siguiendo los caminos que casi por fuerza ha de andar quien hace profesión de político.

Entre los autores que hablan de Tecayehuatzin está el cronista tlaxcalteca Diego Muñoz Camargo, quien refiere cómo a principios del siglo XVI, en guerra con los huexotzincas,

“los tlaxcaltecas les asolaron los panes y quemaron sus casas y palacios de Tecayehuatzin su señor”.<sup>99</sup>

Fray Diego de Durán en su Historia, Alvarado Tezozómoc en la *Crónica mexicana* y Torquemada en su *Monarquía indiana* mencionan, asimismo, diversos episodios relacionados con la actuación de Tecayehuatzin como gobernante. Durán, al tratar del auxilio azteca recibido por los huexotzincas en sus lucha contra Tlaxcala, habla luego del cambio de partido que se vio forzado a intentar Tecayehuatzin. Motecuhzoma pronto se enteró de las intenciones de su antiguo aliado. Por ello le envió mensajeros encargados de averiguar sus propósitos y también de invitarlo, si es que mantenía la antigua amistad, a una fiesta en México-Tenochtitlan. La respuesta dada por Tecayehuatzin a los mensajeros, según la transcribe el mismo Durán, es testimonio de la doble vida de creador de poesía y forjador de intrigas que le tocó vivir a Tecayehuatzin. Según Durán, Tecayehuatzin “empezó a llorar” y respondió así a los mensajeros de Motecuhzoma:

Decidle a vuestro señor que mi voluntad es serville toda mi vida por el buen tratamiento que a mí y a mi gente en su ciudad me hizo, pero que esta gente inconstante y novelesca se han hecho una con los de Cholula y me han pedido, so pena que me quitarán mi reino y destruirán mi generación toda, que no admita vuestra paz y amistad. Pero que con todo eso, yo enviaré mis principales a que asistan a la fiesta en mi lugar...<sup>100</sup>

Intrigas como ésta, necesarias quizás para poder existir, tuvo que practicar Tecayehuatzin. Pero probablemente le era mucho más placentero componer poemas y elucubrar acerca de la flor y el canto.

Por desgracia no es mucho lo que de su obra poética sobrevivió y llegó hasta nosotros. En cuatro folios del manuscrito de Cantares Mexicanos de la Biblioteca Nacional, se conserva un diálogo en el que desempeña papel importante Tecayehuatzin. Fue precisamente él quien convocó a otros sabios y poetas para dialogar acerca del sentido de la poesía y en forma más amplia del arte y del símbolo.

En ese diálogo habla en tres ocasiones Tecayehuatzin. Da al principio la bienvenida a los poetas que ha reunido en su casa. A continuación enuncia el tema que habrá de tratarse en el diálogo: “Flor y canto o sea el arte y la poesía, ¿es esto quizás lo único verdadero en la tierra?” En un segundo poema, especie de interludio a la mitad del diálogo, exhorta Tecayehuatzin a sus amigos, reunidos allí en la casa florida. Quiere él ver y oír “a quienes hacen reír a las flautas preciosas...” Por fin, cuando el diálogo está a punto de concluir, Tecayehuatzin toma una vez más la palabra. Su corazón sigue abierto a la duda. Su propósito continúa siendo saber si flor y canto es tal vez la única manera de decir palabras verdaderas en la tierra. Como han sido distintas las respuestas ofrecidas, expresa en breve poema una última idea con la que todos estarán de acuerdo: flor y canto es lo que hace posible nuestra amistad. Este es “el sueño de una palabra...” En la comunión del arte y del símbolo, “sabemos al menos que son verdaderos los corazones de nuestros amigos”.<sup>101</sup>

Los otros pocos poemas que de él se conservan guardan, tanto en su contextura como en su sentido y concepción, gran

semejanza con las palabras pronunciadas por él en el “diálogo de flor y canto”. En ellos proclama Tecayehuatzin que su principal anhelo es forjar cantos, quiere encontrar los “floridos cantares aletargantes y embriagadores” tal vez capaces de acercar al hombre al misterioso *Tamoanchan* de las águilas y a la Casa de la Noche de los tigres.

Preocupado Tecayehuatzin por atinar con el más hondo sentido que lleva a la creación del arte y del símbolo, no sólo lucubró sino que también se dejó influir voluntariamente por cuanto le tocó experimentar y ver a lo largo de su vida. Se regocija hablando del calor y la florida luz del sol, recuerda el placer de estar con los amigos, la alegría de tener consigo las antiguas pinturas y escuchar la música de las flautas; evoca los alaridos de la guerra, la sangre roja como las flores, los penachos de plumas de quetzal, la muerte de Tlachahuepan el hijo amado de Motecuhzoma, y cuando las aguas caen para dar nueva vida a flores y plantas, quiere sentir finalmente en sí mismo la verdad de los cantos y acercarse, si esto es posible, a aquel por quien todos viven.

Junto con su preocupación por esclarecer el sentido de flor y canto, éstos parecen ser los motivos que cautivaron la atención del preclaro poeta Tecayehuatzin, el estadista, el guerrero que, para sobrevivir, forjaba intrigas, y para existir sobre la tierra, enlazaba cantos.

## Notas

- 98 Palabras de Ayocuan Cuetzpaltzin dirigidas a Tecayehuatzin, en *Colección de cantares mexicanos*, fol. 11 v.
- 99 Muñoz Camargo, Diego, *Historia de Tlaxcala*, sexta edición, México, 1948, p. 127.
- 100 Durán, Fray Diego de, *Historia de las Indias de Nueva España*, vol. 1, México, 1867, p. 477.



- 101 El diálogo de la poesía, “flor y canto”, ha sido publicado íntegramente en *Los antiguos mexicanos, a través de sus crónicas y cantares*, por Miguel León-Portilla, Fondo de Cultura Económica, México, 1961, pp. 126-137.

¡CANTEMOS YA!

Cantemos ya,  
continemos ahora los cantos  
en medio de la florida luz y el calor,  
¡oh amigos nuestros!  
¿Quiénes son?  
Yo salgo a su encuentro,  
¿dónde los busco?,  
en el lugar de los atables,  
aquí mismo.  
Yo sólo concibo cantos floridos,  
yo vuestro amigo,  
soy sólo el señor chichimeca,  
Tecayahuatzin.  
¿Acaso alguien,  
acaso no todos nosotros,  
daremos alegría,  
haremos feliz,  
al Inventor de sí mismo?

Ojalá que allá, en buen tiempo, en Tlaxcala,  
estén mis floridos cantos aletargantes.  
Ojalá estén los cantos que embriagan  
de Xicohténcatl, de Temilotzin,  
del príncipe Cuitlízcatl.

El Tamoanchan de las águilas,  
la Casa de la noche de los tigres  
están en Huexotzinco.  
Allá está el lugar de la muerte

del quien hizo merecimientos, Tlacahuepan.  
Allá se alegran  
las flores que son la comunidad de los príncipes,  
los señores, en sus casas de primavera.

Con flores de cacao,  
exclama y viene veloz,  
allá con las flores se alegra  
en el interior de las aguas.  
Viene de prisa con su escudo de oro.  
Que con abanicos  
con el cayado de flores rojas,  
con banderas de pluma de quetzal  
vengamos a dar alegría  
en el interior de las casas de la primavera.

Resuenan los timbales color de jade,  
lluvia de florido rocío  
ha caído sobre la tierra.  
En la casa de plumas amarillas  
está lloviendo con fuerza.  
Su hijo ha bajado,  
en la primavera desciende allí,  
es el Dador de la Vida.  
Sus cantos hacen crecer,  
se adorna con flores en el lugar de los atabales,  
se entrelaza.  
De aquí ya salen,  
las flores que embriagan,  
¡alegraos!

## PRINCIPIO DEL DIALOGO

¿Dónde andabas, oh poeta?  
Apréstese ya el florido tambor,  
ceñido con plumas de quetzal,  
entrelazadas con flores doradas.  
Tú darás deleite a los nobles,  
a los caballeros águilas y tigres.

Bajó sin duda al lugar de los atabales,  
allí anda el poeta,  
despliega sus cantos preciosos,  
uno a uno los entrega al Dador de la vida.

Le responde el pájaro cascabel.  
Anda cantando, ofrece flores.  
Nuestras flores ofrece.  
Allá escucho sus voces,  
en verdad al Dador de la vida responde,  
responde el pájaro cascabel,  
anda cantando, ofrece flores.

Como esmeraldas y plumas finas,  
llueven tus palabras.  
Así habla también Ayocuan Cuetzpaltzin,  
que ciertamente conoce al Dador de la vida.  
Así vino a hacerlo también  
aquel famoso señor  
que con ajorcas de quetzal y con perfumes,  
deleitaba al único Dios.

¿Allá lo aprueba tal vez el Dador de la vida?  
¿Es esto quizás lo único verdadero en la tierra?  
Por un breve momento,  
por el tiempo que sea,  
he tomado en préstamo a los príncipes:  
ajorcas, piedras preciosas.  
Sólo con flores circundo a los nobles.  
Con mis cantos los reúno  
en el lugar de los atabales.  
Aquí en Huexotzinco he convocado esta reunión.  
Yo el señor Tecayehuatzin,  
he reunido a los príncipes:  
piedras preciosas, plumajes de quetzal.  
Sólo con flores circundo a los nobles.

## EL SUEÑO DE UNA PALABRA

Y ahora, oh amigos,  
oíd el sueño de una palabra:  
Cada primavera nos hace vivir,  
la dorada mazorca nos refrigera,  
la mazorca rojiza se nos torna un collar.  
¡Sabemos que son verdaderos  
los corazones de nuestros amigos!



## XI. Ayocuan Cuetzpaltzin

### El sabio, águila blanca, de Tecamachalco

(n. segunda mitad del s. XV – m. principios del s. XVI)

Poeta y sabio celebrado en no pocos cantares fue Ayocuan Cuetzpaltzin. Así, entre otros, un poeta de la región de Chalco dejó las siguientes palabras acerca de él:

Quedaron entrelazadas  
las flores color de pájaro azul  
con las matizadas como el ave roja:  
son tu corazón, tu palabra,  
oh príncipe, señor chichimeca, Ayocuan,  
¡Muéstrate en la tierra siquiera un momento!<sup>102</sup>

Ayocuan fue oriundo de la región poblana. Gracias al testimonio en náhuatl de la *Historia Tolteca-Chichimeca*, sabemos que fue hijo del chichimeca Cuetzpaltzin, quien a principios del siglo XV, gobernaba en los pueblos de Coahuayocan y Cuauhtepec.<sup>103</sup> Según otra fuente, el mismo Cuetzpaltzin, al parecer hombre poderoso por entonces, fue quien gobernó asimismo el señorío de Tecamachalco entre 1420 y 1441.<sup>104</sup> Pero, en este último año Cuetzpaltzin fue atacado por gentes de Coatlinchan, Cholula, Huexotzinco y Tlaxcala hasta verse forzado a abandonar su señorío.<sup>105</sup>

La misma *Historia Tolteca-Chichimeca* consigna para el año de 1448, un dato interesante en relación con Ayocuan, el hijo de Cuetzpal que habría de destacar más tarde como



poeta: “Cuetzpal llevó entonces a educar a sus hijos Xochicózcatl, Quetzalécatl y Ayocuan a Quimixtlan”.(106) Este lugar, cuyo nombre significa “el sitio envuelto en nubes”, está al nordeste del Citlaltépetl, en región elevada donde son frecuentes las lluvias y las neblinas. En ese ambiente pasó los años de su juventud Ayocuan, en contacto directo con la naturaleza y recibiendo de su padre y de algunos maestros la educación que lo haría adentrarse en el conocimiento de las antiguas creencias y tradiciones.

De la vida de Ayocuan en sus años de madurez, sabemos que frecuentaba la región de Huexotzinco y Tlaxcala, adonde iba invitado por otros poetas amigos suyos, entre ellos Tecayehuatzin, señor de Huexotzinco. Curiosamente se recuerda, como comentario a uno de sus poemas, que, yendo muchas veces por los caminos de Huexotzinco y Tlaxcala, Ayocuan Cuetzpaltzin repetía en voz alta frases y poemas que parecen encerrar el meollo de su pensamiento:

¡Que permanezca la tierra!,  
¡que estén en pie los montes!  
Así venía hablando Ayocuan Cuetzpaltzin,  
en Tlaxcala, en Huexotzinco.<sup>107</sup>

Se ignora a punto fijo si Ayocuan, al igual que su padre, llegó a gobernar algún señorío dentro de la región poblano-tlaxcalteca. Al recordarse su figura en otro cantar anónimo, se dice de él que llegó a ser “señor chichimeca, Ayocuan, sacerdote, águila blanca”,<sup>108</sup> pero sin precisar ni el tiempo ni el lugar donde Ayocuan pudo haber ejercido estas funciones.

Una vez más la *Historia Tolteca-Chichimeca* refiere un hecho que pone al descubrimiento otro rasgo del carácter y actitud de Ayocuan. Se dice allí que en el año 12-Pedernal, que corresponde al de 1502, Ayocuan en compañía de otro señor de nombre Ixcocatzin intervino ante el príncipe Totomochtli en busca de un acuerdo en problemas relacionados con la propiedad de la tierra:

Año 12-Pedernal, entonces Totomochtli tomó nuestras tierras allá en Tlaxcotenpan. Después de haberlas tomado, le rogaron y dijeron Ixcocatzin y Ayocuatzin: —Escucha, oh Príncipe, aunque la propiedad sea de tu hermano menor, Tezacohuatl Quaytzin, allá en Tlaxocopa Zoltepec, ¿acaso allá él solo beberá, comerá? Haced pues un arreglo...(109)

Así, al parecer pasó su vida Ayocuan Cuetzpaltzin frecuentando señores y príncipes, dialogando con poetas, actuando como mediador, repitiendo por los caminos de Huexotzinco y Tlaxcala sus poemas y las palabras en las que resumía el fruto de sus meditaciones. Aunque no es mucho lo que se conserva de sus composiciones poéticas, lo que conocemos justifica los múltiples elogios de que fue objeto. Realmente, al leerlas, podemos hacer nuestro el deseo de aquel que exclamó: “¡Ojalá viniera siquiera un momento para darte alegría Ayocuan, coyote blanco!”.

A pesar de quedar pocas muestras de la poesía de Ayocuan, éstas permiten percibir algo de lo que fue el alma de su pensamiento. Hemos visto que en uno de los cantares compuestos en su honor se le llama *teohua*, que quiere decir sacerdote. Otro colega suyo, Tecayehuatzin de Huexotzin-

co, afirma a su vez que “Ayocuan Cuetzpaltzin ciertamente se ha acercado al Dador de la Vida”. Efectivamente lo que conocemos de su obra poética vuelve patente su profundo sentido religioso.

Punto de partida en el pensamiento de Ayocuan parece haber sido la experiencia de la inestabilidad de cuanto existe. De esta experiencia derivó luego una especie de sentido que lo llevó a reconocer y proclamar la inanidad del hombre y de sus propias creaciones.

Afirma Ayocuan que “en vano hemos llegado, en vano hemos brotado en la tierra”. Cree en el arte y el símbolo, pero piensa también que, siendo vana la realidad del hombre, “nuestro anhelo afea las bellas flores y los bellos cantos y nuestra inventiva los echa a perder”.

Para él “la tierra es la región del momento fugaz”. Tal vez por ello reiteraba por los caminos de Tlaxcala y Huexotzinco como un estribillo: “¡que permanezca la tierra, que estén en pie los montes!” Pero si en el mundo todo es vano, incluso las creaciones del hombre, ¿qué puede pensarse, se pregunta Ayocuan, acerca del lugar donde, después de la muerte, dicen que de algún modo se vive? Querría saber: “¿allá se alegra uno? ¿hay allá amistad, o sólo aquí en la tierra hemos venido a conocer nuestros rostros?”.

En busca de algo que sobreviva más allá de esta “región del momento fugaz”, reconoce el valor de la amistad, “lluvia de flores preciosas”. Piensa también que “sí, en vano hemos llegado, en vano hemos brotado en la tierra”, al menos quedará el recuerdo de los símbolos, las flores y los cantos, que logramos concebir y expresar. Finalmente, dando cauce a sus sentimientos religiosos, dice que el mejor de los destinos del hombre es “esforzarse y querer las flores del Dador de la vida”.

Pregunta a los poetas, sus amigos, si acaso ellos “con el Dios han hablado”. Como su contemporáneo Nezahualcōyotl afirma que cuando los timbales, las conchas de tortuga, la música de las flautas y la poesía se dejan oír, “hacia acá baja nuestro padre Dios”. Desplegados los tapices de quetzal en la casa de las pinturas, “así se venera en la tierra y el monte, así se venera al único Dios”. Sus últimas palabras en el diálogo de la flor y el canto son afirmación de su deseo más profundo: “¡mi casa dorada de las pinturas es también tu casa, único Dios!”.

Los poemas de Ayocuan dan testimonio de su preocupación y su anhelo por superar la inanidad de “la región del momento fugaz”. Revelan que el sabio andariego que recorría los caminos de Huexotzinco y Tlaxcala, repitiendo lo que pensaba y creía, era por vocación, como de él quedó dicho, un *teohua*, poseedor de lo que concierne a los dioses. Ayocuan fue ciertamente águila blanca que buscaba siempre la altura como en los días de su juventud cuando meditaba en Quimixtlan, la elevada región donde el agua de lluvias se desprende de la tierra para subir como niebla y volver a existir como nube.

## Notas

102 Colección de cantares mexicanos, fol. 35 v.

103 *Historia Tolteca-Chichimeca*, fol. 32. De esta importante obra existen las siguientes ediciones: Reproducción facsimilar publicada por Ernst Mengin, *Historia Tolteca-Chichimeca* en Corpus Codicum Americanorum Medii Aevi, Sumtibus Einar Munksgaard, Copenhagen, 1942. Mengin E. y Preuss, Konrad, —*Die mexikanische Bilderhandschrift Historia tolteca-chichimeca*, übersetz und erläuter von..., Baessler Archiv, Teil 1-2, Berlin, 1937-38. En muy deficiente versión al español, *Historia Tolteca-Chichimeca*, edición preparada y anotada por H. Berlin y prólogo de Paul Kirchhoff, Librería Porrúa, México, 1947.

- 104 “Anales de Tecamachalco”, en *Documentos para la Historia de México*, edición de A. Peñafiel, México, 1903, p. 3.
- 105 *Historia Tolteca-Chichimeca*, fol. 44.
- 106 *Ibid.*
- 107 *Colección de cantares mexicanos*, fol. 14 v.
- 108 *Ibid.*, fol. 34 v.
- 109 *Historia Tolteca-Chichimeca*, fol. 52.

¡QUE PERMANEZCA LA TIERRA!

¡Que permanezca la tierra!

¡Que estén en pie los montes!

Así venía hablando Ayocuan Cuetzpaltzin.

En Tlaxcala, en Huexotzinco.

Que se repartan

flores de maíz tostado, flores de cacao.

¡Que permanezca la tierra!

## LAS FLORES Y LOS CANTOS

Del interior del cielo vienen  
las bellas flores, los bellos cantos.  
Los afea nuestro anhelo,  
nuestra inventiva los echa a perder,  
a no ser los del príncipe chichimeca Tecayehuatzin.  
¡Con los de él, alegráos!

La amistad es lluvia de flores preciosas.  
Blancas vedijas de plumas de garza,  
se entrelazan con preciosas flores rojas:  
en las ramas de los árboles,  
bajo ellas andan y liban  
los señores y los nobles.

Vuestro hermoso canto:  
un dorado pájaro cascabel,  
lo eleváis muy hermoso.  
Estáis en un cercado de flores.  
Sobre las ramas floridas catáis.  
¿Eres tú acaso, un ave preciosa del Dador de la vida?  
¿Acaso tú al dios has hablado?  
Tan pronto como visteis la aurora,  
os habéis puesto a cantar.

Esfuércese, quiera mi corazón,  
las flores del escudo,  
las flores del Dador de la vida.  
¿Qué podrá hacer mi corazón?

En vano hemos llegado,  
hemos brotado en la tierra.  
¿Sólo así he de irme  
como las flores que perecieron?  
¿Nada quedará de mi nombre?

¿Nada de mi fama aquí en la tierra?  
¡Al menos flores, al menos cantos!  
¿Qué podrá hacer mi corazón?  
En vano hemos llegado,  
hemos brotado en la tierra.

Gocemos, oh amigos,  
haya abrazos aquí.  
Ahora andamos sobre la tierra florida.  
Nadie hará terminar aquí  
las flores y los cantos,  
ellos perduran en la casa del Dador de la vida.

Aquí en la tierra es la región del momento fugaz.  
¿También es así en el lugar  
donde de algún modo se vive?  
¿Allá se alegra uno?  
¿Hay allá amistad?  
¿O sólo aquí en la tierra  
hemos venido a conocer nuestros rostros?



## CANTO EN LOOR DE HUEXOTZINCO

Asediada, odiada  
sería la ciudad de Huexotzinco,  
si estuviera rodeada de dardos.  
Huexotzinco circunda de espinosas flechas.

El timbal, la concha de tortuga  
repercuten en vuestra casa,  
permanecen en Huexotzinco.  
Allí vigila Tecayehuatzin,  
el señor Quecéhuatl,  
allí tañe la flauta, canta,  
en su casa de Huexotzinco.  
Escuchad:  
hacia acá baja nuestro padre el dios.  
Aquí está su casa,  
donde se encuentra el tamboril de los tigres,  
donde han quedado prendidos los cantos  
al son de los timbales.

Como si fueran flores,  
allí se despliegan los mantos de quetzal  
en la casa de las pinturas.  
Así se venera en la tierra y el monte,  
así se venera al único dios.  
Como dardos floridos e ígneos  
se levantan tus casas preciosas.  
Mi casa dorada de las pinturas,  
¡también es tu casa, único dios!

## XII. Xicohténcatl El Viejo

**Señor de Tizatlan, cantor de la guerra florida**

*(n. hacia 11-Casa, 1425 – m. 4-Conejo, 1522)*

La región poblano-tlaxcalteca fue fecunda en poetas y sabios. Ya nos es conocida la figura de Tecayehuatzin, el señor de Huexotzinco empeñado en esclarecer el sentido más hondo del arte y el símbolo que son “flor y canto”. Hemos hablado también del sabio Ayocuan Cuetzpaltzin que sin cesar repetía por tierras de Tlaxcala y Huexotzinco aquellas palabras que parecen expresión del meollo de su pensamiento: “¡Que permanezca la tierra, que estén en pie los montes!”.

Tecayehuatzin y Ayocuan, oriundos respectivamente de Huexotzinco y Tecamachalco, tuvieron colegas y amigos, también forjadores de cantos, entre los sacerdotes y nobles de la nación tlaxcalteca. Por encima de rivalidades políticas y de frecuentes contiendas, los sabios y poetas de Tlaxcala eran sus allegados y compañeros. Prueba de esto nos la da el famoso convite que tuvo lugar en la casa de Tecayehuatzin, al que acudieron poetas de Tlaxcala, recibidos alegremente con estas palabras:

Vosotros de allá, de Tlaxcala, habéis venido a cantar al son de brillantes timbales, en el lugar de los atabales.

Particularmente existió esta relación de simpatía entre los amantes del canto que vivían en Huexotzinco y algunos poetas de Tizatlan, una de las cuatro cabeceras de la que bien puede

llamarse “confederación tlaxcalteca”. En el diálogo al que se ha aludido se mencionan justamente los nombres del sabio Camaxochitzin, de Xicohténcatl El Viejo y de Motenehuatzin, todos ellos de Tizatlan. Interesante resulta destacar el hecho de la amistad entre quienes cultivaban la poesía, como herederos de una misma tradición cultural, que les permitía acercarse a pesar de las guerras y las frecuentes diferencias de partido.

Ya desde la primera mitad del siglo XV los señoríos de Tlaxcala habían alcanzado considerable esplendor. Establecidas primeramente las cabeceras de Tepetícpac y Ocotelulco “con gentes de cuenta y principales”, como lo refiere Torquemada,<sup>110</sup> algún tiempo después vinieron a crearse las de Tizatlan y Quiahuiztlan. El más antiguo señor de Tizatlan, interesado ya por la poesía y el saber, se llamó Xayacamachan, conocido también como el príncipe Tepolóhuatl. A él habrá de aludir mucho tiempo después otro forjador tlaxcalteca de cantos, amigo de Tecayehuatzin. Haciendo recuerdo de este primer señor de Tizatlan, exclamará:

Oh Tepolóhuatl,  
oh príncipe Tepolóhuatl,  
todos vivimos,  
todos andamos en medio de la primavera,  
no son iguales las flores  
no son iguales los cantos...<sup>111</sup>

Asentada así desde un principio la tradición de una nobleza amante del canto en Tizatlan, nada de extraño que entre los sucesores de Xayacamachan hubiera también quienes

cultivaran el mismo arte. Según el testimonio de Torquemada, tal sería precisamente el caso de Xicohtécatl El viejo. Era éste hijo del príncipe Aztahua y nació, a lo que puede colegirse, hacia el año de 1425. A Xicohtécatl tocaría vivir cerca de un siglo de historia plena de acontecimientos tan importantes como el encumbramiento de los aztecas, y ya en su ancianidad, la destrucción de la antigua forma de vida con la llegada de los forasteros de más allá de las aguas inmensas.

Según el historiador texcocano Ixtlilxóchitl, Xicohtécatl se distinguió en los días de su juventud como valiente capitán que, aliado primeramente al sabio rey Nezahualcóyotl, participó en importantes conquistas y campañas como la que se llevó a cabo en contra de los huastecos.<sup>112</sup> Hacia el año de 1455 Xicohtécatl, de común acuerdo con los tres señoríos de la región de los lagos, México-Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan, tomó una decisión que a la larga habría de tener lamentables consecuencias para Tlaxcala. Dialogando con Nezahualcóyotl de Texcoco, Totoquihuatzin de Tlacopan, Motecuhzoma y el célebre Tlacaélel de México, aceptó la institución de las guerras floridas o sagradas que habrían de llevarse a cabo de manera sistemática entre los aliados de la región lacustre por una parte y los señoríos de Tlaxcala, Huexotzinco y Cholula por la otra. Bien claramente precisa Ixtlilxóchitl los objetivos de esta manera de guerras. Acordaron, nos dice:

se señalase un campo donde de ordinario se hiciesen estas batallas y que los que fuesen presos y cautivos en ellas, se sacrificasen a sus dioses... De más de que sería lugar donde se ejercitasen los hijos de los señores, que saldrían de allí famosos capitanes y que esto se había de entender sin exceder los

límites del campo que para el efecto se señalase, ni pretender ganarse las tierras y señoríos...<sup>113</sup>

Conocida es la historia de las guerras floridas, en las que además de buscarse, como se ha dicho, el adiestramiento de los guerreros y capitanes jóvenes, entraba asimismo en juego la idea central del pensamiento azteca, el pueblo elegido del sol. Para mantener el orden cósmico era necesario fortalecer la vida del sol. Así como los dioses con su sangre habían dado la vida a los hombres, también éstos debían contribuir con el mismo líquido precioso, fuente de energía universal requerida por Tonatiuh, “el que va haciendo el día y el calor”.

La voluntad de poder de los aztecas que llegaron a desarrollar plenamente una visión místico-guerrera del mundo, los llevó a consumir grandes conquistas y a convertirse en señores de inmensas regiones. En medio de esa expansión siempre creciente, los señoríos tlaxcaltecas se vieron al fin totalmente rodeados por tierras y estados sometidos a México-Tenochtitlan y a sus aliados. De este hecho habrían de derivarse no pocos infortunios para Tlaxcala y habría de originarse igualmente ese profundo antagonismo que tan claramente se manifestó en los días de la conquista.

No siendo posible tratar aquí de las múltiples actuaciones de Xicohtécatl durante los largos años de su gobierno, añadiremos tan sólo que pudo él comprender como nadie el más hondo significado de la ilimitada hegemonía de los aztecas. Contemporáneo de varios reyes de México-Tenochtitlan, de Motecuhzoma Ilhuicamina, de Axayácatl, de Tízoc, de Ahuítzotl y de Motecuhzoma II, tocó a él finalmente actuar de manera decisiva cuando en 1519 se conoció la llegada de gentes hasta entonces no vistas.

A pesar de incertidumbre y vacilaciones, los gobernantes tlaxcaltecas, y entre ellos muy especialmente Xicohténcatl de Tizatlan y Maxixcatzin de Ocotelolco, encontraron al fin en la presencia de los hombres de Castilla un medio para hacer frente al pueblo azteca. Como lo indica el historiador tlaxcalteca Muñoz Camargo, tras mucho deliberar y después de ver cómo tan fácilmente habían sido vencidos los guerreros otomíes de Tecocac, decidieron recibir y acoger a los forasteros en son de paz.<sup>114</sup> Xicohténcatl, que tenía entonces muy cerca de cien años, estaba casi ciego. Por ello:

cuando salió a recibir a Hernando Cortés, según lo consigna Torquemada, salió en brazos de dos caballeros de su casa y para poderle ver, le levantaron los párpados de los ojos porque con mucha vejez los tenía muy caídos...<sup>115</sup>

El final de esta historia es bien conocido. Los tlaxcaltecas se convirtieron en decididos aliados de la gente de Castilla. El propio Xicohténcatl, con otros señores y nobles, recibió el bautismo. Y si antes de morir pudo contemplar la ruina total de México-Tenochtitlan, también hubo de sufrir grandemente, entre otras cosas por la muerte de no pocos tlaxcaltecas y muy en especial por la de su hijo, el joven Xicohténcatl, que tanto se opuso a la alianza de su pueblo con los recién llegados forasteros.

Hemos dicho que por varias fuentes y referencias se sabe que el viejo Xicohténcatl fue también forjador de cantos.<sup>117</sup> De los que él pudo componer, conocemos tan sólo uno. Ciertamente éste aparece en la Colección de la Biblioteca Nacional intercalado en una especie de largo poema mínimo

en el que hay obvias alusiones a ideas cristianas y a personajes más tardíos. Sin embargo bien puede distinguirse la porción atribuída a Xicohtécatl por la expresión de ideas, como la de las guerras floridas, de manifiesto origen prehispánico. Esta parte del texto probablemente proviene de los años en que el señor de Tlaxcala aún se ufanaba de esas luchas en cuya organización él mismo había participado. Con un lenguaje en el que abundan los símbolos, evoca las guerras con la gente de México. Los capitanes tlaxcaltecas marchan a la región de los lagos. Van en busca del agua preciosa: sus escudos son como cántaros que hacen posible acarrear el agua florida.

Con antigua manera de barroquismo indígena Xicohtécatl se recrea acuñando metáforas, apuntamientos distintos al simbolismo de la guerra sagrada:

¡Que no vayan en vano...! Ya está en pie el precioso cántaro color de obsidiana..., con él hay que llevar a costas el agua, vamos a acarrearla allá a México, desde Chapolco (Chapultepec), en la orilla del lago...

En el poema exhorta a sus hijos. Como de paso alude a Cuauhtencoztli, capitán azteca que también fue poeta. Asimismo se dirige al joven Xicohtécatl-Axayácatl, a quien llama “hijo pequeño, hechura preciosa”, animándolo a marchar también al lugar donde se hallan las aguas del sacrificio.

Las palabras finales reiteran el aprecio por la guerra y son para nosotros la clave que permite comprender el sentido del poema:

La guerra florida, la flor del escudo, han abierto su corola.  
Están en pie los grandes árboles, llueven flores escogidas...  
¡Brotó el agua del cántaro precioso!

Extraño y casi dramático resulta que precisamente el único poema que conocemos de Xicohtécatl se refiere a las guerras floridas que al correr de los años, más que provecho, fueron carga para Tlaxcala. Si como lo reiteran las fuentes, poeta famoso fue Xicohtécatl, seguramente hizo objeto de sus cantos otros temas distintos. Al ofrecer aquí su recordación de la guerra florida, nos parece encontrar en ella un feliz testimonio de su maestría en el arte de crear metáforas y símbolos.

## Notas

- 110 Torquemada, Fray Juan de, *op. cit.*, t. I, p. 274.
- 111 Ms. *Cantares mexicanos*, fol. 10 v.
- 112 Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva, *op. cit.*, t. II, p. 203.
- 113 *Ibid.*, p. 207.
- 114 Muñoz Camargo, Diego, *Historia de Tlaxcala*, 6ª edición, México 1948, pp. 197-201.
- 115 Torquemada, *op. cit.*, t. I, p. 275.
- 116 Además de los testimonios ya citados, recordaremos aquí un último tomado del manuscrito texcocano conocido como “Romances de los Señores de Nueva España” (fol. 1 r.): “¡Ojalá, exclama un poeta, que allá en buen tiempo, en Tlaxcala, estén mis floridos cantos aletargantes, ojalá estén los cantos que embriagan de Xicohtécatl...”.





## CANTO DE XICOHTENCATL

Yo lo digo, yo el señor Xicohténcatl:  
¡que no vayan en vano!,  
¡toma tu escudo: cántaro de agua florida!  
Tu ollita de asa,  
ya está en pie tu precioso cántaro color de obsidiana,  
con ellos a cuestras llevaremos el agua,  
vamos a acarrearla allá a México,  
desde Chapolco, en la orilla del lago.

No vayais en vano,  
¡mi sobrino, mis hijos pequeños, sobrinos míos,  
vosotros, hijos del agua!  
Hago correr el agua,  
señor Cuauhtencoxtli,  
¡vayamos todos!,  
¡a cuestras llevaremos el agua,  
vamos a acarrearla en verdad!

Quiere pregonarlo el capitán Motelchiuhtzin,  
¡amigos nuestros!,  
dizque [sic] todavía no amanece.  
Tomamos nuestra carga de agua:  
cristalina, color turquesa, preciosa,  
que se mueve ondulante.  
Te acercarás así allá, al lugar de los cántaros,  
¡no vayas en vano!

Allá tal vez estará rumoreando Nanáhuatl.  
¡Mi hijo pequeño!  
Tú, comandante de hombres, tú, hechura preciosa,  
pintura a la manera tolteca, con oro y plata,  
pinta el cántaro precioso, señor Axayácatl.  
Nosotros juntos vamos a tomar,  
nos acercamos a las aguas preciosas.  
Van cayendo, llueven gotas,  
allá junto a los pequeños canales.

El que acarrea mi agua florida, Huanitzin,  
ya viene a dármele,  
¡oh mis tíos, tlaxcaltecas, chichimecas!  
¡No vayais en vano!

La guerra florida, la flor del escudo,  
han abierto su corola.  
Están haciendo estrépito  
llueven las flores bien olientes,  
así tal vez él,  
por esto vino a esconder el oro y la plata,  
por esto toma los libros de pinturas del año.  
¡Mi pequeño canal, con mi cántaro va el agua!

# Un poeta de Chalco





*Aquí está el agua y el monte,  
aquí el altar de los jades  
Amaquemecan – Chalco...  
en la orilla del bosque,  
en la cercanía de las nieves...  
donde vive la codorniz blanca...*

*(Chimalpain, IV Relación,  
fol. 116 r.)*



### **XIII. Chichicuepon de Chalco**

#### **Poeta y litigante desafortunado**

*(Siglo XV)*

Señorío de vieja historia fue Chalco en los tiempos prehispanicos. Su privilegiada situación geográfica con la inmediata vecindad de los volcanes al oriente y con la riqueza derivada del antiguo lago al norte y al poniente, ayuda a comprender por qué la región de Chalco fue de manera no interrumpida asiento de pueblos desde tiempos muy anteriores a la era cristiana. Allí, también se dejó sentir más tarde la influencia de los misterios olmecas y de los artífices del esplendor clásico y de la cultura tolteca. Finalmente, como en otros lugares del altiplano central, la comarca de Chalco se vio también poblada por grupos de inmigrantes chichimecas que comenzaron a hacer su aparición por lo menos desde el siglo XII d.C.

La historia de Chalco y de los varios centros que allí florecieron, como Amecameca, Tlalmanalco, Xicco, Tlaltehuacan y otros más, nos la ha conservado principalmente el historiador Chimalpain Cuauhtlehuanitzin. Nacido en Amecameca a fines del siglo XVI, escribió en náhuatl sus relaciones históricas y un diario personal, en los que ofrece cuantas noticias allegó acerca del origen y florecimiento de su patria chica.<sup>117</sup>

Testimonio del orgullo de la gente de Chalco por cuanto concernía a su antiguo esplendor y a la belleza de la región en la que les había tocado nacer, nos lo ofrecen las siguientes pala-



bras de Chimalpain que casi parecen un himno épico:

Aquí está el agua y el monte,  
aquí el altar de los jades,  
Amaquemecan-Chalco,  
en el lugar del renombre,  
en el lugar que es ejemplo,  
junto a los cañaverales,  
en la orilla del bosque,  
en la cercanía de las nieves,  
donde se dice Poyauhtlan,  
en el lugar de las nieblas,  
en el patio florido,  
en el patio de niebla,  
donde vive la codorniz blanca,  
donde la serpiente se enrosca,  
junto a la morada de los tigres,  
en Tamoanchan,  
en el lugar de nuestro origen,  
donde las flores se yerguen...,  
Aquí vinieron a establecerse  
los señores chichimecas,  
los sacerdotes,  
los príncipes...<sup>118</sup>

Por el mismo Chimalpain sabemos que los principios del establecimiento de los chichimecas en la región de Chalco ocurrieron en un año 9-Casa, correspondiente al de 1241. En contacto con los toltecas de Culhuacán y con la favorable influencia de gentes poseedoras de cultura superior, los famosos *tlailotaque*, procedentes del sur, el señorío

de Chalco alcanzó envidiable prosperidad. A principios del siglo XV los chalcas habían logrado un florecimiento no alcanzado aún por los aztecas.

Famosos llegaron a ser por entonces, entre sus gobernantes, el señor Toteoci y el príncipe Cuatéotl. Pero, en medio de la prosperidad de que gozaban los chalcas, pronto tuvieron que hacer frente a una amenaza hasta entonces no sospechada. Hacia 1430 la situación política que había privado en el Valle de México, cambió por completo. Los aztecas, y sus aliados, habían vencido a los antiguos dominadores de Azcapotzalco e iniciaban su incontenible expansión. Sometido ya el señorío de Coyoacan, la actitud avasallante de los aztecas se dejó sentir bien pronto en Culhuacan, en Cuitláhuac, en Xochimilco y en Mixquic. A Chalco tocó su turno enseguida.

En México-Tenochtitlan reinaba Motecuhzoma Ilhuicamina y en el año 5-Conejo, que equivale al de 1458, como lo establece Chimalpain “en este año se inició la guerra con Chalco”.<sup>119</sup> Lo que entonces sucedió lo refieren con detalle varias crónicas y relaciones indígenas como las del mismo Chimalpain y las del historiador azteca Tezozómoc. El señorío chichimeca de Chalco, tras enconada resistencia, sucumbió al fin. Según los *Anales de Cuauhtitlan* en el año 9-Conejo (1462) los chalcas quedaron bajo el dominio de Motecuhzoma Ilhuicamina.

Pero, además de haberse conservado esas relaciones en las cuales se consignan las fechas y se ofrece el esquema general de los acontecimientos, tan grande impresión debió haber causado en Chalco la guerra y la derrota que su recuerdo pasó a ser tema de cantares. Entre las recordaciones poéticas de la pérdida de Chalco, en su mayoría anónimas,

conocemos una particularmente interesante. Es un poema, a la vez canto épico y elegía, compuesto por un personaje del señorío de Chalco, de nombre Chichicuepon.

De él sabemos que era oriundo de la parcialidad de Tlilhuacan. Como veremos más abajo, conocemos también la fecha de su muerte que tuvo lugar en el año 7-Conejo (1486). Chichicuepon pertenecía a la antigua nobleza de Chalco, pero como consecuencia de la guerra, al igual que otros coterráneos suyos, se vio privado de sus tierras y propiedades. Chichicuepon había vivido días de prosperidad. En su juventud se había adentrado en el conocimiento de las antiguas tradiciones y había llegado a formarse una idea de la historia de Chalco y de su posible destino como parecía haberlo dispuesto el Dador de la vida. Prueba de ello la ofrece el poema que de él conocemos en el cual confronta la desgracia presente con el antiguo esplendor y menciona nombres y hechos que evocan la perdida grandeza.

Pero Chichicuepon fue algo más que un poeta y un noble desposeído. La derrota significó confusión. Como lo refieren los *Anales de Cuauhtitlan*, durante veintiún años Chalco hubo de ser gobernado por un grupo de capitanes a su cargo cimentar la dominación azteca, principalmente en lo tocante al pago de los tributos.<sup>120</sup> No fue sino hasta 1486 cuando se restableció la autoridad real con la aprobación de los dominadores aztecas:

En este año, dicen los citados Anales, vino a empezar el reino de Chalco-Tlacoachcalco. Lo comenzó Itzcahuatzin. Entonces se instaló como señor, pero luego principiaron a abandonarlo los que tenían merecimientos de tierra, los chalcas poseedo-

res de tierras, porque no se les consideró más como nobles. Sólo en Contlan y Tlaylotlacan se siguieron considerando a sí mismos como gente noble...<sup>121</sup>

Entre quienes se sintieron así ofendidos por el nuevo gobernante impuesto por los aztecas estaba precisamente Chichicuepon. Al negárseles la calidad de nobles, la consecuencia había sido desposeerlos de sus tierras. Pero ni Chichicuepon ni algunos otros aceptaron lo que consideraban afrenta e injusticia. Por ello en calidad de litigantes se trasladaron a México-Tenochtitlan y hablaron allí en persona con el rey Ahuítzotl haciéndole oír sus quejas:

Somos ya unos miserables en Techinantitla. Itzcahua se ha adueñado de nuestras sementeras. Como a miserables sólo nos queda barrer y encender el fuego.<sup>122</sup>

Tal vez con el propósito de calmar resentimientos y detener posibles desórdenes, Ahuítzotl dio oídos a Chichicuepon y a los otros quejosos. Su respuesta fue: “tomad vuestras tierras”.

A pesar de esto la historia no paró aquí. Si en su primera acción de litigante Chichicuepon tuvo éxito, el desenlace le fue desastroso. Los *Anales de Cuauhtitlan* relatan el final de este episodio:

Cuando el señor Itzcahuatzin de Chalco oyó esto, se irritó y dijo: iré a ver al señor Ahuítzotzin. Llegó a su presencia y le dijo: Oh señor, tú les has devuelto sus tierras a los de Mihucan, Tlilhuacan y Tlaylotlacan. Tú me has hecho señor

de las tierras de Chalco. ¿Qué he conseguido con esto? Porque así el mando caerá. Has favor de mirar bien esto. Ya de nuevo quieren tenerse por nobles. Se levantan las gentes de Mihuacan, Tlilhuacan y Tlaylotlacan...

El señor Ahuítzotl le dijo, le respondió: he escuchado tus palabras. Te lo digo, los dejo en tus manos. Tú ya lo sabes. Golpéalos, ahórcalos a todos los que se quieran tener por nobles.

Y así lo hizo Itzcahuatzin. Dio muerte a todos los que se querían tener por nobles. Murió todo aquel que se decía noble...<sup>123</sup>

Este fue el triste fin de Chichicuepon, quien no sólo sufrió con la ruina de Chalco, sino que también pagó con su vida su pretensión de justicia. Pero, si Chichicuepon fracasó como litigante, como poeta logró cierta fama. La única composición que de él conocemos lo liga para siempre con la memoria de Chalco. Es ella alabanza de los antiguos gobernantes y canto triste, recordación de la desventura de la guerra. Por provenir de un hombre que conocía la historia de su pueblo, el poema de Chichicuepon requiere, para ser comprendido, breve explicación y comentario.

Incluido en el manuscrito que se conserva en la Biblioteca Nacional de México, se halla este poema al lado de otras composiciones procedentes de la región de Chalco. En el folio 33 r. de esta Colección aparece en náhuatl la siguiente anotación: “escuchad ya la palabra que dejó dicha el señor Chichicuepon, el caído en la lucha”. A continuación se transcribe la recordación poética dejada por nuestro personaje.

El poema se abre con una pregunta acerca de la vida más

allá de la muerte. Los antiguos señores de Chalco fueron jades y plumajes preciosos. Aunque han muerto, siguen siendo felices en la región donde de algún modo se vive. Allí gozan una vez más del calor y la luz del Dador de la vida. Entre los varios príncipes mencionados ocupa lugar prominentemente Toteoci, el edificador de los palacios de Chalco y caudillo de la resistencia en los días de la guerra contra los aztecas. En el pensamiento de Chichicuepon parece estar siempre presente el recuerdo de Toteoci. A él se dirige varias veces y acerca de él exclama que, si con su muerte fue a hundirse en las aguas del misterio, ha brotado de nuevo como sauce precioso.

Al lado de Toteoci recuerda también a otros chalcas famosos. Entre ellos están Nequametzin que actuó como emisario diligente, el señor Cuatéotl que se opuso a la penetración azteca, así como Tezozómoc, no el de Azcapotzalco, sino otro príncipe de Chalco, cuya palabra nunca perece. La primera parte del poema puede resumirse como un elogio de los príncipes muertos que ahora son jades y plumajes en la mansión del Dador de la vida.

Abruptamente el poeta hace a un lado los recuerdos de la antigua grandeza para fijar su atención en la guerra: “quedará el águila frente al rostro del agua. Habrá transformación en la tierra, movimiento en el cielo... están en confusión las gentes de Chalco...” Con fuerza repite Chichicuepon que los enemigos “penetran al interior de Amecameca. ¡Se defiende el de Chalco...! Nadie tiene flechas, nadie tiene escudos...” Y tal vez en la región de los muertos “llora el príncipe Toteoci”.

Al final del poema queda el trauma al descubierto: “se destruye el de Chalco, se agita allá en Almoloya...” La injus-

ticia es imputable a los aztecas y a sus aliados los acolhuas de Texcoco y los Tepanecas de Tlacopan: “águilas y tigres, algunos mexicanos, acolhuas, tepanecas, han hecho esto a los chalcas”. He aquí el meollo del poema de Chichicuepon: recordación de un pasado glorioso y contemplación de un presente desventurado. Ignoraba él cuando concibió este canto que su destino personal iba a ser igualmente desastroso. En su pretensión de litigante perdió la vida. Al menos como poeta sabemos ahora que sobrevivió a la muerte.

## Notas

- 117 El historiador Domingo de San Antón Muñón Chimalpain Quauhtlehuanitzin, que tal era su nombre completo, nació en la antigua Amaquemecan, hoy día Amecameca, en la provincia de Chalco, durante la noche del 26 al 27 de mayo de 1579. Descendiente de la antigua nobleza de Chalco, como lo indica él mismo en su *Diario* que escribió en náhuatl, aproximadamente a la edad de quince años se trasladó a la ciudad de México. Allí entró a servir en el convento de San Antonio Abad, donde aprendió a leer y escribir. Desde entonces empezó a interesarse por conocer y estudiar las antiguas tradiciones de sus mayores. De vivo ingenio, logró que algunos frailes le permitieran leer obras clásicas y otros libros de historia, que él cita algunas veces en sus “Relaciones”. Por otra parte, en sus frecuentes visitas a Amecameca y a otros pueblos, tuvo también ocasión de conocer, no ya sólo tradiciones orales, sino también algunas pinturas y códices fragmentarios del mundo indígena. De este modo, al igual que otros historiadores indígenas o meztizos, como Ixtlilxóchitl y Tezozómoc, Chimalpain fue conocedor de dos formas de historiografía: la de origen europeo y la indígena. Muerto hacia el año de 1660 escribió unas veces en náhuatl y otras en castellano, varias historias y relaciones sobre el pasado de su pueblo y, en general del mundo náhuatl. Sin pretender dar aquí una bibliografía completa de las obras de Chimalpain, vale la pena mencionar al menos las principales: las ocho relaciones conocidas bajo el título general de *Diferentes historias originales*; el Memorial breve *acerca de la fundación de Culhuacán*; *Chronica mexicana*; su célebre *Diario*, todo esto en náhuatl, así

como algunos otros trabajos históricos en español. Añadiremos tan sólo que, aunque se ha publicado algo de la obra de Chimalpain, sigue echándose de menos un estudio completo de su vida y sus trabajos.

- 118 Chimalpain, *IV Relación*, fol. 116 r.
- 119 Chimalpain, *III Relación*, fol. 98 r.
- 120 *Anales de Cuauhtitlan*, fol. 53.
- 121 *Anales de Cuauhtitlan*, fol. 58.
- 122 *Loc. cit.*
- 123 *Loc. cit.*





## EL POEMA DE CHICHICUEPON

Escuchad ya la palabra  
que dejó dicha el señor Chichicuepon,  
el caído en la lucha:

¿Acaso en la región de los muertos  
habrán de proferirse  
el aliento y las palabras de los príncipes?

¿Trepidarán los jades,  
se agitarán los plumajes de quetzal  
en la región de los descarnados,  
en donde de algún modo se vive?

Sólo allá son felices los señores, los príncipes:  
Tlaltécatl, Xoquahuatzin, Tozmaquetzin, Nequametzin.  
Para siempre los ilumina el Dador de la vida.  
Por merecimiento estás allá,  
príncipe Cuatéotl,  
el que hace brillar a las cosas.

Piensa, llora,  
recuerda al señor Toteoci,  
ya va a hundirse  
en las aguas del misterio:  
brota el sauce precioso.  
La palabra de Tezozomocli  
nunca perece.

Contempla el lugar de los muertos,  
se ha ido Tehconehua,  
se han ido Cuappolócatl, Cuauhtecólotl.  
En el lugar de los descarnados  
nuestros príncipes:  
se fueron Huetzin, Cacámatl, Tzincacahua.

No te aflijas por esto,  
oh señor chichimeca, Toteoci.

Vosotros, señores de Chalco,  
no lloréis más:  
¡Tú eres feliz,  
oh Dador de la vida!  
En vano estuviste en Atlixco,  
señor Toteoci, príncipe Cóhuatl,  
el dador de la vida  
trastorna tu corazón.

Destruyes los jades, las ajorcas,  
desgarras los anchos plumajes preciosos,  
hay lluvia de llanto,  
así se dispuso,  
oh sacerdote de Huitzílac,  
¡príncipe Tozan!

¿Has sido destruido  
sacerdote Cuatéotl?  
¿Acaso ha perecido tu corazón?  
Quedará el águila

frente al rostro del agua.  
Habrá transformación en la tierra,  
movimiento en el cielo,  
allá ha quedado  
Tlacamázatl, el chichimeca.

Están en confusión las gentes de Chalco,  
alterado el de Huexotzinco,  
sólo Tlailotlaqui,  
el señor Quiyeuhtzin  
penetra al interior de Amecameca.  
¡Se defiende el de Chalco,  
príncipe Toteoci!

Ahora tú dice:  
nadie tiene flechas,  
nadie tiene escudos.

Tú suplicas, tú dices a Miccálcatl,  
sólo Tlailotlaqui,  
el señor Quiyeuhtzin,  
penetra al interior de Amecameca.

Sólo ya llora el príncipe Toteoci,  
señor Cohuatzin.  
Vienen afligidos Temilotzin y Tohtzin.  
Se destruye el de Chalco,  
se agita allá en Almoloya,  
algunas águilas y tigres,  
algunos mexicanos, acolhuas, tepanecas  
han hecho esto a los chalcas.



## Post scríptum a modo de invitación

Como se ha visto, algo es lo que dicen las fuentes sobre la vida y la obra de estos trece poetas del mundo azteca. A pesar de limitaciones manifiestas, trece volutas floridas han quedado ligadas con otros tantos rostros prehispánicos. Y vale la pena repetir que los poetas estudiados tan sólo son una muestra.

Cantores y sabios de nombre conocido hubo también en lugares como Azcapotzalco y Tlacopan, Cuauhtitlan, Culhuacan y Tláhuac, Ayapanco y Cholula. Y en las mismas regiones de las que provienen “los trece” hay otros más que fueron autores de poemas que hasta hoy se conservan. Por vía de ejemplo diremos que, si tratando de Tlaxcala, nos ocupamos sólo de Xicohtécatl El Viejo, es asimismo posible estudiar el pensamiento y las obras de Xayacámach, Camaxochitzin, Motenehuatzin y Cuitlíxcatl.

Pero si queda mucho por investigar acerca de quienes cultivaron la poesía en los días de los aztecas, virgen está el campo por lo que toca a tiempos más antiguos. En obras como los *Anales de Cuauhtitlan*, la *Historia Tolteca-Chichimeca* y las *Relaciones* de Chimalpain, se conservan himnos y poemas que se atribuyen a sacerdotes, jefes y sabios de nombres conocidos que vivieron en épocas lejanas durante los años de las peregrinaciones chichimecas y aún del esplendor tolteca. Las fuentes existen y, a pesar de obscuridades, el camino a la investigación está abierto. Por eso, en vez de conclusión, esta nota final es invitación que apunta a lo mucho que queda aún por estudiar.

La poesía náhuatl, con las otras formas de creación artística, es testimonio, el más humano, de lo que fue la vida y el pensamiento en el México antiguo. Privilegio del investigador contemporáneo es descubrir, como arqueólogo, los vestigios

materiales de lo que fue símbolo y arte, y como historiador y filólogo, lo que pudo conservarse de la palabra, sabiduría de flor y canto. Con certera expresión señaló la meta de nuestro estudio uno de los viejos poetas de Anáhuac. A modo de invitación recogemos aquí sus palabras:

Uno a uno voy reuniendo tus cantos,  
cual jades los voy engarzando,  
con ellos hago un collar,  
el oro de sus cuentas es resistente.  
¡Adórnate con ellos!  
Son tu riqueza en la región de las flores...  
Son tu riqueza aquí sobre la tierra...<sup>124</sup>

## **Nota**

124 Ms. *Cantares mexicanos*, Biblioteca Nacional, fol. 34 v.

## Bibliografía

### I

#### FUENTES PARA EL ESTUDIO DE LA VIDA Y LA OBRA DE LOS POETAS PREHISPÁNICOS

Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de, *Obras históricas*, 2 vols., México, 1891–1892.

*Anales de Cuauhtitlan*. En *Códice Chimalpopoca*, ed. Fototípica y traducción del Lic. Primo F. Velásquez, Imprenta Universitaria, México, 1945. La paleografía del texto náhuatl con versión al alemán ha sido publicada por: Lehmann, Walter, *Die Geschichte der königreiche von Culhuacan und Mexico*. En *Quellenwerke zur alten Geschichte Amerikas*, Stuttgart, 1938.

*Anales de Tlatelolco* (unos anales históricos de la Nación Mexicana), edición facsimilar en *Corpus Codicum Americanorum Medii Aevi*, ed. Ernst Mengin, vol. II, Copenhagen 1945. La paleografía del texto náhuatl con versión al alemán ha sido publicada por Ernst Mengin, *Baessler Archiv*, t. XXII, cuadernos 2 y 3, Berlín, 1939–40. Existe deficiente versión castellana de la edición anterior, *Anales de Tlatelolco* y *Códice Tlatelolco*, Robredo, México, 1948.

*Cantares mexicanos*, ms. de la Biblioteca Nacional de México, copia Fotográfica, México, 1904. La paleografía del texto náhuatl con muy deficiente versión al alemán de los primeros 57 folios de este manuscrito ha sido publicada



- por Schultze Jena, Leonhard, en *Alt-aztekische Gesänge*, Quellenwerke zur alten Geschichte Amerikas, Stuttgart 1957. Recientemente A. M. Garibay, ha iniciado la publicación del mismo manuscrito: *Poesía Nahuatl* II, 1ª parte, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1965.
- Cantares mexicanos* (ms. Romances de los Señores de la Nueva España) Colección Latinoamericana de la Biblioteca de la Universidad de Texas. Editado en *Poesía Náhuatl*, I, Paleografía, versión y notas de A. M. Garibay K., Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional, México, 1964.
- Códice Aubin* (o de 1576), *Histoire de la Nation Mexicaine depuis le départ d' Aztlan jusqu'a l'arrivé des Conquérannts espagnols*, J. M. A. Aubin, Reproducción del Códice 1576 de la Colec. de M. E. Goupil, París, 1893.
- Códice Azcatitlan*, Societé des Americanistes de Paris, Comentario de R. H. Barlow, París, 1945.
- Códice en cruz*, edición facsimilar y comentario de Charles E. Dibbe, México, 1942.
- Códice florentino (Ilustraciones)*, ed. facs. de Del Paso y Troncoso, vol. v, Madrid, 1905. Textos de los informantes de Sahagún: libros I, II, III, IV-V, VII, VIII, IX, X, XI, y XII, publicados por Dibble y Anderson: *Florentine Codex*, Santa Fe, New Mexico, 1950-1963.
- Códice matritense del real palacio* (textos en náhuatl de los indígenas informantes de Sahagún), ed. facs. de Del Paso y Troncoso, vols. VI (2ª parte) y VII, Madrid, fototipia de Hauser y Menet, 1906.
- Códice matritense de la Real Academia de la Historia* (textos en náhuatl de los indígenas informantes de Sahagún),

- ed. facs. de Del Paso y Troncoso, vol. VIII, Madrid, fototipia de Hauser y Menet, 1907.
- Códice mexicano (Codex Mexicanus)*, Societé des Americanistes de Paris, Comentario de Ernst Mengin, París, 1952.
- Códice Ramírez*, Relación del origen de los indios que habitan esta Nueva España, según sus historias, Editorial Leyenda, México, 1944.
- Códice vaticano a 3738 (Codex Vaticanus A. Ríos)*, II Manoscritto messicano Vaticano 3738, detto il codice Ríos. Riprodotto in fotocromografia a spese di S. E. il Duca di Loubat per cura della Bibl. Vaticana, Roma, 1900.
- Códice Xólotl*, Edición de Charles E. Dibble, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional, México, 1951.
- Chimalpain Cuauhtlehuanitzin, Domingo, ed. facsimilar en *Corpus Codicum Americanorum Medii Aevi*, Ernst Mengin, ed., Sumptibus Einar Munksgaard, Copenhagen, 1949-1952.
- Chimalpain Cuauhtlehuanitzin, Domingo, *Diferentes Historias originales de los reynos de Culhuacan y México, y de otras provincias*, Übersetz und erlautert von Ernst Mengin, Hamburg, 1950.
- Chimalpain Cuauhtlehuanitzin, Domingo, *Das Memorial breve acerca de la fundación de la ciudad de Cuhuacán, Aztekischer text mit deutscher Übersetzung... Quellenwerke zur alten Geschichte Amerikas*, vol. VII, Suttgart, 1958.
- Chimalpain Cuauhtlehuanitzin, Domingo, *Sixième et Septième Relations (1358-1612)*, Publiés et traduites par Remi Simeon, Paris, 1889.

Chimalpain Cuauhtlehuanitzin, Domingo, *Die Relationen Chimalpain's zur Geschichte Mexico's*, Ed. Günter Zimmermann, Universität Hamburg, Abhandlungen aus dem Gebiet der Auslandskund, Vols. 38 y 39. Hamburg, 1963 y 1965.

Chimalpain Cuauhtlehuanitzin, Domingo, *Relaciones originales de Chalco-Amaquemecan*, Introducción, versión y notas de Silvia Rendón, Fondo de Cultura Económica, México, 1965.

Durán, fray Diego, *Historia de las Indias de Nueva España y islas de tierra firme*, 2 vols. y Atlas, publicado por José F. Ramírez, México, 1867-1880.

*Historia Tolteca-Chichimeca*. Edición facsimilar en *Corpus Codicum Americanorum Medii Aevi*, vol. I, ed. Ernst Mengin, Sumptibus Einar Munksgaard, Copenhagen, 1942. La Paleografía del texto náhuatl con versión al alemán ha sido publicada por Mengin, Ernst y Preuss, Konrad, *Die mexikanische Bilderhandschrift Historia Tolteca-Chichimeca*, übersetzt und erläutert von... *Baessler Archiv*, Teil 1-2, Berlin, 1937-1938. Existe deficiente versión al castellano de la edición anterior: *Historia Tolteca-Chichimeca, anales de Quauhtinchan*. Versión preparada y anotada por Heinrich Berlin en colaboración con Silvia Rendón. Prólogo de Paul Kirchhoff, en *Fuentes para la historia de México*. Robredo, México, 1947.

*Informantes de Sahagún (Códice matritense del real palacio)*, *Ritos, Sacerdotes y Atavíos de los Dioses*, Introducción, paleografía, versión y notas de Miguel León-Portilla. Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional de México, 1958.

*Informantes de Sahagún, Veinte Himnos Sacros de los Nahuas, (Códice matritense del real palacio)*, Introducción,

- paleografía, versión y notas de Ángel M. Garibay K., Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional, México 1958.
- Leyenda de los soles*, edic. de Francisco del Paso y Troncoso, Florencia, 1903.
- Mapa de Tepechpan, en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, 1ª época, t. III, México, 1887.
- Mapa Quinatzin, con comentario de J. M. A. Aubin, en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, 1ª época, t. II, México, 1885.
- Mapa Tlotzin, con comentario de J. M. A. Aubin, en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, 1ª época, t. II, México, 1885.
- Motolinia, fray Toribio. *Memoriales*, París, 1903.
- Motolinia, fray Toribio. *Historia de los indios de la Nueva España*, ed. Chávez Hayhoe, México, 1941.
- Muñoz Camargo, Diego, *Historia de Tlaxcala*. Ed. Chavero, México, 1892.
- Olmos, fray Andrés de (?) *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, en Nueva Colección de Documentos para la Historia de México, J. García Icazbalceta, México, 1891.
- Pomar, Juan Bautista. *Relación de Texcoco*, en Nueva Colección de Documentos para la Historia de México, J. García Icazbalceta, México, 1891.
- Sahagún, fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*, edición preparada por A. M. Garibay, 4 vols., Editorial Porrúa, México, 1956.
- Tezozómoc, F. Alvarado. *Crónica mexicana*, ed. de Vigil, reimpresso por la Editorial Leyenda, México, 1944.

- Tezozómoc, F. Alvarado. *Crónica mexicáyotl*, paleografía y versión al español de Adrián León, Imprenta Universitaria, México, 1949.
- Torquemada, fray Juan de, *Los 21 libros rituales y monarquía indiana*, 3 vols., Fotocopia de la 2ª edición, Madrid, 1723.
- Zurita, Alonso de, *Breve y sumaria relación de los señores de la Nueva España*, en Nueva Colección de Documentos para la Historia de México, J. García Icazbalceta, México, 1891.

## II

### OBRAS SOBRE LITERATURA Y PENSAMIENTO PREHISPÁNICO NÁHUATL

- Brinton, Daniel G. *Ancient Nahuatl Poetry*, Philadelphia, 1887.
- Brinton, Daniel G. *Rig Veda Americanus*, Philadelphia, 1890.
- Campos, Rubén M, *La producción literaria de los aztecas*, México, 1936.
- Caso, Alfonso, *El pueblo del sol*, Fondo de Cultura Económica, México, 1953.
- Fernández, Justino. *Coatlicue, estética del arte indígena antiguo*. Prólogo de Samuel Ramos, Centro de Estudios Filosóficos, México, 1954 (segunda edición, 1959).
- Garibay K., Ángel María. *Llave del náhuatl*, Colección de trozos clásicos con gramática y vocabulario, para utilidad de los principiantes. Otumba, México, 1940.

- Garibay K., Ángel María, *Poesía indígena de la altiplanicie*, Bibl. del Estudiante Universitario, núm. 11, México, 1940. segunda Edición: 1952.
- Garibay K., Ángel María. “Huehuetlatolli, Documento A”, en *Tlalocan*, vol. I (1943), pp. 31-53 y 81-107.
- Garibay K., Ángel María. *Épica náhuatl*. Bibl. del Estudiante Universitario, núm. 51, México, 1945.
- Garibay K., Ángel María. “Paralipómenos de Sahagún”, en *Tlalocan*, vol. I (1943-1944), pp. 307-313, vol. II (1946) pp. 167-174 y 249-254.
- Garibay K., Ángel María. “Relación Breve de las Fiestas de los Dioses”, fray Bernardino de Sahagún, en *Tlalocan*, vol. II (1948), pp. 289-320.
- Garibay K., Ángel María. *Historia de la literatura náhuatl*. Editorial Porrúa, 2 vols., México, 1953-1954.
- Garibay K., Ángel María. *La literatura de los aztecas*, Editorial Joaquín Mortiz. Serie: “El Legado Cultural de la América Indígena”, dirigida por el Instituto Indigenista Interamericano, vol. II, México, 1964.
- Gillmor, Frances, *Flute of the Smoking Mirror* (a portrait of Nezahualcoyotl, Poet-King of the Aztecs), The University of New Mexico Press, 1949.
- León-Portilla, Miguel, *Filosofía náhuatl*, estudiada en sus fuentes, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional, 2ª edición 1959, 3ª edición, México, 1966.
- León-Portilla, Miguel. *Los antiguos mexicanos, a través de sus crónicas y cantares*, Fondo de Cultura Económica, México, 1961.
- León-Portilla, Miguel. *Aztec Thought and Culture*, University of Oklahoma Press, Norman, 1963.

- León-Portilla, Miguel. *Las literaturas precolombinas de México*, Editorial Pormaca, México, 1964.
- López Austin Alfredo. *La Constitución real de México Tenochtitlan*, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1961.
- Seler, Eduard. *Gesammelte Abhandlungen zur Amerikanischen Sprachund Altertumskunde*, 5 vols., Ascher und Co. (y) Behrend und Co., Berlin 1902-1923.
- Seler, Eduard, *Einige Kapitel aus dem Geschichteswerk des P. Sahagún*, aus dem Aztekischen übersetzt von Eduard Seler (Herausgegeben von C. Seler-Sachs in Gemeinschaft mit Prof. Dr. Walter Lehmann), Stuttgart, 1927.
- Van Zantwijk, Rudolf, A. M. "Aztec Hymns as the expression of the Mexican philosophy of Life", en *Internationales Archiv für Ethnographie*, vol. XLVIII, núm. 1, pp. 67-118, Leiden, 1957.
- Vigil, José María, *Nezahualcóyotl, el rey poeta*. Ediciones de Andrea, México, 1957.

# Índice

Presentación . . . . .	VII
Sobre la presente edición . . . . .	IX
Prefacio . . . . .	XV
Introducción . . . . .	XVII
Poetas de la región tezcocana. . . . .	1
I. Tlaltecatzin de Cuauhchinanco. . . . .	5
Sus poemas. . . . .	9
II. Nezahualcóyotl . . . . .	13
Sus poemas. . . . .	35
III. Cuacuauhtzin de Tepechpan. . . . .	45
Sus poemas. . . . .	53
IV. Nezahualpilli . . . . .	57
Sus poemas. . . . .	71
V. Cacamatzin. . . . .	77
Sus poemas. . . . .	91
Poetas de México-Tenochtitlan . . . . .	95
VI. Tochihuitzin Coyolchiuhqui. . . . .	99
Sus poemas. . . . .	103
VII. Axayácatl . . . . .	105
Sus poemas. . . . .	119
VIII. Macuilxochitzin, poetisa . . . . .	125
Sus poemas. . . . .	135
IX. Temilotzin . . . . .	139
Sus poemas. . . . .	147



Poetas de la región poblano-tlaxcalteca . . . . .	149
X. Tecayehuatzin de Huexotzinco . . . . .	153
Sus poemas . . . . .	159
XI. Ayocuan Cuetzpaltzin . . . . .	165
Sus poemas . . . . .	171
XII. Xicohténcatl de Tlaxcala . . . . .	175
Sus poemas . . . . .	183
Un poeta de Chalco . . . . .	185
XIII. Chichicuepon . . . . .	189
Sus poemas . . . . .	199
Post scríptum a modo de invitación . . . . .	203
Bibliografía . . . . .	205

Esta colección ha sido creada con un fin estrictamente cultural y sus libros se venden a precio subsidiado por el Ministerio de la Cultura. Si alguna persona o institución cree que sus derechos de autor están siendo afectados de alguna manera puede dirigirse a:

Ministerio de la Cultura  
Av. Panteón, Foro Libertador,  
Edf. Archivo General de la Nación, planta baja, Caracas 1010.  
Tlfs.: (58-0212) 564 24 69 / 808 44 92 / 808 49 86 / 808 41 65  
Fax: (58-0212) 564 14 11 / [mcv@ministeriodelacultura.gob.ve](mailto:mcv@ministeriodelacultura.gob.ve)

Caracas, Venezuela

*Este libro se terminó de imprimir  
durante el mes de diciembre del 2006  
en la Fundación Imprentas del Ministerio de la Cultura  
1000 ejemplares / Alternative 60 grs*

